

MA

4T-85

-r- : 068

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
CARRERA DE LITERATURA



Nº 2171

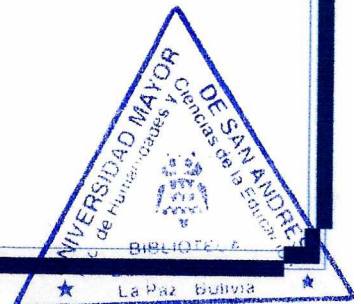
TESIS DE GRADO

DE HADAS, MONSTRUOS Y OTRAS PAJAS
EL PULSO DE LA ESCRITURA

POSTULANTE ▪ Boris Dante Paredez Gonzales

TUTORA ▪ Dra. Alba Maria Paz Soldán

LA PAZ — BOLIVIA
2008



21
K 8
002068
0
u

Tesis
1850
130h.

12 rcf

DE HADAS, MONSTRUOS Y OTRAS PAJAS

Literatura, juego e imaginación

A Diana, la cazadora

ÍNDICE

CAPÍTULOS	PÁGINAS
Advertencia	1
<i>de hadas</i>	
1. ¿Creéis en las hadas?	2
2. Sí, pero les temo	10
<i>de monstruos</i>	
3. Nosotros los monstruos	17
4. Que viene el coco y te comerá	23
5. Los monstruos viven en los anaqueles	33
<i>otras pajas</i>	
6. La mano que mece la pluma gobierna el mundo	41
7. Pinocho vs. Peter Pan	52
8. Leer es un placer, genial, sensual	60
<i>yapa</i>	
8a. De niños y de ratas	72
8b. Un cuento con corazón de plomo	80

ADVERTENCIA

Este trabajo no es una tesis, sólo un texto expositivo-argumentativo que parte de la experiencia lectora particular de quien firma este trabajo y que no trata de probar nada más. Quien escribe ha vivido más de cabeza en la ficción que en la vida real y a ello se debe esta muestra de gratitud, afecto y homenaje a la actividad más placentera que, nuevamente, según él, existe en la tediosa e insignificante vida de un ser humano: la lectura de literatura.

1. ¿CREÉIS EN LAS HADAS?

El capitán Garfio había envenenado la medicina de Peter Pan mientras éste dormía. Esta actitud desleal y cobarde no se ajustaba con lo que él mismo consideraba que era lo más importante en la vida: el "buen tono", es decir, comportarse con *altura*, con *clase*, en todo momento, pues pese a ser pirata "se había educado en un famoso colegio" y las costumbres de la alta sociedad "le adornaban aún como bellas prendas de vestir". Por ejemplo, cuando estaba a punto de hundir su garfio en una persona, porque había descubierto que tenía mejor "buen tono" que él, solía reflexionar: "desgarrar a un hombre porque posee el buen tono, ¿no sería de mal tono?" (Barrie, 1925: 254),¹ y entonces se abstenía de herirlo siquiera. Él podía destazar a cualquier enemigo suyo, siempre que lo hiciera con *estilo*. Por eso extraña que, contraviniendo sus propias reglas, el capitán Garfio hubiera envenenado la medicina de Peter Pan, aprovechando que éste dormía. Quizás halló que era la única forma de deshacerse definitivamente de tan molesto rival, recurriendo al "mal tono".

Pero no contó con que antes de que el muchacho se fuese a beber la medicina, Campanilla de Cobre irrumpiría volando en la casa subterránea, se interpondría entre los labios y la taza con veneno y se lo bebería ella. Cuando Peter Pan, extrañado y molesto por aquel proceder, vio que el hada se tambaleaba y dificultosamente se acostaba en su lecho, le preguntó qué era lo que le sucedía y ella, susurrando apenas, le contó todos los perversos planes de los que había oído jactarse al propio Garfio.

¹ Barrie James Mathew. *Peter Pan y Wendy. Historia del nii o que no quiso crecer*. Barcelona: Juventud, S.A., 1925. Ésta es la edición de *Peter Pan y Wendy* que se citará en todo el texto, por tanto, en adelante, sólo se mencionará el apellido del autor y el número de página. Luego de una primera referencia al año de edición, se recurrirá al mismo procedimiento con los demás textos citados, sobre todo cuando se los cite continuamente, ya que, para todos los casos, se ha consultado uno solo por autor.

Peter Pan se soltó a llorar y le preguntó al hada por qué se había sacrificado así para salvarle la vida. Lo único que Campanilla respondió fue: "¡Eres un asno!", y cayó en agonía.

La luz de Campanilla (porque algunas hadas tienen su luz propia) estaba apagándose, y cuando eso sucediera por completo, Campanilla habría dejado de existir. Pero ella todavía podría tener una oportunidad de salvarse si tan sólo los niños creyeran en las hadas.² A Peter Pan nada le costaba comprobarlo así que, dejando de llorar, preguntó a todos aquellos niños que estaban más allá del País de Nunca-Jamás, y que no ignoraban de la existencia de este remoto lugar (porque, claro, lo estaban leyendo), a todos ellos les preguntó: "¿Creéis en las hadas?... ¡Si creéis en las hadas, batid palmas con vuestras manitas! No dejéis morir a Campanilla" (Barrie, 243). De inmediato, se oyó cómo muchos aplaudían. Pero otros no lo hicieron y varios hasta silbaron. Sin embargo, los aplausos de los que sí creían habían sido suficientes y Campanilla de Cobre ya estaba salvada y revoloteaba más alegre y descarada que de costumbre. Ni siquiera pensó en dar las gracias a todos los niños que la habían ayudado a sobrevivir, pero en lo que sí pensó fue en cuánto le habría agradado saber quiénes eran los autores de los silbidos para ajustarles las cuentas como era debido.

Ésta es parte del capítulo "¿Creéis en las hadas?", de *Peter Pan y Wendy (1911)*,³ del autor escocés James Barrie. Cualquier lector (que no siempre *tiene que ser un niño*), al llegar a esta parte de la novela, seguramente no sabe si sonreír por la ingenua petición

² "Como los niños de ahora quieren ser tan sabios", dice Peter Pan, "dejan enseguida de creer en las hadas y cada vez que un niño dice *yo no creo en las hadas*, cae muerta una de ellas" (Barrie, 63).

³ Al lado del título de los textos de ficción se añade, entre paréntesis, el año de su primera publicación, sólo para contextualizarlos cronológicamente.

de Peter Pan (como si alguien estuviese lo suficientemente orate para ponerse a aplaudir sólo porque se lo ha pedido uno de los personajes más famosos de la literatura universal), o, en su defecto, aplaudir como un memo para salvar a Campanilla. Creer o no creer, ésa es la cuestión en esta ocasión.

No es, por tanto, impertinente recordar el caso de las hadas de Cottingley, ocurrido en Inglaterra, en julio de 1918.

Una tarde, en el pequeño pueblo de Cottingley, Elsie Wright, de 11 años, y su prima Frances Griffith, de 16, pidieron prestada la cámara fotográfica del padre de Elsie, una Migd, de ésas que usaban placas para fijar las imágenes. Dijeron que la querían para sacarse unas fotos junto al arroyo, al fondo del enorme jardín de su casa. Arthur Wright, recomendándoles que la cuidaran mucho, se las prestó. Las dos niñas se ausentaron casi toda la tarde y al regresar devolvieron la cámara sólo con algunas impresiones en las placas. Frances traía la ropa mojada, pues se había caído en el arroyo, pero nada hacía sospechar que las muchachas hubieran hecho otra cosa más que jugar.

Sin embargo, al revelar las fotografías, el señor Wright observó en una de ellas unas extrañas manchas blancas que se anteponían al rostro de Frances. Cuando le preguntó a Elsie qué creía que podían ser, ella contestó con naturalidad que se trataba de sus amigas las hadas. Las fotos fueron "limpiadas" por otros fotógrafos, pues las de la cámara del señor Wright eran muy borrosas, y recién entonces se pudo apreciar a diminutos seres alados que parecía que danzaban muy cerca de las muchachas, en cada fotografía.



Frances Griffith y las hadas

La polémica saltó a la palestra cuando nada menos que el reconocido escritor londinense Arthur Conan Doyle (creador de un personaje que siempre se gobernaba por la lógica racional, Sherlock Holmes), aseguró que las fotos eran del todo fidedignas, en un artículo que publicó en el *Strand Magazine*, de Londres. Muchos otros periodistas e investigadores escudriñaron las fotos minuciosamente, pero el veredicto era siempre contradictorio. Algunos decían que se trataba de un hábil truco, que sólo eran recortes de revistas, y otros argüían que las niñas no podían haber inventado algo semejante y sostenerlo luego con tanta vehemencia. Ellas alegaron que lo habían hecho para convencer a sus amiguitas incrédulas de que sí existían las hadas y que, además, solían jugar con ellas.

Pese a que se notó que, curiosamente, las hadas tenían peinados de la época, muy de

moda, y a que otro escritor, Fred Getting, hizo público, en 1978, que en *El libro de regalo de la princesa María* (1914), había un dibujo con unas ninfas en similar posición que las hadas en una de las fotos de Frances, Elsie siguió sosteniendo que las fotos eran legítimas, aun hasta sus 90 años.⁴



Elsie Wright y un hada

Elsie Wright ya tenía el cuerpo en decadencia, pero al parecer todavía no había sentado cabeza: se obstinaba en creer. Las pruebas en contra eran prácticamente contundentes, y aun así, muchas personas, *serias y razonables*, como Conan Doyle, también persistían en creer en la existencia de las hadas de Cottingley. Pues bien, lo más probable es que lo hicieran, porque aunque las hadas no existieran en Cottingley, sí existían, pero no en un sitio real precisamente, sino en un extraño lugar llamado

⁴ Información y fotos tomadas de los sitios web: <http://mx.msnusers.com/Mundomagiko/tupginaweb.msnw> y <http://www.usuarios.lycos.es/mimundodefantasia/newpage2.html>

singularmente por James Barrie: el País de Nunca-Jamás:

El País de Nunca-Jamás es siempre una isla con asombrosas pinceladas de colores aquí y allí, arrecifes de coral y cierto aspecto de buque en alta mar, y cuevas salvajes y solitarias, y enanillos que son sastres en su mayoría, y cavernas a través de las cuales corre un río, y príncipes con seis hermanos mayores, y una cabaña a punto de desmoronarse y una dama viejecita con la nariz ganchuda (Barrie, 21).

Esta descripción sería simple, añade Barrie, si sólo hubiera esto en ella; pero están allí también el primer día de escuela, la religión, el estanque redondo, el trabajo de aguja, los papás, los asesinatos que se leen en los periódicos, el dativo de los verbos, los tres peniques que dan los papás a los niños que se sacan ellos mismos los dientes y otras cosas por el estilo, y "todo esto forma parte de la isla o son otros mapas que aparecen a través del de ella y que se confunden completamente porque, además, nada de esto se está quieto". Nunca-Jamás es pues una isla que no sólo tiene cosas interesantes sino también detestables y que no deja de estar activa ni un momento. Pero, además, este curioso sitio es concebido de distinto modo por cada persona:

Es fácil comprender que los distintos Países de Nunca-Jamás varían grandemente. El de Juan, por ejemplo, tenía una gran laguna con flamencos que volaban sobre ella y a los cuales cazaba el mismo Juan, mientras el de Miguel, que era mucho más pequeño, tenía un flamenco con lagunas que volaban sobre él (Barrie, 22).⁵

Con tan extrañas características, hay que deducir que este enrevesado lugar descrito

⁵ El País de Nunca-Jamás sería el equivalente al País de las Hadas en *Mary Poppins* (1934), de Pamela Travers. Después de un paseo por el interior de las pinturas de su amigo Berto, Mary Poppins retorna a la casa donde trabaja como niñera, y cuando los niños le preguntan adónde había ido, ella responde: "Al País de las Hadas". Le preguntan si vio a Cenicienta y a Robinson. Ella dice que no.

"-Pues ¿cómo puede ser que hayas estado allí? ¡No sería nuestro País de las Hadas!

Mary Poppins dio un resoplido, altanera.

-¿No sabéis -les dijo, como compadeciéndose- que cada cual tiene un País de las Hadas para su propio uso?" (Travers, 1972: 26).

Por su lado, el señor Koreander, refiriéndose a Fantasía (también algo así como El País de las Hadas, pero en *La historia interminable* (1979), de Michael Ende), le dice a Bastian: "Hay muchas puertas para ir a Fantasía, muchacho...

-Entonces la Historia Interminable, ¿es distinta para cada uno?

-Eso es lo que quería decir —repuso el señor Koreander" (Ende, 1998: 418).

por Barrie no puede referirse a otro más que al de la imaginación. Sólo la imaginación, sin reglas ni ética algunas, crea incesantemente seres y sucesos imaginarios extraordinarios, le ofrece al ser humano otras alternativas de comprensión del mundo en el que vive, y rellena incluso las incógnitas de la vida con parches inventados que no siempre tienen explicación racional... pero no es necesario que la tengan, pues por algo la imaginación es mejor conocida como "la loca de la casa", es decir, la irracional, la irresponsable; lo que ella crea no siempre se encuadra en los marcos de lo admisible. En la imaginación pueden encontrarse las cosas más cándidas y otras que no lo son tanto, quien la explorara iría haciendo descubrimientos curiosos, "apretando una cosa a su mejilla como si le pareciera tan linda como un gatito, y ocultando otra apresuradamente lejos de su mirada". (Barrie, 21).

El poeta inglés Samuel Coleridge ha comparado incluso a la imaginación "con la potencia creadora de Dios" (citado por Estébanez Calderón, 2001: 554), por esa su capacidad de crear un mundo alternativo (llámese Nunca-Jamás, País de las Hadas o Fantasía) al conocido, mientras que Jacqueline Held, en *Los niños y la literatura fantástica*, afirma:

lo imaginario hace estallar las estructuras establecidas, estereotipadas, transforma el universo cotidiano, crea un pasado, un presente, un futuro y una dinámica creativa irreversible. Es aquél que mezcla una sucesión de acontecimientos extravagantes o extraordinarios con la evocación de una vida trivial, que crea personajes muy cotidianos en ciertos aspectos y en otros, míticos (Held, 1981: 11).

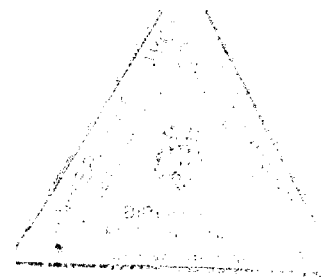
Por esto es que no es para nada imposible creer en la existencia de seres creados como las hadas, porque ellas sí existen. De no existir, no serían, como lo son, parte del imaginario universal, pues sólo en lo que no existe no se piensa;⁶ pero como sí se

⁶ Curiosamente, Mafalda, Los Simpson y Alf son seres de ficción conocidísimos, no así sus creadores.

suele hacerlo (pensar en las hadas, imaginarlas), y con bastante frecuencia, además, aun así sea para decir: "yo no creo en las hadas, me parece una bobería hablar de ellas", ésa ya es prueba irrefutable de su existencia, pues no es que no se crea sino que tan sólo *no se desea hablar de ellas*. Pero ignorarlas no es eliminarlas. Incluso si se pudiera exterminarlas, no desaparecerían del todo, ya que siempre quedarían cientos de historias sobre ellas, vestigios de su existencia.

¿Creer o no creer? Indefectiblemente se cree en lo que se crea, nadie inventa algo para no sostenerlo luego con mucha vehemencia.'

"No sabemos si las hadas existen, pero por si acaso, procuremos no hacerlas enfadar", recomiendan Agustín Celis y Alejandra Ramírez en su *Bestiario*. Será pues preferible para el lector batir palmas la próxima vez que Campanilla de Cobre esté a punto de morir en el capítulo XIII de *Peter Pan y Wendy*; no sería de "buen tono" permitir que se apague la luz del hada, pues, como ser imaginario que es, siempre se las arreglaría para volver a fastidiar a quien no aplaudió para salvarla, llegando a gritarle inclusive (cerquita al oído, con su voz chillona de "pésimo tono" y produciendo eco en toda la esfera atormentada de su cerebro): ¡¡¡¡Eres un asno!!!!



⁷ Julián Marías argumenta en su *Breve tratado de la ilusión* que "el caso límite de la posibilidad de la ilusión es Dios, el gran Ausente, a quien nadie ha visto nunca... Dios es una ilusión en el sentido tradicional, algo sin verdadera realidad, a última hora un engaño" (Marías, 2001: 136). La creencia en un Dios propuesto sólo como creación del hombre, "hecho a su imagen y semejanza", justificaría por qué cada quien tiene una idea distinta de Él, de su apariencia y sus atributos. Para Lautreamont, por ejemplo, en *Los cantos de Maldoror*, Dios no es más que un borracho tirado en el camino, de quien todas sus criaturas se burlan e incluso el hombre, irreverente, defeca en "su augusto rostro" (Lautreamont, 2001: 200), mientras que para David Hume es tan sólo un niño que estaba jugando a crear un mundo pero que luego "lo abandonó a medio hacer avergonzado de su ejecución deficiente". (Citado por Borges, 1974: 709).

2. SÍ, PERO LES TEMO

No se desconoce que "tocar madera" es un dicho que se usa desde antaño para prevenir todo tipo de males y que, al tiempo de decirlo, se debe golpear suavemente algún objeto de madera. Se dice, por ejemplo, que, cuando se menciona algo que se desea que suceda, hay que tocar madera para que efectivamente el deseo se realice; también se dice que cuando alguien se jacta de algo, por ejemplo de que nunca ha sufrido un accidente severo, tiene que tocar madera para que continúe su buena fortuna. En fin, se considera que nada hay más efectivo que tocar madera para ahuyentar la mala suerte. Esta tradición descende de los celtas, quienes creían que los buenos espíritus habitaban en los bosques. Creían esto porque veían que los rayos, a los que por supuesto consideraban deidades, solían caer sobre los árboles; entonces no se les ocurrió nada más lógico que suponer que los árboles eran la morada natural de los dioses. De ahí que los tocaban para invocar a la buena suerte o para ahuyentar a la mala; "tocar madera" era pues una forma de conjurar los peligros para que los buenos espíritus vinieran en ayuda de quien lo pidiese.

Tal es el origen de este dicho, que se remontaría a mucho tiempo antes del cristianismo (para el cual, tocar la cruz de madera también significó atraerse la protección de su dios crucificado), puesto que se cree que ya entre los indios

⁸ La canción de Manolo Tena, cantautor español, ejemplifica todos aquellos malos presagios que "Tocar madera" (1992) puede conjurar:

"Si es noche de luna llena/ tocar madera/
si pasas bajo la escalera/ tocar madera/
si alguien tira la sal/ tocar madera/
si alguien te mira mal/ tocar madera/
si se cruza un gato negro/ tocar madera/
o se te rompió el espejo/ tocar madera".

Información tomada del sitio web <http://www.musica.com/letras.asp?letra=810700>

norteamericanos -aproximadamente por el año 2000 A.C.- se tenía la costumbre de palmear un árbol cercano, luego de que, por error, se hubiese incurrido en una imprecación que hubiese podido ofender a alguno de los seres que se creía que allí habitaba; palmearlo equivalía, por tanto, a hacerle entender a ese ser que sólo se había tratado de una broma, y se lo hacía así para evitar cualquier posible represalia.⁹

Desde tiempo inmemorial y en todas las culturas del mundo, ha existido la creencia en los seres elementales, es decir en entes, espíritus o divinidades que habitan y custodian los cuatro elementos que conforman el universo. Alejandra Ramírez Zarzuela, en *El gran libro de las hadas*, expone que hay una variedad multitudinaria de seres elementales, y aquí se cita, sólo como ejemplo, algunos de los más paradigmáticos: del aire, elfos y silfos; del fuego, salamandras; del agua, ninfas, nereidas y sirenas, y de la tierra, hadas, duendes y gnomos, entre decenas de otros seres elementales más -muchos de ellos de nombres exóticos: asrai, rusalki, drakae, nixies, anjanas, silkys, limníades, etc.- (Ramírez Zarzuela, 2006: 11). Se cree que no sólo los bosques, sino también las montañas, los ríos, y hasta pantanos y manantiales poseen sus propios seres elementales, a quienes se ha dado en denominar de modo general "hadas", pero tan sólo como una extensión del término que en realidad engloba a todas esas especies de criaturas extraordinarias:

⁹ Información tomada de los sitios web:

http://www.microsiervos.com/archivo/mundoreal/tocar_madera.html

<http://www.libertaddigital.com/index.php?action=desaopi&cpn=?>

Por ello se habla no de la existencia de un "País de Seres Elementales" sino de un País de las Hadas, que muchos sitúan en una isla cercana a Irlanda, llamada Tir Nan Og, en donde, y a pesar del nombre, habitan por igual hadas, elfos, duendes y todos los seres fantásticos concebidos por la imaginación (Celis y Ramírez, 2006: 9).

Las fuentes han sido desde siempre uno de los refugios de los seres elementales, junto con árboles y cuevas... Hay fuentes que se secan cuando alguien saca agua sin darle las gracias al hada que la custodia... Algo realmente peligroso es internarse en alguno de sus territorios o tratarlas de modo descortés (Ramírez Zarzuela, 84).

Según el *Diccionario de demonología* de Frederik Koning, las hadas son "seres fantásticos con apariencia de mujer, generalmente hermosa, a las que se atribuyen poderes mágicos y de adivinación" (Koning, 1974: 127). Esta concepción de las hadas como mujeres bellas y con poderes, es unánime por donde se lea. Por ejemplo, en el cuento clásico "Las hadas" (1667), de Charles Perrault, un hada, obviamente joven y bella, tiene el poder de transformarse a voluntad y asume la forma de una vieja campesina sólo para otorgar dones a las doncellas según cómo éstas la traten. Del mismo modo, en *Las aventuras de Pinocho* (1883), de Carlo Collodi, se aclara respecto de uno de los personajes que "hay que saber que la hermosa Niña de los cabellos azules era una bonísima Hada que vivía desde hacía más de mil años en las cercanías de aquel bosque" (Collodi, 1972: 92). Si bien, en esta ocasión el hada es una niña, no por ello deja de ser mujer, ni hermosa; pero además, posee el poder de ser inmune al paso del tiempo, pues ha vivido ya más de mil años y continúa teniendo la apariencia de una niña. También en *El maravilloso mago de Oz* (1900), de Frank Baum, se dice que el hada del Sur era "una joven muy bonita. Sus cabellos eran rojos, los ojos azules y el vestido blanco" (Baum, 1965: 103), a ello hay que añadir que es ella y no el Mago de Oz, como era de esperarse, quien hace posible que Dotty regrese por fin a Kansas, y que se conviertan en gobernadores el Espantapájaros, el Hombre de Hojalata y el León Cobarde.

En *Peter Pan y Wendy* tampoco se hace la excepción, respecto a esta definición de

las hadas, allí también se dice que son bellas y mágicas, Campanilla de Cobre, por ejemplo, "tenía la figura de una muñeca encantadora. Estaba lindamente vestida con una hoja transparente a través de la cual podía verse muy bien su bonita figurilla" (Barrie, 54). Además, Campanilla, que es del tamaño de un puño cerrado, tiene el poder de volar, y las alas que posee desprenden un polvillo mágico que permite que aquellos sobre quienes se lo esparza, puedan volar también.

En efecto, entonces, las hadas son entidades femeninas que, además de hermosas, tienen poderes mágicos, razón demás para que todos tengan que rendirles pleitesía y así precautelarse de cualquier posible represalia, pues podría ocurrir lo que en el cuento citado de Perrault ("Las hadas"), donde si bien el hada otorga gracias benévolas (concede a la muchacha que le invita agua, que le salgan flores hermosas de la boca cada vez que hable), es también capaz de infligir gracias punitivas y temibles (a la que se niega a darle agua hace que vomite sapos asquerosos, lo que redundaría en que su madre la eche de casa y tenga que ir a morir en el bosque devorada por las fieras).

En ese sentido, el respeto tradicional que se les tiene a las hadas se debería en gran medida al temor de lo que ellas podrían llegar a hacer si no se las respetara. No se las respeta tanto como se las teme, entonces; más se trata de una cuestión de precaución, ya que "su trato depende[rá] de la actitud que adoptemos con ellas... Detestan los malos modales, los gritos y los insultos, y tampoco perdonan que se las espíe" (Celis y Ramírez: 50-51).¹¹

En *El gran libro de las hadas* se recomienda: "Jamás maltrate a los animales, haga daño a los árboles o ensucie los ríos y mares. Aparte de que está haciendo un mal contra Ud. mismo, un hada puede darle su merecido" (Ramírez Zarzuela, 11).



"Hay una infinidad de criaturas fantásticas que no aprecian mucho a los seres que caminan en dos patas"¹²

Por todo lo mencionado, queda claro que dependiendo de las circunstancias e, incluso, de su propio temperamento, las hadas pueden ser no sólo buenas sino también malas. Campanilla de Cobre, por ejemplo, pese a tener la suficiente nobleza como para salvarle la vida a Peter Pan, no obstante, también es demasiado vanidosa, iracunda, malhablada y vengativa.

Campanilla no era del todo mala, mejor dicho, aunque a veces era muy buena, ahora obraba como si fuera mala. Las hadas no pueden ser sino malas o buenas, porque como son tan pequeñitas, no tienen, por su desgracia, sitio para albergar más que un sentimiento. Les está permitido, no obstante, cambiarlo rápidamente (Barrie: 96).

No es casual entonces que la definición de "hada" que se ha citado anteriormente, se halle en un diccionario de *Demonología* ni que a la ya mencionada se añada esta

¹² Dibujo del sitio web <http://www.fantasy-pix.com/es/hadas-dibujos>

otra: "También se llamaba así a cualquiera de las tres parcas", quienes, si se recuerda, son las tres deidades infernales de la mitología griega, dueñas del destino de la vida humana.¹³ Igualmente en *El maravilloso mago de Oz* se le da indistintamente al hada del Sur el nombre de "bruja del Sur", denominación ésta que tradicionalmente nunca ha tenido connotaciones positivas. Las hadas, desde esta nueva perspectiva, no serían más que demonios, brujas o parcas -o sea seres malignos-, y su apariencia hermosa, en este caso, no sería garantía de nada, no funcionaría de acuerdo con la lógica griega: lo bello no siempre es bueno.

Por tanto, es lógico temer a estas criaturas, como lógico es temerle a todo lo extraño, a todo aquello que sobrepasa los límites de lo racionalmente aceptable, a todo lo fantástico, extra-ordinario, a-normal o monstruoso como... las hadas precisamente, porque las hadas y todos los seres elementales, y gran parte de los seres imaginarios en general, no son más que unos monstruos, claro que sí.

Mariano Arnal, en su artículo "Monstruo", recuerda la etimología de esta palabra: "*Monstrum* era para los romanos un hecho prodigioso, una maravilla, interpretados a menudo como hechos sobrenaturales en los que intervenía la voluntad de los dioses. Tengamos en cuenta que era un derivado de *monstrare*, por lo que le correspondía de por sí mostrar algo".¹⁴

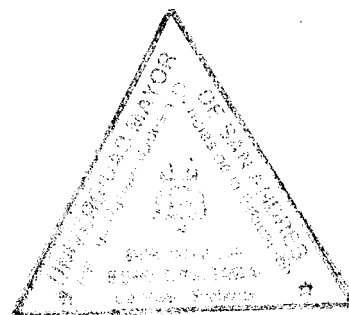
Según esto, un monstruo vendría a ser algo prodigioso, maravilloso o sobrenatural, pero que *se muestra*, es decir, que se hace de conocimiento público. Ahora bien, crean

¹³ [L]a palabra «hada» viene del latín. Generalmente se acepta que viene de *fatum*, en su forma plural *fata*, que significa oráculo, designando así al destino, al hado, al futuro. De *fata* a hada no es muy difícil rastrear la evolución" (Ramírez Zarzuela, 12).

¹⁴ Artículo del sitio web <http://www.elalmanaque.com/Amor-sexo/monstruo.htm>

devotamente en ellos o no, todos han escuchado hablar de duendes, elfos, ogros, dragones, brujas, hadas, etc.; son seres imaginarios que no obstante nadie desconoce pues hace mucho que se han mostrado, desde antaño que se viene hablando de ellos; y ha sido precisamente la imaginación colectiva la que se ha encargado de hacerles modificaciones, de añadirles o quitarles peculiaridades y, en fin, de darles forma definida, aunque también variable, dependiendo de la idiosincracia de cada región.¹⁵

De aquí es que se infiere que las hadas no son más que unos monstruos y también es por esto que se llegaría a justificar el excesivo respeto, o mejor, temor que se les tiene.



¹⁵ Enrique Oblitas Poblete, en *Cultura callawayana*, expone que también en nuestro medio existen entidades guardianas de la naturaleza, o seres elementales, tales como: la Pachamama o Madre Tierra; el Wamani, quien cuida de los ganados; el Supay, dueño de las riquezas minerales, y los Machulas, espíritus de los cerros, entre muchos otros. Todos ellos recompensan a los hombres que les ofrecen un pagapu (ofrenda), ya sea para pedir o para agradecer la obtención de algún beneficio proveniente de los respectivos atributos de estas divinidades: la Pachamama otorga buena cosecha; el Wamani, reproducción óptima del ganado; el Supay, vetas de mineral; los Machulas, garantía al viajero de llegar sano y salvo a su destino. Por el contrario, no les otorgan nada a los irreverentes, enviándoles en cambio el Ch'aki (sequía), el Akarapi (helada), el Chikchi (granizo), el Muyu waira (huracán), el Jallp'a kharkhati (terremoto), o les provocan enfermedades, para escalearlos, tales como el mancharisqa (susto), por el que los irreverentes pierden su ajayu (ánimo, alma). (Oblitas Poblete, 1963: 33-1 16).

3. NOSOTROS LOS MONSTRUOS

Las pruebas escritas sobre la existencia de monstruos datan de épocas remotas. Ya una vertiente de la cultura occidental, el Antiguo Testamento, dice: "Así pues, Dios creó los grandes monstruos marinos" (Gn. 1: 1-21). Pero es en la descripción minuciosa del Leviatán donde La Biblia ofrece la más sugerente idea de las características clásicas que tiene un monstruo:

No, vano es querer atraparlo. El sólo pensarlo asusta. ¿Quién puede perforarle la piel, o quién se atreve a ponerse al alcance de sus fauces? Porque tiene unos dientes terribles... Sus ojos brillan como chispas. Lanza fuego por la boca. Por las narices echa humo... Tiene la piel dura y firme, no blanda ni fofa. Tiene el corazón duro como roca... Cuando se pone de pie, aun los más fuertes se atemorizan: el terror los domina. No hay espada, ni lanza, dardo o aguda flecha que lo detenga... Los garrotes de nada sirven y él se ríe de las jabalinas que lanzan... Tiene el vientre cubierto de escamas como cascos agudos; ¡se arrastra por la tierra como un rodillo de aplanar! Hace rebullir el agua cuando se pone en movimiento. Agita lo profundo. Deja tras sí una brillante estela de espuma... (Job 41: 9, 33).

El Leviatán es un monstruo que reúne las particularidades físicas de varios animales. Tiene unos dientes terribles, como el tiburón, el cocodrilo o algún mamífero carnívoro; tiene la piel dura, como el rinoceronte o el jabalí, y puede ponerse de pie, como el gorila o el oso; pero también se desplaza por el agua haciéndola rebullir, como si fuera algún tipo de pez o anfibio de gran tamaño, y hasta se arrastra por la tierra cual si fuese una serpiente gigantesca y arrolladora. Así, tan heterogéneo como es, no es extraño que hasta el día de hoy no se haya podido asociar al Leviatán con ningún animal conocido, aunque se hayan hecho algunas conjeturas al respecto.¹⁶ Porque lo más probable es que el Leviatán sea un ser fantástico, como las hadas, cuya existencia sólo se da a un nivel imaginario. Por ello, si bien no es

¹⁶ "*Leviatán*. No se sabe a ciencia cierta de qué animal se trata. Algunos piensan que es el cocodrilo. En el Salmo 104: 26 pudiera referirse tal vez al cachalote" (Tenney, 1976: 22).

posible asociar al Leviatán bíblico con ningún ser real, ordinario, sí es posible vincularlo con otro ser también extra-ordinario: la mitológica Quimera griega, "[u]n monstruo fabuloso cuyo cuerpo era mitad león y mitad cabra, con cola de dragón. Vomitaba llamas por la boca" (García-Pelayo, 1964: 1534). Aquí se establece, primero, que la Quimera es un monstruo fabuloso, o sea "falso, de pura invención, excesivo, increíble" (Cárdenas, 1979: 200), es decir, un ser imaginario como el Leviatán (lo remarca el solo hecho de que ambos echan fuego por la boca, y no hay animal real que pueda hacer eso). Luego, nótese que la conformación de la Quimera también está hecha de partes de varios otros animales. Alonso Miranda en su artículo "Monstruos" señala que: "[e]l monstruo compone, suelda, anuda partes de diferente naturaleza y origen, hasta coagular la figura final multiestilística de un organismo complejo".¹⁷ Ésta parece ser, por tanto, una primera característica de los monstruos: *son seres imaginarios compuestos con partes de otros seres*. Las hadas, por ejemplo, tienen la figura de una hermosa mujer, pero, muchas de ellas, el tamaño y las alas de una libélula o una mariposa, y algunas incluso la lucecita propia de una luciérnaga.

Sin lugar a dudas, es la mitología griega la que ha aportado una gran variedad de monstruos al imaginario de la cultura occidental: cíclopes, gorgonas, sátiros, centauros, sirenas, etc. Pero estos seres no son considerados monstruosos sólo por estar compuestos de fragmentos de distinta procedencia sino, también, porque al conformarse de partes tan disímiles, transgreden, deforman las características

¹⁷ Artículo del sitio web <http://www.henciclopedia.org.uy/autores/AlonsoM/monstruos.htm>

físicas de los seres humanos y se ven excesivamente a-normales. He ahí otra peculiaridad que caracterizaría a los monstruos. No hay que olvidar el culto que los griegos rendían al cuerpo, por tanto es obvio que no podían considerar menos que a-normal (o monstruoso) a quien tuviera un ojo en vez de dos, serpientes en vez de cabellos, un torso humano pero con alas o patas por extremidades, o una estatura descomunal o bien diminuta. *El exceso, entonces, la deformidad, el sobrepasar los límites de lo normal, de lo aceptable, es otra característica que configura lo monstruoso.*

"Morfológicamente todo monstruo es, por definición, un exceso", aporta Alonso Miranda en su artículo ya citado. Igualmente, el significado actual de *monstruo*, en el *Diccionario comprensivo de la lengua española*, de Eduardo Cárdenas, lo define como "1. ser de forma diferente de los de su especie. 2. cosa excesivamente grande. 3. persona o cosa muy fea" (Cárdenas, 1987: 373). Y estas definiciones, sobre todo con lo de "cosa muy fea" y "excesivamente grande", hace referencia precisamente a que un monstruo excede, rebasa lo que habitualmente se conoce, se ve o se percibe como normal, y de ahí que se lo conceptúe también como un "ser de forma diferente". Ahora bien, si por *exceso* se entiende *anormal*, por simple inferencia todo aquello que se considera *normal* no es un exceso y por tanto no es monstruoso (lógica ésta tan similar a aquella de los romanos que consideraban bárbaro a todo lo que no fuera romano). Un ser humano, en este sentido, no podría ser nunca monstruoso, ya que se supone que un ser humano es normal, socialmente aceptable, mientras que un monstruo, no. Sin embargo, basta recordar a la enigmática Esfinge de Tebas (un

monstruo de dimensiones enormes, también compuesto de fragmentos, con alas de águila, cuerpo de león, y rostro y pecho de mujer) para cambiar radicalmente de opinión. Lo más significativo de la Esfinge de Tebas es que en este monstruo se hace evidente otra característica de los monstruos en general, porque, hasta aquí, estos habrían conseguido inspirar desconfianza o temor sólo con su apariencia anormal, excesivamente grande o fea; pero la Esfinge devela algo adicional: ella se divierte planteando un enigma a los caminantes que desean pasar por Tebas, y a quienes no aciertan, se los devora (Railos, 2005: 152). Entonces, ella es, además, "muy cruel". Pero como *crue/* significa "que se deleita en hacer sufrir a otro" (Cárdenas, 131), la crueldad no podría ejercerse de otro modo que no sea concientemente. Recuérdese al Leviatán, "cuando se pone de pie, aún los más fuertes se atemorizan", "se ríe de las jabalinas que le lanzan" y "tiene el corazón duro como roca". Este monstruo no sólo puede ponerse de pie, como los humanos, sino que *sabe* que provoca temor y eso lo divierte, entre sus atributos no está el de la compasión. Del mismo modo, la Esfinge plantea su enigma a los caminantes *a sabiendas* de que nadie podrá resolverlo (hasta antes de Edipo al menos), y lo hace sólo para deleitarse jugando con su presa, para darle una última inútil esperanza antes de devorarla. Y con esta tercera peculiaridad, se complementa la singular caracterización de los monstruos: *no son simples depredadores instintivos, pueden usufructuar un atributo exclusivo de los seres humanos: ser crueles.*¹⁸

No es casual, por ello, que la última acepción de *monstruo* en el *Diccionario*

¹⁸ Por eso se les teme a las hadas, no tanto porque tengan apariencia exótica, sino porque se recela lo que estos seres extraños podrían llegar a hacer, probablemente no sólo ser malas, sino tenebrosamente crueles.

comprehensivo, de Eduardo Cárdenas, diga que *monstruo* es "4. persona muy cruel", ya que lo que aquí se está especificando es que sólo un ser humano podría ser cruel, pero como el caso de la Esfinge deja al descubierto que los monstruos también pueden serlo, lo que se está develando en realidad es que los monstruos no sólo pueden tener alguna que otra característica física humana, sino que poseen la misma capacidad de realizar algo que sólo un ser humano podría realizar: pensar. Los monstruos también planifican, maquinan y urden crueldades, como los hombres.

En *Frankenstein* (1817), de Mary Shelley, se crea una criatura no sólo desmesuradamente grande y fea que espanta a todo aquél que la ve, sino que además es muy violenta y vengativa. Pero esta criatura no es menos cruel de lo que han sido con ella los seres humanos *normales*, quienes la han sometido a rechazos, persecuciones y acosos únicamente porque la han visto diferente (o sea monstruosa). Por qué, entonces, a los humanos que la tratan con tanta crueldad no se los ha de considerar también monstruos, ¿únicamente porque no son deformes físicamente?, pero si la criatura hasta está conformada no con partes de seres disímiles, como los monstruos tradicionales, sino con fragmentos de una misma especie, es decir, sólo con partes humanas, aun así sean de cadáveres; el monstruo, en este caso, no está en el extremo opuesto de lo humano, por el contrario, *es parte* de lo humano.

Frankenstein o el moderno Prometeo, título completo de la novela de Shelley, hace alusión, en realidad, a Víctor Frankenstein, un hombre que "aspira a ser más grande de lo que su naturaleza puede permitirle" y que, por ello, juega a ser creador. Pero como este creador ni siquiera un nombre le proporciona a su criatura, esto siempre ha

provocado entre muchos (lectores) la confusión de llamar Frankenstein a la criatura, cuando Frankenstein es su creador, el auténtico protagonista de esta historia de monstruos.

Frankenstein, sólo por probar que puede hacerlo (sólo por divertirse, podría decirse), le da vida a su criatura; pero al ver que no le ha salido tan bien como imaginaba, la desecha y la abandona cruelmente a su suerte, forzándola a sobrevivir y aprender todo por su propia cuenta, sin contar con el menor apoyo ni orientación de aquél que ha sido causante de que exista en el mundo. Ni siquiera una compañera parecida a ella le ha querido otorgar para que pudiera irse lejos y no *mostrarse* más -puesto que, por lo visto, lo anormal no puede convivir con lo normal-, pero hasta eso le ha negado. Si bien ser deforme hace monstruosa a la criatura de *Frankenstein*, reaccionar con crueldad la hace más monstruosa todavía, no obstante, toda la crueldad desatada por ella no es más que la aprendida por imitación de su mejor maestro: el hombre.

Y es esto lo que en realidad provoca un gran temor hacia los monstruos, la revelación de que un ser humano puede obrar como uno de ellos, y que la crueldad, pese a ser considerada una actitud in-humana, es prerrogativa de los seres pensantes, concientes de lo que hacen. Así planteadas las cosas, los nexos que ligan a monstruos y humanos son estrechos e inquietantes.

¹⁹ "Cuando miraba a mi alrededor," dice Víctor Frankenstein, "no veía ni oía a nadie como yo. ¿Era, entonces, un monstruo, una abominación de la tierra, de la que todos huían y a la que todos repudiaban?" (Shelley, 1981: 188).

²⁰ Es sugerente que del Leviatán se diga que "entre todas las bestias es la más orgullosa; es el monarca de todo cuanto ve" (Job 41: 34), tal como ya se había dicho del hombre que era "el señor sobre todo lo que vive en la tierra, en los aires y en los mares" (Gn., 1: 26). ¿Uno *monarca*, el otro *señor*?, ¿hay disputa de intereses o acaso sólo *comparten* ese sitio de privilegio en igualdad de condiciones?

4. QUE VIENE EL COCO Y TE COMERÁ

Toda la serie de criaturas y lugares fabulosos que se mencionan en los libros de caballería, en el curso de las aventuras de los intrépidos caballeros, eran parte verosímil del imaginario medieval. Contra esto precisamente se manifiestan el cura y el barbero, en *Don Quijote de la Mancha* (1605), con la quema de los libros, pues así buscan desestimar las fabulaciones que los escritores de la época hicieron prender en la sensible imaginación de sus lectores, que de tanto pasarse "las noches de claro en claro, y los días de turbio en turbio" terminaron por creer en la existencia real de todas esas criaturas (Cervantes, 2005: 61).

Al parecer, las personas de la antigüedad no discriminaban lo real de lo imaginario, que los monstruos existan era asumido por ellas como algo natural.²¹ Liliana von der Walde escribe en "Lo monstruoso medieval" que hasta muy entrada la Edad Media, "lo monstruoso se da como algo objetivo, que existe, que es real" y no como algo solamente imaginario:

En el medioevo, y limitándome en este caso a las bestias monstruosas, la generalización es efectiva... real es para el hombre medieval que existan unicornios, ave fénix, basiliscos, dragones, centauros, fantasmas, catoblepas, gigantes, hombres con cabeza en el pecho y ojos en la espalda, o sin nariz ni boca, o con un solo pie inmenso, o con testículos hasta las rodillas, etc, etc. (Von der Walde, 1994: 48).

Sólo que estos monstruos, añade Von der Walde, pese a su indiscutible existencia, no

²¹ Lo que no es extraño en nuestro medio, donde también circulan historias de "encuentros" con seres como el *kharisiri*, que viste sotana de cura, despide un profundo olor a zorrino y corta el ombligo de sus víctimas para extraerles la grasa que es su alimento; el *anchancho*, cuya voz es similar a un rebuzno, tiene la apariencia del equeqo, pues es su hermano, aunque su contrapuesto maligno, y acostumbra incrustar la uña en el pecho de sus víctimas para succionarles la sangre del corazón; el *lari-lari*, que es un ave nocturna pero que puede convertirse en gato o perro, adormece a sus víctimas con su canto melodioso y luego se posa sobre el corazón para robarles el ánimo; *qate-qate* o *uma*, que es una cabeza degollada y sangrante que se prende del hombro de cualquiera, para así completar el cuerpo que le falta; la *ch'aska*, que es una personificación de la estrella de la mañana (Venus) y es una mujer hermosa que con la luz de sus ojos seduce a los jóvenes y les hace perder la razón. (Oblitas Poblete, 81-113).

forman parte de la cotidianidad del hombre medieval. Los monstruos existen, sí, pero no en medio de la sociedad sino en lugares bastante alejados, "en la selva, en el desierto, en Asia, África, la India o en los confines del mundo". Existen, pero al margen de la vida occidental civilizada y la única información que se llega a tener de ellos es a través de libros de viajes, como los de Marco Polo por ejemplo, que son los que dan cuenta de sitios exóticos y criaturas fantásticas, o a través de obras de ficción como las de caballería, tan difundidas en ese entonces. Unos y otras contribuyen a reafirmar lo aseverado por Von der Walde: los monstruos se manifiestan *ahora* pero no *aquí*. Así se explica, por ejemplo, que las batallas de los caballeros contra gigantes y dragones se lleven a cabo, generalmente, en tierras extrañas, serranías desconocidas o castillos al borde de un acantilado, mas siempre en lugares alejados o de difícil acceso.

No obstante, por muy ficticias que sean las historias que cuentan los libros siempre hacen referencia a algo real (de ahí también que los monstruos más inverosímiles nunca dejen de tener algún que otro rasgo humanoide). Por ejemplo, para el caso de "La Bella y la Bestia", cuento de Jeanne-Marie Le Prince (1711-1780), Ana Rebeca Prada, crítica literaria y docente universitaria, dice que el referente bien pudieron haber sido los hijos de nobles que padecían deformidades físicas o mentales, a los que las familias, avergonzadas, recluían en castillos alejados, donde, pese a que no carecían de nada que a su rango social correspondía, estaban prácticamente condenados al destierro, sólo en razón de su a-normalidad excesivamente fea (nota personal manuscrita de la Dra. Prada, clase del 8 de junio de 2004). ¿No es algo similar a lo que

²² Mario Vargas Llosa señala en *La orgía perpetua* que "El novelista no crea a partir de la nada, sino en función de su experiencia, que el punto de partida de la realidad ficticia es siempre la realidad real tal como la vive el escritor" (Vargas Llosa, 1983: 78).

le sucede a la Bestia de la historia, que también se encuentra aislada en su castillo, oculta para no exponer su condición deforme? Por lo visto, entonces, lo más monstruoso que puede hacer un monstruo es *mostrarse*, lo más sensato sería que permanezca oculto, y así lo enfatiza Alonso Miranda en su artículo "Monstruos":

la verdadera monstruosidad no es el monstruo, sino su manifestación en este mundo, su contrahabitación, la carnavalización. El monstruo arrancado de su ambiente estilístico y colocado abruptamente en medio de la ciudad, en medio del día, en medio del living... El minotauro en su laberinto, el monstruo en su escenario como espacio clausurado y vigilado no es monstruoso; lo monstruoso es cuando nuestro escenario no puede impedir que se transparente su backstage, el lugar del monstruo superpuesto al mío. (Miranda, 1-2).

No es únicamente la apariencia del monstruo, sin embargo, la que debe exhibirse para inspirar miedo, porque si sólo se tratara de enfrentar una imagen visual diferente (excesivamente grande o fea), cabría la posibilidad de llegar a familiarizarse con el monstruo, que de extraño, a-normal, se tornaría, con el tiempo, en habitual, conocido. Es la intuición, la sospecha de que pueden realizar malas acciones lo que provoca temor hacia estas criaturas. Y es la confirmación de que efectivamente los monstruos suelen llegar a realizar actos crueles lo que termina de consolidar este temor.²³

Ahora bien, para el psicoanálisis, los monstruos no son más que la manifestación de los temores, pasiones y deseos reprimidos del ser humano, en los que "no pocas veces se halla la representación de lo que se cree peligroso para el hombre y la sociedad". (Von der Walde, 48). Por ello, todo "lo malo", o monstruoso, inaceptado por la sociedad civilizada, vale decir los instintos naturales -la agresividad, el desenfreno,

²³ Freud señala que el término alemán *das Unheimlich* (lo siniestro), significa descubrir, revelar, exponer, mostrar algo que se mantiene oculto, escondido; pero que en realidad es casero, familiar, conocido, o sea *das heimlich*. (Freud, 1919: 9). Ésta es una referencia a que todo lo malo que el ser humano teme que le hagan, él ya lo habría hecho, o imaginado, en algún momento. Lo desconocido o monstruoso, por tanto, no sería más que un *viejo conocido* al que no se reconoce o se finge no conocer.

las tendencias criminales y lascivas- están reclusos en un sitio *alejado*, profundo: la inconciencia. Sigmund Freud dice, en "Lo siniestro", que en todo hombre social existe un yo conciente y otro yo inconciente, y que este *otro yo* no es más que un doble creado para revalorizar lo siniestro, "pues esto último, lo siniestro, no sería realmente nada nuevo, sino más bien algo que siempre fue familiar a la vida psíquica y que sólo se tornó extraño mediante el proceso de su represión... lo siniestro sería algo que, *debiendo haber quedado oculto, se ha manifestado*" (Freud, 11).²⁴ Por tanto, el sitio donde los monstruos se encontrarían reclusos, alejados, confinados, sería la propia interioridad del ser humano; pero no por ello habrían dejado de existir, pues allí deben estar todavía, en estado latente, ocultos mas no extirpados, "recordándole al ser humano parte de lo que es, quiere y teme; pero que le es incómodo y concibe como negativo y, por ende, debe aislar" (Von der Walde, 49). Y es a partir de esto que sale a escena la naturaleza real de los monstruos.

En *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (1893), de Robert Louis Stevenson, se narran los crímenes de un repulsivo personaje llamado Mr. Hyde, y de los malabarismos que hace el respetado Dr. Jekyll para encubrirlos, aunque sin llegar a impedirlos, pese a que podría hacerlo. Esta sugerente complicidad muestra que tanto el científico benefactor como el asesino destructor son los fragmentos de un todo, las dos caras de una moneda, y he ahí la gran revelación de la identidad humana, que está fundada en la dualidad del yo y del otro yo, de la conciencia y la inconciencia, del

²⁴ Coincidentemente, Alonso Miranda señala: "Una línea divide, excluye y nos aísla del contramundo y de la contrautopía en la que el monstruo vive —los hace lejanos y tranquilos, ligeramente inquietantes, ejemplos y advertencias de *lo que pudo haber sido* o de *lo que podría ser*".

orden y el caos, de la bondad y la maldad, de lo humano y lo monstruoso,²⁵ cuya separación absoluta es imposible, porque el hombre necesita tanto ser sociable como misántropo, ser persona civilizada como permitirse ser monstruoso de vez en cuando. Aun por debajo de las apariencias decorosas (yo), los instintos primarios (otro yo) siempre pugnan por manifestarse, ya que la represión a la que están sometidos provoca tal angustia en el hombre que ésta sólo puede aliviarse con la emergencia periódica de lo reprimido, con la revelación necesaria de su yo monstruoso.²⁶

Ello es, por cierto, inadmisibile. Las acciones violentas, salvajes, incivilizadas, son repudiadas por la sociedad. Por eso los asesinos, los violadores, los sádicos, son catalogados como unos monstruos, pues no es concebible admitir que semejantes enajenados puedan ser humanos.²⁷ "Un ser humano perfecto debe conservar siempre una mente tranquila y serena, y no permitir que la pasión, o un deseo transitorio, turben su tranquilidad" (Shelley, 192). Pero lo evidente e innegable es que los criminales son seres humanos comunes y corrientes, sólo que por un momento dejaron que su monstruo interno, su naturaleza primaria, desempeñara también su papel.

²⁵ Jorge Luis Borges contribuye a especificar la diferencia entre *ser humano y monstruo*, aduciendo que "el Dr. Jekyll es moralmente dual, como lo son todos los hombres, en tanto que su hipóstasis —Edward Hyde— es malvado sin tregua y sin aleación" (Borges, 285).

²⁶ Phillippe Aries, en *El hombre ante la muerte*, dice que "[é]se era el papel de las fiestas, en efecto: abrir periódicamente las ventanas y permitir que la violencia penetrara durante algún tiempo. También la sexualidad era un dominio en el que, con grandes prudencias, se había dejado un lugar al instinto, al abandono del deseo y del placer" (Aries, 1999: 237).

²⁷ Aileen Wuornos, prostituta de carretera y la primera asesina en serie de la historia de los EE.UU. (mató a tiros a seis de sus clientes), fue bautizada por el FBI, y así presentada al público, como "Monster", durante su juicio, en 1992, que la condenó a la pena de muerte. Fue ejecutada en octubre de 2002 mediante la inyección letal. Es lo que la sociedad civilizada suele hacer con los monstruos. (Información tomada del sitio web <http://www.pasadizo.com/películas2.jhtml?cod=564>)

No obstante, como esto es inaceptable, siempre se ha buscado la forma de educar a los hombres, desde pequeños, para que sean ellos mismos quienes repriman la manifestación de sus facetas monstruosas. Por eso, desde la infancia, se les advierte que de no portarse bien vendrá por ellos el coco o el temible Hombre de la arena, lo que no es más que una forma de sugerir a quienes se portan mal que merecerán irse tomados de la mano (o garra) de estos monstruos temibles, si demuestran con su conducta, también monstruosa, que pertenecen a esa misma calaña. Se consigue el objetivo deseado, que se porten bien, que sean chicos buenos, a través del miedo provocado por la amenaza del advenimiento de monstruos espantosos.

Pero hay otra vía menos terrorífica para erradicar comportamientos monstruosos: El buen ejemplo, ¡incluso de los propios monstruos! En "La Bella y la Bestia", ésta última es monstruosa únicamente en su apariencia, ya que nunca deja de ser una criatura noble. Aquí nuevamente se pone de manifiesto que la deformidad no es suficiente para concebir un monstruo, falta que este ser deforme obre con crueldad premeditada, lo cual la Bestia no hace jamás. Al contrario, es un monstruo gentil que se comporta de la manera más cortés y exquisita con Bella, para que ésta acceda a casarse con él y rompa así el encantamiento por el que la desventurada Bestia ha adquirido esa horrible apariencia.

Este desenlace de la historia de Jeanne-Marie Le Prince marca una curiosa constante con otros cuentos clásicos, pues así como la Bestia, tanto el sapo como Riquete el del Copete, o incluso el Cascanueces, también recuperan la apariencia de apuestos nobles sólo en recompensa a la nobleza moral que nunca perdieron ni aun en su

estado deforme.²⁸ Al respecto, Frederick Nietzsche ha realizado un rastreo bastante esclarecedor de la evolución de la palabra *nobleza*:

Descubrí que en todas partes la idea de "distinción", de "nobleza", en el sentido de rango social, es la idea madre de donde nace y se desarrolla necesariamente la idea de "bueno" en el sentido de "distinguido en cuanto al alma" y la idea de "noble" en el sentido de "privilegiado en cuanto al alma" (Nietzsche, 2001: 24).

Es evidente, por tanto, la intención pedagógica y moralizante que hay en la creación de los monstruos *nobles* antes citados, ya que esas criaturas reprimen la aparición total de lo monstruoso —no se comportan mal, no son crueles, ni lujuriosos- y por ello, en recompensa a su nobleza moral, se les restituye nobleza social. Lo que no sucede, por ejemplo, con el ogro de "Pulgarcito" y la bruja de "Hansel y Gretel", que si tienen un horrible fin es por haber sido siempre unos monstruos empedernidamente desalmados, degenerados e incorregibles.

Éste no es sino un modo de inculcar modelos de conducta a los lectores, sobre todo niños, bajo la promesa implícita de que sólo *triunfarán* en la vida si se portan bien, pero si no, tendrán un triste fin. No es de extrañar, por eso, que los protagonistas de los cuentos clásicos sean si no siempre nobles en cuanto clase social, al menos sí nobles en tanto moral -lo que de algún modo también les asegura un cierto ascenso social, como al hijo del molinero en "El gato con botas", por ejemplo-. Es notoria la sugerencia

²⁸ Sin embargo, hacia el final de "Riquete el del copete" se menciona la disyuntiva entre dos posibles finales, uno, en que se convierte "en el Príncipe más hermoso del mundo" para casarse con la Princesa, y otro donde no existe tal metamorfosis, sino que la Princesa se enamora de las virtudes de Riquete, lo que repercute en que su joroba le parezca tan sólo la inclinación habitual de un hombre que medita; su cojera, nada más que una postura encantadora; sus ojos bizcos, la manifestación de un arrebato de pasión excesiva y su nariz deforme, hasta marcial y heroica (Perrault, 116). También en "La Bella y la Bestia", se sugiere que Bella se enamora de la Bestia mucho antes de su transformación en apuesto príncipe: "Hay muchos hombres más bestiales que tú —dijo la Bella-, y mejor te quiero con tu figura que a otros con figura de hombre y un corazón corrupto, ingrato, burlón y falso" (cita tomada del cuento —en texto completo— del sitio web <http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/fran/leprince/bella.htm>).

en estos cuentos de que el porvenir económico-social de los personajes estará en gran medida determinado por su desempeño moral. Si ellos son siempre buenos, aunque a veces cometan equivocaciones, pero si luego las reconocen y rectifican a tiempo su conducta, al final son grata y hasta *solventemente* recompensados. Por eso es que la princesa vanidosa de "El rey cuervo" se convierte en sirvienta, en castigo a su orgullo desmedido, mas, luego, en recompensa por haberse vuelto una muchacha humilde, conciente y trabajadora, recupera su estatus de realeza anterior. A "El ahijado de la muerte", en cambio, por ser ambicioso y querer sobrepasar el poder de su madrina (a quien, en primer lugar, nunca debió elegirse como tal, asevera el narrador), se le acaban la fama, la riqueza y la vida misma.

Pulgarcita y la Cenicienta, por soportar estoicamente todas las injusticias que han sufrido, por ser chicas tan dóciles y generosas, merecen terminar casándose con un príncipe apuesto y *noble* -en el doble sentido-, para así dejar de ser pobres y vivir felices el resto de sus vidas. La madrastra y hermanastras, en cambio, merecen sufrir la humillación y el suplicio, por malvadas y envidiosas. Caperucita Roja, por distraerse jugando en el bosque, en vez de llegar pronto a la casa de su abuelita, tal como le había ordenado su madre, merece ser devorada, por desobediente. Y también "El pastor bromista", por mentiroso, merece nomás que el lobo se coma su rebaño sin que nadie acuda a sus llamadas de auxilio...

Ahora bien, si definitivamente el mensaje didáctico-moralizador de cuentos como "Premio y castigo" (en el que el bueno es recompensado con oro, y el malo, con

carbón y doble joroba)²⁹ no impresiona ni asusta a los receptores y el mal comportamiento continúa, siempre se puede echar mano de recursos menos cándidos. El Hombre de la arena, por ejemplo, que es un personaje invocado por los padres cuando quieren enviar a sus hijos a dormir, haciendo referencia a que los párpados de los pequeños ya empiezan a cerrárseles como si alguien les hubiera echado arena a los ojos. La versión tenebrosa, sin embargo, que se recrea en un célebre cuento de Ernest Theodor Amadeus Hoffmann, cuenta que "El Hombre de la Arena":

Es un hombre malo que viene a buscar a los niños cuando no quieren irse a la cama y les arroja un puñado de arena a los ojos haciéndolos llorar sangre. Luego los mete en un saco y se los lleva a la luna creciente para divertir a sus hijos, que esperan en el nido y tienen picos encorvados como las lechuzas para comerles los ojos a picotazos (Hoffmann, 2000: 10).³⁰

Hay que imaginar a tan terrorífico ser. Se dice que es un hombre, aunque no se proporciona ninguna descripción física de él, sólo se menciona que vive en un nido y tiene hijos que son como aves de rapiña, así que quizás él mismo sea un monstruoso hombre-ave como el simurg o la garuda.³¹ También se señala que a quienes no quieren irse a la cama les echa arena a los ojos hasta hacerlos sangrar y

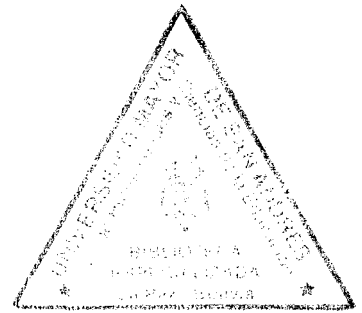
²⁹ La autoría de los cuentos citados corresponden: "El rey cuervo", "El ahijado de la muerte" y "Premio y castigo" a los Grimm, "Cenicienta" y "Caperucita Roja" a Perrault (mas también hay versiones de los Grimm), "Pulgarcita" a Andersen y "El pastor bromista", originariamente una fábula, a Esopo.

³⁰ Sobre este soberbio cuento de Hoffmann, Rosa María Philips dice: "Más tarde, en el atañor del poeta, «El hombre de la arena» encontraría su mito y alcanzaría una estatura ciclópea: la del terror incubado en la infancia, el miedo alimentado cada noche, que desencadena la demencia" (Hoffmann, 2000: s/pág. "Prefacio" a *Cuentos de Hollinan*).

³¹ Aves mitológicas, ambas de rapiña. El simurg, de la mitología persa, tiene alas, cuerpo y garras de águila, cola de pavo real y cabeza de hombre, mientras que la garuda hindú es un águila enorme, pero con torso y piernas humanas (Información tomada del *Bestiario* de Celis y Ramírez).

luego se los da de alimento a sus crías. Un verdadero espanto en el que si los niños se ponen a pensar, seguramente mucho menos les será fácil dormir jamás, aunque, eso sí, es bastante eficiente para enviarlos a la cama de inmediato y sin chistar.

Algo similar sucede con el coco,³² siniestro personaje con quien amedrentan las madres a sus hijos pequeños cuando estos se niegan a dormir, dulcificando incluso, las perversas, con una melodiosa canción de cuna, tan cruel amenaza: "Duérmete niño, duérmete ya..."



...que viene el coco y te comerá"

³² El coco es de origen portugués y tiene la apariencia de un hombre delgado, ataviado con un traje elegante, aunque andrajoso, y con una calabaza por cabeza. Posee, además, garras en vez de manos y es él mismo quien se devora a quienes se niegan a dormir. (Celis y Ramírez, 2006: 154. Dibujo de Román Álvarez Fidalgo).

5. LOS MONSTRUOS VIVEN EN LOS ANAQUELES

Finalmente, conviene saberlo, toda escritura fuerte es monstruosa.

Alonso Miranda

¿No es curioso enterarse que en el *Diccionario literario universal*, de Antonio Pérez-Rioja, se denomina "monstruo" a un cierto tipo de texto escrito?: "*monstruo*. Boceto. Versos provisionales, con palabras sin sentido, pero con el movimiento rítmico que tendrían después de definitivos, los cuales se dan al músico para que sobre ellos se componga una partitura". (Pérez-Rioja, 1977: 654).

Este singular monstruo es un boceto, es decir un esquema de texto, no un texto acabado sino sólo un borrador, apenas la parte previa a la culminación de un proceso pues sobre él todavía debe componerse una partitura, el boceto por sí solo no tendría razón de ser, porque, además, está compuesto "con palabras sin sentido". En síntesis, no es casual que se le llame *monstruo* a este texto ya que es anormal, irregular, deforme, como suelen ser los monstruos.

Sin embargo, este curioso monstruo literario da pie para recordar que, desde siempre, los monstruos se han mejor afianzado, consolidado, establecido en un habitat apropiado para ellos: el arte en general y la literatura en particular, porque como lo monstruoso es "lo que se esconde de los otros, todo lo que está oculto, guardado en secreto, a oscuras" (Jackson, 1986: 65), qué mejor sitio para los monstruos que la biblioteca y los libros de literatura, el espacio ideal en que se refugia todo aquello que excede lo normal y permitido.

Si el psicoanálisis alega que las historias de monstruos sólo son proyecciones de represiones que se manifiestan, la literatura no hace más que mostrar ese lado menos

virtuoso, altruista y heroico del ser humano, en el que mientras el yo es prototipo "de lo bello, lo bueno y lo verdadero, el otro yo se jacta de cobardía, hipocresía y egoísmo" (Rank, 1976: 76). Otto Rank, en *El doble*, sostiene que gran parte de la "literatura del doble" fue realizada por autores (Maupassant, Poe, Hoffmann y Dostoievski, entre ellos), que "sufrían -y de manera evidente- de perturbaciones psíquicas o de dolencias neurológicas o mentales, y durante su vida demostraron una notable excentricidad de conducta, ya sea en el uso del alcohol, de narcóticos o en las relaciones sexuales" (Rank, 69). Así pues, es muy probable que la literatura haya servido de válvula de escape para que los escritores, seres humanos al fin, se liberaran de sus propios monstruos interiores, depositándolos en las páginas de sus historias perturbadoras, que es precisamente el lugar donde el lector puede encontrarlos.

Pero la literatura contemporánea no se limita a exponer monstruos horripilantes sino que promueve la develación de que lo monstruoso es parte inherente de lo humano, y esta osada exposición es más perturbadora y temible que en el Medioevo, pues los monstruos modernos no inspiran ya temor alguno sólo por su fealdad o deformidad - pese a lo grotescas que puedan ser sus descripciones-; de pronto, es la posibilidad de que realmente existan, de que no sólo sean imaginarios, lo que atemoriza.

Así como la criatura de Frankenstein da más compasión y ternura que miedo, en *La metamorfosis* (1915), de Franz Kafka, el protagonista misteriosamente convertido en insecto no provoca por sí mismo temor alguno. Su apariencia es de lo más anómala y hace que se le tenga algo de asco quizás, pero no miedo. No tener certeza de por qué le ha sucedido aquello a Gregor Samsa, no tener la capacidad de podérselo uno

explicar (mucho menos cuando el mismo Gregor asume su monstruosa transformación con una naturalidad inexplicable), ser testigo de que *un hombre puede volverse un monstruo* es lo que recién provoca temor.

La descripción, en apariencia simple, pero minuciosa, de un cuadro en el cuarto de Gregor ofrece algunas sugerencias muy inquietantes acerca de su misteriosa transformación:

...de la pared colgaba la estampa que poco tiempo antes había recortado de una revista ilustrada y había colocado en un bonito marco dorado. La estampa mostraba a una dama, con gorro y boa de pieles, que muy erguida en su asiento levantaba en dirección al espectador un amplio manguito de piel, dentro del cual desaparecía todo su antebrazo (Kafka, 1993: 17).

La mujer del cuadro está parcialmente cubierta de prendas hechas de piel, y éstas son tantas que daría la impresión de que la dama ha sido *atrapada* por ellas. Y a pesar de que la mujer conserva una postura erguida, como una tímida demostración de que no ha perdido aún su humanidad, no puede evitar que las pieles adquieran mayor protagonismo que ella, puesto que la cubren por todas partes. Es como si lo animal se apoderara de ella. Su antebrazo, por ejemplo, ya no presenta ninguna forma humana puesto que está totalmente cubierto de piel. Es más, ese mismo antebrazo es el que señala directamente al espectador del cuadro, que no puede haber sido otro más que Gregor, único habitante de *su* cuarto, como advirtiéndole que era él quien seguía. ¿No se explicaría de esta manera la razón por la que Gregor asume su transformación con tanta naturalidad, como si la hubiera estado esperando, como si no fuera algo extraño para él, de pronto, tener una apariencia monstruosa como ya tuvo la humana?

Al fin y al cabo, este cuadro marca una curiosa analogía, pues mientras la dama del cuadro es mujer únicamente donde la ausencia de pieles permiten apreciarla como tal,

Gregor sólo es insecto en su apariencia exterior. Ambos tienen lo suyo humano y lo suyo monstruoso, a la vez. Sin embargo, lo que este relato deja de manifiesto, fundamentalmente, es la existencia de un bicho llamado Gregor, esto es algo que no se puede ocultar simplemente no dejándolo salir de su habitación o deshaciéndose de su cadáver. Un monstruo recorre *La metamorfosis*. Sin duda, después de leerla, uno reflexiona bastante sobre algo que hasta hace poco era una actividad completamente normal: el descanso nocturno, aquella mortandad momentánea, ese fugaz viaje del que se retornaba sin mayores variaciones al otro día, ya que, después de Gregor Samsa, hasta el sueño se ha tornado siniestro, ¿cómo será posible volver a dormir con la incertidumbre de tal vez despertar y descubrir que sólo se es un monstruo arropado entre las cobijas?

En *Crimen y castigo* (1866), de Fiodor Dostoievsky, se presenta una variante significativa de monstruosidad. Rodion Románovich Raskolnikov, el protagonista de la historia, es un joven estudiante que vive en un barrio marginal de San Petersburgo; padece hambre y frío, pero su orgullo lo obliga a recluirse en la soledad de su tugurio. Es en ese ambiente donde elabora una teoría sobre los hombres ordinarios y extraordinarios, atribuyéndoles a estos últimos el derecho de aniquilar a cuantos ordinarios constituyan un obstáculo para la realización de tareas encomiables que modifiquen el curso de la historia. Este personaje, pese a sus delirios de grandeza, es un hombre honesto, nada angurriente, enemigo de injusticias y perversiones, y bastante sensible si se considera cómo lo afecta el episodio de la yegua vieja que es muerta a palos, pese a que sólo se trataba de un sueño suyo. Por eso es inconcebible

asistir, páginas después, a la escena en que, hasta con mayor crueldad, Raskolnikov mata a hachazos a la vieja usurera y a la hermana de ésta.

Este Raskolnikov, al que no se creía capaz de hacer lo que pregona, es el que atemoriza. ¿Cómo es que un hombre tan sensato, tan prudente, tan *normal*, llega a matar así, permitiendo manifestarse a su naturaleza extra-ordinaria (o monstruosa) por encima de todos los valores de la cultura dificultosamente adquiridos y tanto tiempo practicados?

La emergencia de este nuevo tipo de monstruo es mucho más atemorizante porque no se trata ya de un ser excesivo o deforme, su apariencia es completamente normal, es como cualquier hombre. Y esta probabilidad de que *cualquiera* alberga un monstruo dormido del que se ignora cuándo, dónde y cómo vaya a manifestarse, atemoriza, avergüenza e indigna, saber que puede advenir en el momento menos previsto y no poder hacer nada para evitarlo...

Lo monstruoso, sin embargo, no es sólo interioridad reprimida sino también exterioridad encubierta. El cuerpo mismo es un monstruo, tal como afirma Alonso Miranda: "es el Gran Monstruo (la gran máquina) siempre aludido y siempre evitado: *el cuerpo* -su química nauseabunda prefigura un mundo atroz que podría ser o que pudo haber sido".

En efecto, los instintos primarios sólo pueden ser percibidos por las reacciones corporales que, por ello, deben evitarse de ser expuestas. Así, nadie expele ventosidades en público y todos tratan de disfrazar el mal olor que emana de sus cuerpos. No se habla abiertamente de las funciones fisiológicas y se le llama

cándidamente *toilette* o *tocador* al excrementero. Por lo mismo, las cloacas circulan subterráneamente por debajo de la cotidianidad urbana, ya que es difícil admitir que *aquello* sea parte de lo humano. Pero lo es. Lo humano no es sólo cultural y aparente, también es naturaleza, también es secreciones y excreciones. Un cuerpo puede no ser deforme pero no es para nada perfecto, también es monstruoso, puesto que constantemente excede los parámetros de *etiqueta y urbanidad*: apesta, suda, sangra, llora; por ello, son agotadores, y recontra-imaginativos, los intentos de mantenerlo oculto, de vestirlo y maquillarlo, cubriéndolo con una velo de apariencia que disimule su desnuda, grasienta y pestilente monstruosidad. Por eso, también, las relaciones sexuales, los flujos menstruales, las erecciones, el desnudo, los embarazos (sobre todo si son fuera de matrimonio), las caries, el acné y hasta los estados depresivos deben evitarse de ser expuestos.³³

No obstante, y a pesar de este encubrimiento, el cuerpo monstruoso, -monstruoso no por deforme, hay que insistir, sino por cuerpo mismo- existe, es real, ya que, muy por el contrario, dejar de percibirlo como existente no haría sino incrementar su monstruosidad. Si de cuerpo monstruoso, pero perceptible, pasara a ser presencia imperceptible, esto sólo contribuiría a provocar un mayor temor, curiosamente, no de que se muestre el monstruo en esta ocasión, sino de que no se lo sienta pese a estar presente (de ahí el espanto que se le tiene a lo incorpóreo o fantasmagórico).

Esto es exactamente lo que sucede con Jean-Baptiste Grenouille, personaje de *El*

³³ "Una línea divide, excluye y nos aísla del contramundo y de la contrautopía en la que el monstruo vive... La opacidad de la línea divisoria entre stage y backstage (entre el living y la letrina, la ciudad de arriba y la ciudad de abajo) asegura la inexpugnabilidad de este mundo: el monstruo, sangrante o fedorento, no aparecerá, pues el centinela, el higienista superior, es mercadería y fetiche: las toallas protectoras, el milagro cilíndrico de un desodorante" (Miranda, artículo del sitio web citado).

perfume (1985), de Patrick Süskind. Grenouille posee un olfato excesivamente fino, pues no hay olor que, por muy leve que sea, no aspire, compare, clasifique y archive: olores asquerosos y aromáticos, sutiles y agresivos, nauseabundos y extasiantes, ningún perfume escapa a la percepción de su monstruosa nariz. Parece esculcar la intimidad de quienes lo rodean con su extravagante sentido del olfato; sobre todo se complace en absorber el olor de las mujeres, el perfume que emana de sus axilas, de sus cabellos, de su sexo, y en el caso particular de las jovencitas, lo obsesionan de tal manera sus aromas púberes, que recurre al mismo método de los perfumistas para extraerles la fragancia a las flores y que él utiliza para obtener el perfume de las muchachas sin vida.

Pero la monstruosidad de Grenouille no radica solamente en que, tras la apariencia de un perfumista notable, él sea un siniestro asesino de olfato extraordinario, sino en que carece de una particularidad humana: su cuerpo no emana olor alguno, carece del típico tufillo de los hombres. Por lo tanto es doblemente monstruoso, ya que él no tiene nada que ocultar, no se afana en disimular su cuerpo-monstruo, en limpiarlo, bañarlo, perfumarlo, como hacen los demás, es decir no se comporta como todos y, de este modo, también transgrede las normas, también actúa monstruosamente, aunque esta vez no por exceso sino por insuficiencia: Él no huele mal como todos, sino que no huele, lo que lo hace anormal de todos modos, pues como lo monstruoso radica en lo extraño, lo diferente, se le tiene aversión a todo aquello que no sea común y corriente. Grenouille es, pues, monstruoso tanto por ser homicida como por ser inodoro. Y para desvincularse de esta su doble monstruosidad debe recurrir al extremo de fabricarse

un perfume hecho de efluvios humanos, para oler como uno de ellos, y sólo así pasar mimetizado entre la multitud: siendo monstruoso como todos por poseer un cuerpo que hiede, y no ya por poseerlo sin que éste se pueda percibir. El justo medio entre ser un asesino y un hombre sin olor es para Grenouille ser un homicida que apesta.

Rosemary Jackson, en *Fantasy. Literatura y subversión*, dice que la manifestación del monstruo en la literatura como doble del ser humano —u *otro yo-*, se incrementó a partir de fines del siglo XVI, cuando los adelantos tecnológicos y el progreso sólo contribuyeron a reprimir y a angustiar cada vez más al hombre, y a hacerle sentir la necesidad imperiosa de liberarse de las normas de esa sociedad industrializada (Jackson, 98), una "sociedad carnívora", según Herbert Marcuse, que, aun en el siglo XX, no permite al ser humano expresarse abiertamente sino que lo limita, lo controla, lo anula —"lo devora"— por medio de una serie de imposiciones, que no dejan lugar ni para la crítica ni para el rechazo (Marcuse, 1969: 6). Entonces, que la literatura exponga la existencia de personajes monstruosos, que no hallan acomodo en ese engranaje social, es una afrenta contra el sistema imperante, implica alterarlo por completo, delatar su supuesta perfección, no reverenciarlo más.³⁴ He ahí el carácter rebelde y transgresor de la literatura, a ello se debe que así como lo monstruoso nunca ha podido manifestarse mejor que a través del arte, en reciprocidad, la literatura tampoco se ha amilanado de trasponer las fronteras de lo permitido, y, en ésta su determinación de *mostrar* todo lo prohibido, siempre ha albergado al monstruo en sus páginas.

³⁴ "¡Qué vida la mía!", se lamenta Gregor de la acelerada vida social moderna, "Tengo que soportar este martirio de viajar, la preocupación por las combinaciones de tren, la comida irregular y mala, una relación humana siempre cambiante, nunca estable, nunca rotunda, ¡al demonio con eso!" (Kafka, 18).

6. LA MANO QUE MECE LA PLUMA, GOBIERNA EL MUNDO

¿Es hora ya?, preguntó susurrando el ladrón que se encontraba oculto en la primera tinaja. Todavía no, pero pronto lo será, respondió Morjiana también con un susurro. ¿Es hora ya?, preguntó el segundo ladrón. Todavía no, pero pronto lo será, repitió Morjiana, y así fue respondiendo a la misma pregunta de toda la larga hilera de veinte mulas, cada una con dos tinajas y un ladrón dentro, excepto la última que era la única que contenía aceite. Morjiana vertió ese aceite en un enorme caldero y lo puso a hervir; luego, retornó al patio y fue echando suficiente aceite hirviendo en cada tinaja, de manera que asfixió y quemó a los treinta y nueve ladrones. Hizo esto para salvarle la vida a su amo, pues los ladrones estaban confabulados para darle muerte, por haber éste irrumpido en la cueva donde ellos guardaban sus tesoros robados. Ya habían descuartizado a Cassim, hermano de Alí Babá, y ahora pretendían hacer algo similar con este último. Morjiana no lo permitió y poco después dio también muerte al temible capitán de los ladrones clavándole un puñal en el pecho³⁵... Pero, ¿qué es esto?, apuñalamientos, descuartizamientos, ¡hombres prácticamente achicharrados! Definitivamente *Las mil y una noches* no es una lectura recomendable para niños. Es diez mil veces preferible que lean alguna fábulilla educativa, pues "[n]ada hay que influya tanto en la norma de la conducta de un niño, nada hay que le enseñe a caminar en la vida por la senda del bien, como

³⁵ "Historia de Alí Babá y los cuarenta ladrones". (Anónimo, 1975: 321-332).

³⁶ Aunque, "escogiendo algunos pasajes, sí", decía Silvia Puentes escritora uruguaya y máxima representante de la Academia Latinoamericana de Literatura Infantil y Juvenil (corno quien dice, la *gurú* de la "literatura infantil" en este lado del mundo), durante un *Seminario de Literatura Infamoy Juvenil*, realizado en abril de 2007, en La Paz, Bolivia. Pero, qué habrá querido decir con "escoger" la doctora Puentes: ¿eliminar, "limpiar", modificar, tergiversar?, ¿atentar contra la creación literaria?

los cuentos en que de un ejemplo práctico se deduce una enseñanza moral" (VV. AA., s/pág. "Nota preliminar" de María Pina).

Para María Pina, compiladora de una antología de *Fábulas morales* con autores de todas las épocas y nacionalidades: Esopo, Fedro y Samaniego entre los principales, "[l]a fábula es una composición poética de contenido pedagógico. Es precisamente éste no sólo la nota característica del género, sino su finalidad esencial." (VV. AA., s/pág. Nota preliminar). Esta finalidad no podría quedar más clara: la fábula es una "composición poética", vale decir literaria, con su dosis necesaria de ficción; pero con "contenido pedagógico", o sea, es una narración que conlleva un propósito didáctico: que las normas de un comportamiento convencionalmente aceptable se inserten, a través de la lectura, matizada con un poco de ficción, de manera indeleble en la mente de los futuros miembros de la sociedad.

Las fábulas y otros textos similares asumen lo que señala Víctor Montoya en su artículo "La aventura de leer", que "la literatura en general, y la infantil en particular, es uno de los pilares sobre los cuales se asientan los valores morales y éticos de una cultura y época determinadas" (*Fondo negro*, agosto de 2005). No es de extrañar, por tanto, que, si se concibe a la literatura sólo como un medio para transmitir esos valores, sean los adultos quienes se adjudiquen la prerrogativa de crear literatura "para niños", y no precisamente porque su imaginación se asemeje a la infantil,³⁷ sino porque la de aquellos ya está coaccionada por las convenciones

³⁷ "Yo no sé si habréis visto nunca el mapa de la mente de una persona. Los médicos dibujan a veces mapas de otras partes de vuestro ser, lo que puede resultar algo interesante, pero, les desafiaría yo a que trataran de dibujar la imaginación de un niño, que no sólo es confusa, sino que no deja un momento de dar vueltas" (Barrie, 20).

sociales. De ahí que los autores de "literatura infantil" lejos de crear obras que promuevan y robustezcan la natural capacidad imaginativa de los niños, más se concentren en que lo que escriban sirva para enseñar cosas útiles, pues tras un exhaustivo análisis racional, se ha dado en considerar que la sola ficcionalización, esencia de la literatura, si bien es una actividad maravillosa, es completamente estéril, sin finalidad práctica.

La idea absurda de que un gran autor pudiera escribir para los niños -apunta Paul Hazard- pronto desapareció; nació entonces la otra concepción: que se tuviera que utilizar el placer para la instrucción. La idea no era mala, sólo que la instrucción creyó su deber ahogar muy pronto el placer. Lo que se presentó a los niños, entonces, fueron remedios con un poco de miel (Hazard, s/f: 26. Citado por Elizagaray, 1981: 18).

Para Danilo Sanchez Lihón, la denominada "literatura infantil" tuvo su inicio *oficial* en 1667, cuando un gran autor, Charles Perrault, publicó los *Cuentos de mamá Oca. Historias o cuentos de tiempos pasados, con moralejas*. En este libro se recogen narraciones antiguas y populares oídas a los ancianos en distintos rincones de Francia, que hasta ese entonces sólo habían circulado oralmente. Mamá Oca es un personaje popular concebido como una madre pata que bajo sus alas cobija a sus patitos mientras les cuenta historias y les da consejos de buen comportamiento hasta que se quedan dormidos.

Los *Cuentos de Mamá Oca* son ocho, hoy clásicos y conocidos en el mundo entero: "La Bella Durmiente del bosque", "Caperucita Roja", "El gato con botas", "Cenicienta", "Barba Azul", "Riquete, el del copete", "Las hadas" y "Pulgarcito". Pero lo llamativo de este libro es el rabo del subtítulo que reza: con *moralejas*, es decir cuentos que además de narrar enseñan preceptos de conducta, al igual que las

fábulas de remota antigüedad. Así, por ejemplo, la historia de "Cenicienta" finaliza con la siguiente moraleja, para justificar el feliz desenlace del cuento:

Hermosas:
el don de la bondad vale más
que un hermoso peinado.
Para rendir un corazón o alcanzar un destino
la dulzura es el don de las hadas;
sin ella nada se consigue;
con ella todo se puede.³⁸

No obstante, estas moralejas en los cuentos de Perrault no tenían nada de extraño en una época conocida como el Siglo de las Luces (s. XVII), donde se rendía culto a la razón, al desarrollo intelectual, al aprendizaje precisamente, por lo que también la producción literaria tuvo que adecuarse para conseguir un fin específico, tal como lo asevera Marina Elizagaray en *Niños autores y libros*: "se puso de moda la idea de que la imaginación y la sensibilidad no eran eficaces en sí mismas, sino medios para ser utilizados por los preceptores de la nobleza y la alta burguesía para que sus nobles alumnos no perdieran ni un instante de aprendizaje" (Elizagaray, 1981: 17).

Los cuentos de Perrault, entonces, sólo siguen los propósitos de una "literatura didáctica y moralizante", también conocida como "literatura infantil", y hasta aproximadamente un siglo después, en 1812, los *Cuentos infantiles del hogar*, de los alemanes Jacobo y Guillermo Grimm, continúan ratificando estos propósitos educativas, es decir, siempre "encierran una lección de moral", en la que,

³⁸ No todas las moralejas, sin embargo, se refieren a preceptos de conducta moral sino también a normas de comportamiento social, como ésta que cierra la historia de "El gato con botas": "Si el hijo del molinero/ ganó tan pronto/ el corazón de una Princesa/ y pudo atraer sus lánguidas miradas,/ fue porque el traje, la buena presencia/ y la juventud/ ayudan siempre" (Perrault, 1977: 92).

invariablemente, acaba triunfando el bien.³⁹

¿Cómo son estos cuentos? Crownell Jara, en *El arte de cazar dragones*, describe la estructura básica que es común a casi todos los cuentos clásicos para niños:

Poseen una historia lineal con este esquema: el rey nace, crece, se casa, tiene hijos y es feliz. Son prácticos, casi siempre sabemos cómo van a acabar. El héroe por lo general sale victorioso o, si no es así, se podría prever el destino que le tocará. Lo cierto es que los protagonistas difícilmente salen perdiendo en una aventura y tampoco acaban o muertos o malheridos. Los finales ocultan un final feliz y eso es en rigor casi una ley en el cuento para niños (Jara, 2003: 140).

Sin embargo, ¿no es obvio que semejante *recetario* sólo conseguirá mutilar las potencialidades imaginativas del lector niño ofreciéndole además una versión bastante chata de la ficción? Porque "lo importante para un niño es que la lectura fomente su fantasía y que se divierta y disfrute con la literatura" (Held, 27), no que ésta lo *programe* para tener una conducta sumisa y conformista.

Por si eso fuera poco, los promotores de la "literatura infantil" consideran que ésta debe, además, evitar las escenas escabrosas o violentas que podrían afectar emocionalmente a los niños (en realidad, temen que les sirva de ejemplo a seguir). A ello se debe, por tanto, esas versiones *dulcificadas*, modificadas y trivializadas de muchas historias antiguas, como esa ridícula del "El soldadito de plomo", que la Editorial Porrúa presenta bajo la autoría de Hans Christian Andersen, pero que

³⁹ No hay que olvidar, sin embargo, que punto de partida de la verdadera literatura infantil es el mismo que sostiene y ampara la literatura en general. No puede ser otro. Se la adultera y vicia cuando su iniciativa es ajena a la expresión auténtica profunda del ser, cuando se la produce con un propósito pedagógico, moralizante o catequizador" (Sánchez Lihón, 1986: 24).

⁴⁰ Según Jacqueline Held: "el cuento para hacer dormir a los niños [está] cargado de un gusto por el pasado en el que el príncipe desposa inevitablemente a la pastora, en el que el hijo menor de una familia numerosa se eleva por sus propios medios hasta los destinos más brillantes, en fin, en donde todo acaba siempre del mejor modo, en el mejor de los mundos, según un esquema conformista de agua de rosas y de malvavisco" (Held, 16).

evidentemente es una distinta y aberrante versión, donde el objeto de devoción del soldadito no es una bailarina de cartón de la que aquél se enamora apasionadamente, sino una estampa de la "Virgencita del Pilar de Zaragoza" a la que el soldadito "como era buen cristiano" ¡le reza para que lo socorra en sus desgracias! (Andersen, 1977: 61). ¡Puaj! Y mejor ni hablar de las versiones cinematográficas de Disney.

Los gurús de la "literatura infantil", hoy, justifican estas *mutilaciones* porque creen fervientemente en que se debe educar a los niños sin necesidad de mostrarles cosas cruentas, sino sólo candorosas y tiernas. Pero olvidan que la concepción antigua de enseñanza era un poco distinta, en ese entonces *la letra entraba con sangre*, así que no se puede simplemente echar tierra sobre el asunto de que muchos de los propios cuentos clásicos "para niños" tienen componentes altamente morbosos, que, no obstante, son precisamente los que los hacen altamente interesantes, y para cualquier lector, pues como asevera Jorge Luis Borges "[s]on mejores aquellas fantasías puras que no buscan justificación o moralidad y que parecen no tener otro fondo que un oscuro terror". (Borges, 673).

Por ejemplo, la versión de "Caperucita Roja" de los hermanos Grimm (la preferida por la "literatura infantil"), no permite que la heroína acabe sus días en la repulsiva barriga del lobo, ya que casualmente pasaba por allí un leñador, que al oír los ronquidos de la bestia irrumpe en la cabaña por curiosidad y descubre en la cama de la abuela nada menos que al lobo, durmiendo la siesta luego de haberse dado semejante atracón. El leñador cree oír voces que piden auxilio y al punto le abre la

barriga con su hacha al animal, y así salva a la abuela y a Caperucita, que salen enteritas, sin siquiera una mordida, pese a los "enormes dientes" que se dice tenía el lobo. Luego, Caperucita promete ser obediente y no desobedecer más las órdenes de su madre, con lo que todos quedan felices, bla, bla, bla...

Sin embargo, la versión de Perrault es más breve: "El malvado lobo se arrojó sobre Caperucita Roja y se la comió" (Perrault, 73). Fin. Caperucita parece irremediablemente, la protagonista no acaba feliz ni para siempre. ¿No es algo mucho más curioso e interesante? Pero también la moraleja que da Perrault a esta historia es diferente. No se refiere tanto a la importancia de que *no se debe ser desobediente*, sino a que hay que cuidarse de los extraños, pues nunca se conocen sus intenciones ni lo que podrían llegar a hacer, sobre todo con las niñas, lo que no deja de tener un cierto aditamento sexual:"

A la inversa, mientras que la versión de Perrault de "Cenicienta" sólo se refiere a que las hermanastras se probaron el zapatito y por más esfuerzos que hicieron no se lo pudieron calzar, la versión de los Grimm detalla un poco la magnitud de esos esfuerzos (¡muajajaja!)

Primero, intenta ponérselo la hermanastra mayor, y ya que no puede, la madre le instruye que se corte el dedo gordo para que le entre el zapato, total, cuando fuese reina no necesitaría ir a pie a ningún lado; y la hija lo hace, ¡se mutila el dedo!, le cabe el zapato y, contra su voluntad, el príncipe debe resignarse a cumplir su palabra y se encaminan al palacio para casarse, pero los pajaritos le previenen,

⁴¹ La moraleja que cierra "Caperucita Roja" dice: "Aquí vemos que los niños,/ sobre todo las niñas/ bellas, dulces y gentiles,/ no deben escuchar a cierta clase de gentes,/ y que no es raro/ que los lobos se hayan comido a tantas" (Perrault, 75).

cantando, de la sangre que sale del zapato y se descubre el engaño. Luego, la hermanastra menor, también instigada por la madre, se cercena el talón ¡zas! y por poco convence al príncipe, de no ser otra vez por los pajarracos que la delatan cantando: "Ruc, ruc, ruc... rucurucurato, ¡tiene sangre en el zapato!". (Grimm, 1976: 40).

Estas versiones poco difundidas y más bien evitadas ("Caperucita Roja" de Perrault y "La Cenicienta" de los Grimm), no son para nada atroces, sólo son ficciones cuyo pecado para la "literatura infantil" es mostrar el componente tabú de la humanidad: lo siniestro. No obstante, aun el niño no ignora que posee un lado siniestro, un *chico malo* que con frecuencia no suele portarse bien. La "literatura infantil" lo subvalora cuando considera que sólo puede digerir historias bobaliconas e ingenuas que le enseñen que todo funciona armoniosamente en el mundo. Los niños no son tan inmaduros como se cree, ellos también experimentan similares peripecias que los adultos.⁴² Y si bien no renuncian a sus sueños y fantasías, tampoco han de permanecer inmunes a todo lo que los circunda y determina. De esta mezcla explosiva resultará, sin duda, un complejo mundo imaginario, por lo que no es absurdo deducir que la mente del niño no podría estar sólo poblada de cosas

⁴² En nuestro medio, no son pocas las responsabilidades que tiene que cumplir un niño promedio: cuidar y cargar a sus hermanitos, apenas pocos años menores que él; hacer las compras diarias de pan y verduras, tostar el arroz, pelar papas, hacer las tareas, lavar su ropa, barrer la casa y soportar los abusos de sus padres, maestros, hermanos o chicos mayores, en razón de su minoría y debilidad; incluso desempeñan ya algún trabajo para satisfacer sus propias necesidades y las exigencias de la escuela, ya que sus padres no siempre pueden, o no quieren, hacerlo. Al respecto, el reportaje "El ejército infantil de trabajadores" del diario *Presencia* especificaba: "Entre 165.000 niños de entre 7 a 14 años de edad forman parte ya de la maltratada fuerza laboral boliviana, echando por tierra la tradicional imagen que concibe al mundo infantil como inmerso en la formación integral, la educación y los sueños del futuro. (*Reportajes de Presencia*, 2 de mayo de 1995).

cándidas y maravillosas, sino también de tinieblas, de horror y de sangre.

Por tanto, es muy pertinente esta apreciación que Danilo Sanchez Lihón hace en

Literatura infantil. Magia y realidad:

No debemos aceptar una "literatura infantil" que escoja únicamente el lado bueno de las cosas cuando impera lo perverso, como viene ocurriendo, porque nada lograremos preservando al niño de su confrontación con la realidad. Pensar que el reino de la infancia es el de la pureza es sólo especulación de la edad adulta. Esto que acabamos de plantear a más de uno le ha de parecer temerario, puesto que se sigue conceptuando que el mundo del niño es el de la virginidad, la sublime fantasía, la pura fábula, pero ésta es una idea que felizmente ya resultaba vieja durante el absolutismo francés. (Sánchez Lihón, 31).

Jacqueline Held dice que "la ficción responde a una necesidad muy profunda del niño: no contentarse con su propia vida. ¿No debería la ficción abrir toda clase de puertas, permitir al niño imaginar otras posibilidades de ser para que, en suma, pueda elegirse a sí mismo?" (Held, 11). Así pues, si la literatura —así, a secas- llega, en algún momento, a desempeñar un papel para el niño, éste es el de fecundar sus potencialidades imaginativas, que no sólo le provean de un refugio, una coraza, para desentenderse de un medio hostil donde los otros tienen más tamaño, fuerza y poder, sino que, sobre todo, lo motiven para sobrellevar la no siempre muy agradable existencia.⁴³

Y en cambio, qué es lo que hace la "literatura infantil" sino "dar testimonio de una cierta desconfianza con respecto a la ficción. Le niega el derecho de existir en cuanto tal" (Held, 11), y, en consecuencia, atosiga al niño, lo aburre, lo molesta con su eterna cantaleta profesoral, *no hagas esto, no hagas aquello, no, no, no*; mientras

⁴³ Dice Dora Pastoriza: "El niño -también el poeta- cambia y combina la realidad para adaptarla a las necesidades de su alma. Son pues los objetos deseables y no los reales los que disparan sus afanes, sus pasiones y sus movimientos" (Pastoriza, 1962: 5).

que en el otro extremo, la literatura -a secas-, cuando algo llega a sugerirle al lector, sólo dice, al unísono con el AURYN de *La historia interminable*: "Haz lo que quieras". Y si esto es así ¿por qué, los niños no van a poder también dejarse fascinar por cuanto monstruo esté acechando por ahí, en los textos de literatura? Por qué no ha de sucederles lo mismo que a Nataniel, el personaje de Hoffmann, quien asevera que cuando era niño:

El Hombre de la Arena me había deslizado en el mundo de lo fantástico, donde el espíritu infantil se introduce tan fácilmente. Nada me complacía tanto como leer o escuchar horribles historias de genios, brujas y duendes; pero, por encima de todas las escalofrantes apariciones, prefería la del Hombre de la Arena que dibujaba con tiza y carbón en las mesas, en los armarios y en las paredes bajo las formas más espantosas (Hoffmann, 2000: 25).

Tal como se habrá podido apreciar, se trata de dos concepciones distintas, una que privilegia la ficcionalización creadora —la literatura- y otra que más tiene pretensiones didáctico-moralizantes —la "literatura infantil". Ahora bien, mucho depende de cuál de ambas sea la que impulsa a esgrimir la pluma a un escritor: o bien para proporcionar un momento de solaz o bien para impartir lecciones. Que el producto sea literario o pedagógico, por tanto, dependerá de quién escribe y de cuáles sean sus motivaciones. Sólo la mano que mece la pluma determinará cuáles son los propósitos que orienten a un texto. Pero si acaso estos fueran más literarios... entonces la escritura implicará la deliciosa configuración de un mundo donde antes no había uno similar, un mundo poblado de personajes, acontecimientos, ciudades, peripecias, viajes, paisajes, sueños y desazones, siempre nuevos, diferentes, extraños, porque es lo no conocido lo que atrae a la vez que inquieta (por eso esa especie de incertidumbre y expectativa que se apodera de uno cuando va a conocer

a alguien o hacer un viaje a un sitio al que no había ido antes, y, en cambio, sólo tedio y monotonía cuando se está entre conocidos o cuando se viaja a un lugar habitual). Sólo en la literatura, la mano que escribe descubre un nuevo mundo al lector -sea éste niño o no- en el que no imperan las leyes del mundo conocido, la lógica del mundo creado no es la lógica del mundo real, lo que es tabú en el mundo real, no siempre lo es en el ficticio. En éste, todas las posibilidades se encuentran abiertas: todo puede ser, todo puede pasar; no interesa que sea algo amoral o que no tenga explicación racional, no importa que sea científicamente falso, no importa que *no sea así*, el pulso de la mano creadora juega, ensaya, especula incluso, con la "generación espontánea" que, racionalmente, y por tanto pedagógicamente, siempre ha sido y será inaceptable."

⁴⁴ Hasta mediados del siglo XIX se creía que los seres microscópicos nacían por sí solos. Fue Louis Pasteur quien echó por tierra esta suposición. "Los defensores de la *generación espontánea* hasta tenían su «receta para producir ratones»>>. Basta poner una camisa sucia y un pedazo de queso en una olla... y al cabo de algunas horas ya le podemos ofrecer un banquete a Micifuz" (Guillén Pinto, 1966: 175). Por suerte, en la literatura esto sí sería posible, para complacencia de Micifuz.

7. PINOCHO vs. PETER PAN

Pinocho es un muñeco, muy guapo, de madera... bueno, no tan guapo. Este célebre personaje de Carlo Collodi atraviesa por una serie de peripecias únicamente por ser travieso, por no portarse bien, pues cuando por fin lo hace (e incluso llega a preocuparse por alguien más aparte de sí mismo),⁴⁵ se convierte en un niño de verdad, de carne y hueso. Esto es altamente sugerente, porque ser de madera para Pinocho implica no crecer, continuar siendo niño, ¡permanentemente!, causando estragos, provocando desorden, alterando todo lo serio, lo permitido, lo normal y, en suma, haciendo lo que *no se debería hacer*. En el País de los Juguetes, a donde escapa Pinocho, huyendo de las obligaciones escolares, los niños no hacían más que jugar todo el santo día, ya que, por suerte, allí no había escuelas;

unos jugaban a pídola, otros al tejo, otros a la pelota, unos montaban en velocípedos y otros en caballitos de madera; unos jugaban a la gallina ciega, otros al escondite; otros, vestidos de payasos, comían estopa encendida; unos recitaban, otros cantaban, otros daban saltos mortales, otros caminaban con las manos en el suelo y las piernas por aire, unos rodaban el aro, otros paseaban vestidos de generales con un gorro de papel y un sable de cartón; reían, chillaban, llamaban, aplaudían, silbaban, imitaban el cacareo de la gallina cuando pone un huevo... En suma, un verdadero pandemonium, un guirigay, una endiablada algazara, como para ponerse algodones en los oídos, so pena de quedarse sordos... En medio de tanto jolgorio y tan variada diversión, pasaban como rayos las horas, los días, las semanas (Collodi, 1972: 175).

Por supuesto, es inconcebible que semejante actividad estrepitosa y perseverante, promovida por una inquieta capacidad imaginativa, perdure; este estado de cosas *no puede* continuar por siempre, por lo que transcurridos cinco meses en el País de los Juguetes, todos los niños se convierten en burros de *verdad*. He ahí una moraleja

⁴⁵ "Desde ese día, continuó durante más de cinco meses levantándose todas las mañanas, antes del alba, para ir a dar vueltas a la noria y ganarse así aquel vaso de leche que tanto bien hacía a la achacosa salud de su padre" (Collodi, 14).

implícita: juega y diviértete todos los días, y sólo serás un burro. Comportate bien, estudia y aprende, y serás un niño "como es debido". Es por esta razón que es indispensable para Pinocho volverse bueno, obediente, *noble*, al finalizar la historia, pues sólo así podrá conseguir el premio que tanto desea de hacerse humano, de adquirir aquello que le falta para asemejarse a los humanos: la posibilidad de crecer, de madurar (y de morir, claro), pero sólo a cambio de que se deje ya de molestar, de jugar y de fantasear. Al igual que en el "estadio del espejo", de Lacan, aquí también se plantea que el objetivo de todo niño es dejar de serlo, eso es lo normal, lo correcto.⁴⁶



"¡Qué cómico resultaba cuando era un muñeco! ¡Y qué contento estoy de haberme convertido en un muchacho, como es debido!..." (dibujo de Atilio Mussino)

⁴⁶ Según Lacan, cuando el niño se ve en el espejo, reconoce su imagen como distinta de la del adulto que lo sostiene; la suya es imperfecta, incompleta, la del otro es completa, acabada, perfecta. Si el niño desea ser como el adulto, debe superar sus imperfecciones, desvincularse de sus hábitos naturales y adquirir los que le impone la cultura, debe cortar la relación *incestuosa con* su madre y aprender a valerse por sí mismo; debe hacerse responsable y, en suma, debe crecer. (Exégesis de Walter Navia, 1996: 5).

Pero este final de las aventuras del muñeco se propone de tal modo como si ser niño, dar rienda libre al juego, a la imaginación, fuese algo malo, una anomalía.⁴⁷ Lo que es un absoluto contrasentido, ya que la etapa más propicia para dejar volar la imaginación es precisamente la niñez, ¿cuándo si no? Aníbal Ponce dice: "Es la edad de la imaginación tan entrañablemente inseparable de la infancia que viene a ser en ella como la cuarta dimensión del alma" (Citado por De Cárdenas, 1985: 17). Y, por supuesto, es en los juegos donde se libera una capacidad ilimitada de imaginar roles y situaciones de todo tipo, por eso, fácilmente, una escoba es un caballito y un tacatán, tacatán hecho con la boca, el galope de ese corcel, una mano sólo con el índice extendido, una pistola, y un ¡puij! ¡puij!, los disparos.

Y así como los juegos son parte imprescindible del mundo del niño, la lectura de literatura los complementa. Eida de Cárdenas afirma que la literatura vendría también a constituirse en una especie de juguete para él, ya que coadyuva a que se amplíe y enriquezca su universo imaginario." "La ficción está emparentada con el juego", dice por su parte Jacqueline Held. Se comprende, por tanto, que así como los juegos dan rienda suelta a la imaginación creadora, también la literatura ofrece similares posibilidades de expansión ya que otorga sugerentes ideas al lector, para

⁴⁷ "Hay un extremo que aún no está del todo claro. Me refiero al final de Pinocho, a ese final con "moralina"... El propio Collodi le respondió al padre Ermenegildo Pistelli, que le echaba en cara ese final, un poco postizo: «Será, pero no me acuerdo de haber acabado de ese modo»... Las hipótesis señalan que esa frase es obra de Guido Biagi, y que en cierto sentido fue impuesta por el editor Paggi, acostumbrado a publicar libros con moraleja final" (Collodi, 1972: 22. "Nota preliminar" de María Esther Benítez).

⁴⁸ "Al considerar que el juego es la razón de ser de la vida del niño, es lógico pensar que la Literatura Infantil, debe ser empleada como un tipo de juguete orientado a desarrollar sus aptitudes psíquicas" (De Cárdenas: 1969: 21).

que éste, por sí mismo, continúe prodigando, jugando con su imaginación.

Como la literatura suele ofrecer sólo las pautas de una situación o hecho, nunca lo manifiesta *todo*, y como sus silencios sugieren más de lo que expone, el niño puede lanzarse a la caza de esos huecos, a llenarlos por su cuenta y riesgo, sólo provisto de su imaginación, que es la facultad más prodigiosa que posee y con la que ficcionaliza y vuelve tolerable el entorno que lo rodea. Es por eso que el destino final de este Pinocho que crecerá, no hace otra cosa que sugerir lo trágico que es dejar de ser niños, que se acabe la posibilidad de jugar e imaginar más fantasías, mucho más si ya se ha descubierto lo delicioso que es jugar también con la literatura:

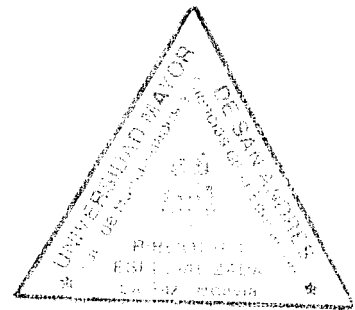
apenas se han anotado el primer tanto en el juego del disfrute literario, cuando les es arrebatada la pelota e impuesta la obligación de repasar todo el tiempo sus lecciones escolares con el fin de hacerse hombres cuanto antes. ¡Como si para ser verdaderamente hombres, y además saber, no fuesen indispensables la imaginación y el cultivo de la sensibilidad! (Elizagaray, 1981: 10).

Por ese camino, se dice en *El principito* (1943), sólo se llega a ser un "Señor carmesí" que "jamás ha aspirado una flor. Jamás ha mirado una estrella. Jamás ha querido a nadie. No ha hecho más que sumas y restas", y todo el día repite: "¡Soy un hombre serio! ¡Soy un hombre serio!", y aún se infla de orgullo. Sin embargo, con tales características, no se es un hombre siquiera, sino tan sólo un hongo (De Saint Exupery, 2003: 36).

En el otro extremo del Pinocho que crece, porque quiere crecer, está Peter Pan, el niño que nunca crece. "Todos los niños del mundo, menos uno, crecen", todos los demás lo hacen y se transforman en los seres más vulgares, como cualquier Juan Vulgar; tienen el rostro cubierto por una espesa barba y no saben ningún cuento para contarlo a sus hijos; se vuelven tan insignificantes que apenas vale la pena hablar de

ellos (Barrie, 250).

Por eso es que Peter Pan escapó el día que nació, porque oyó a sus padres hablar acerca de lo que él sería cuando fuera hombre: "¡Y yo no quiero ser nunca hombre!... yo quiero ser siempre un niño y jugar y divertirme." (Barrie, 61). Pero ésta, como ya se vio en el caso de Pinocho, es una afrenta temeraria a los buenos hábitos de la civilización, pues todos deberían crecer y ejercer funciones de responsabilidad en la sociedad. Peter Pan transgrede absolutamente esta norma al negarse a abandonar el País de Nunca-Jamás, donde no se crece más. Ah, pero eso no es todo. Algo peculiar de la *Historia del niño que no quiso crecer* es que, casi jactándose de ello, se muestra que no todo es perfecto, no todo es virtuoso (aunque, no por ello, deje de ser interesante, atractivo). Por ejemplo, las hadas no eran sólo seres sublimes y maravillosos, sino que a Peter Pan "le parecían muy fastidiosas y molestas y más de una vez había tenido que darles una paliza" (Barrie, 63).



"Peter Pan que conoce bien a las hadas, las zurra a menudo" (Dibujo de J.M. Barrie).

El propio Peter no era solamente un niño encantador y travieso, sino que también era muy vanidoso e insoportable, sobre todo cuando empezaba a jactarse de su valentía al pelear contra indios y piratas. No obstante, jamás confesaba que se largaba a llorar como un jumento cuando perdía su sombra, pues vaya que también era muy descuidado e irresponsable.

En *Peter Pan y Wendy*, se muestra, como una burla ácida hacia los adultos, una irrespetuosidad por todas las buenas costumbres del mundo civilizado: la Nana de los niños es nada menos que una perra; los niños, seres pedestres, se ponen a volar como pájaros; y algunos hasta escapan impunemente de sus cunas para irse a vivir con las hadas y especialmente *para no crecer*, siguiendo el mal ejemplo de Peter Pan.

Para colmo, se asegura, además, que con lo rencoroso que Peter solía ser,

se sentía lleno de ira contra las personas mayores, quienes como de costumbre, lo echan todo a perder. Por eso, Peter Pan, al meterse dentro de su árbol, empez[aba] a lanzar breves suspiros a razón de cinco por segundo. Lo hacía así porque en el País de Nunca-Jamás dicen que cada vez que se suspira muere una persona mayor y Peter, que vengativo, los mataba lo más deprisa que podía (Barrie, 209-210).

Vaya. Sin embargo, viéndolo bien y siendo ecuanimes, no hay necesidad de considerar a los adultos adversarios de los niños, ya que "todos en la vida somos un poco como los niños, ¡los seres más insensibles que existen, pero también los más encantadores!" (Barrie, 207). Al fin y al cabo, qué es un adulto sino tan sólo un niño grande con arrugas y bigotes, ¿acaso no llevan los adultos corbata y pinturas en el rostro al igual que los payasos? y ¿no se la pasan también discutiendo y peleando por tonterías? ¿Qué tan *serios* y *maduros* podrían ser, entonces?

Todo ser humano tiene ante sí el libre albedrío, la posibilidad de negarse a crecer por completo, de negarse a olvidar del todo su lado más insensato e irresponsable.

Podrá, si así lo desea, otorgarse de vez en cuando el privilegio de la ensoñación; pero para ello debe tornar a ser un poco niño, pues "sólo el insensible, inocente y alegre puede volar" (Barrie, 314). Sólo siendo como un niño se tiene la capacidad de transportarse con la imaginación hasta situaciones inconcebibles, que no obstante coadyuvan a hacer más llevadera y grata la vida. Para Peter Pan, por ejemplo, que casi nunca comía, "[l]a ficción era para él tan real que, después de una comida de mentirijillas, parecía como si engordase" (Barrie, 145).

¿Que un adulto debe cumplir con sus responsabilidades, actuar con madurez y decoro? Sí, y como Pinocho será recompensado de seguro, siendo considerado por su entorno un hombre de bien, "como es debido". ¿Pero de qué le serviría ser famoso, rico o poderoso, y ser tan sólo un hongo aburrido? El adulto debería también, de vez en cuando, jugar, solazarse, dejar salir a su niño interior que nunca crece, a su Peter Pan individual, ese pequeño monstruo incorregible que siempre suele estar tramando fechorías.⁴⁹ Y si acaso ya estuviera demasiado esclerosado para recordar cómo es que se puede jugar con la imaginación, ahí está la lectura de literatura que le dará un empujoncito al adulto, para que vuelva a ser niño e imaginar, urdir, maquinarse otra vez, una vez más.

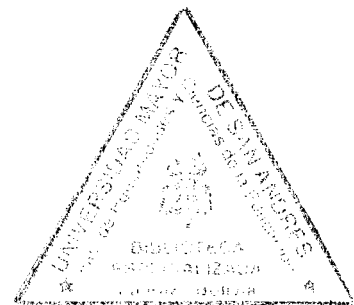
⁴⁹ .. Hagan tonterías!", aconseja un personaje de Antón Chéjov. "La tontería es mucho más saludable y vital que nuestros afanes para que la vida sea sensata" (Chéjov, 1994: 25)

⁵⁰ La literatura no se clasifica en "para niños" y "para adultos": "Existen, sí, relatos que por su pureza y su simplicidad poética, por la universalidad de su imaginación, por su sentido original del misterio y por la magia que anima a sus criaturas, poseen una afinidad peculiar con el mundo de la infancia; pero por eso mismo saben hallar el camino del corazón adulto y hablar al niño que vive en nosotros. Todos los buenos relatos de este género son dignos de ser leídos a cualquier altura de la vida. En cambio, los libros exclusivos "para niños" suelen constituir una literatura boba y mediocre, que parte del error de suponer estúpidos a los niños, y que por eso mismo no resiste la lectura adulta. En suma, los relatos no se dividen en "para niños" y "para adultos", sino en buena o mala literatura" (Ibañez, 1981: 111).

No hay que dejar que se muera el niño que todos llevan dentro; sería tan triste ir por la vida con un cadáver a cuestas. Que no vaya a pasarles lo que en "La historia de Juan y Bárbara" (1934), de Pamela Travers, donde dos niños de cuna, desde que nacieron, hablaban entre sí, con la luz del sol y hasta con la corneja parlanchina que venía a posarse sobre la ventana y con la que siempre discrepaban. Y el día que la corneja les dijo que ellos no entenderían más a los animales, ni a los árboles, ni al viento, después de cumplir un año, ellos prometieron que no sería así, que jamás se olvidarían de ese lenguaje universal.

Tiempo después, cuando la corneja retornó de un viaje, fue a visitar a los gemelos y viendo que la niña comía un bizcocho, le dijo: "¿No hay nada hoy para tu amiga, Barbarita mía?" Pero Bárbara no le contestó sino con un murmullo: "Be-lu..., be-lu..., be-lu". Entonces la corneja desesperada se acercó a la cuna de Juan y le gritó "¿Cómo me llamo? ¿Cómo me llamo? ¿Cómo me llamo?" Pero tampoco Juan le dijo nada, sólo hizo "l-um". La corneja se volvió hacia Mary Poppins y dijo en un susurro acongojado: "Ha ocurrido ya, entonces". Mary Poppins hizo un gesto afirmativo. La corneja no dijo nada pero se fue de inmediato, y mientras volaba a su nido, escondía la cara bajo un ala para que no le vieran cómo estaba llorando (Travers, 1972: 114.

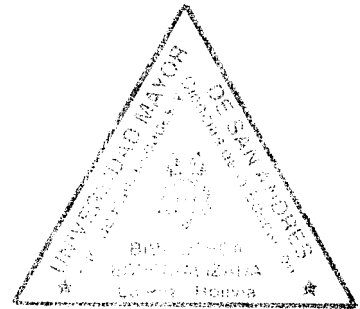
Dibujo de Mary Sheppard).



8. LEER ES UN PLACER, GENIAL, SENSUAL

Yirar es un término del lunfardo que deriva del italiano *girare*, y que significa girar, dar vueltas, pero en la acepción de "callejear la buscona en procura de clientes" (Gobello, 1977: 226). En ese sentido, cualquiera puede girar, pero yirar, sólo una *yiranta*, es decir una prostituta. Por ello, es sugerente que el tango de Enrique Santos Discépolo, "Yira, yira" (1929), diga en su letra:

Cuando estén secas las pilas
de todos los timbres
que vos apretás,
buscando un pecho fraterno,
para morir abrazao;
cuando te dejen tirao,
después de cinchar,
lo mismo que a mí;
cuando manyés que a tu lao,
se prueban la ropa
que vas a dejar,
te acordarás de este otario,
que un día ,cansado,
se puso a ladrar.
Verás que todo es mentira,
verás que nada es amor,
que al mundo nada le importa,
yira, yira...



La canción habla de que al mundo, al planeta, le es indiferente lo que les pueda suceder a cada uno de sus habitantes, no se va a acabar ni se va a detener porque a fulano o a zutanita les esté yendo mal en la vida, él, igual nomás, inmutable, seguirá dando vueltas, pero, ojo, no girando, ¡sino yirando!, como si La Tierra no fuera nada más que una burda ramera que va por el universo coqueteándoles a los otros astros... En la cita, sólo la variación de una letra hace que el significado de una palabra adquiera un plus, yirar es girar, pero no sólo eso. Ésta es una peculiaridad del lenguaje literario, la de significar no sólo lo que se menciona (denotación), sino también lo que

se sugiere, metafórica o irónicamente, a la apreciación del lector (connotación).

Sirvan un par de fragmentos de poemas, de autores distintos, para ejemplificar mejor esto de la denotación y connotación. El primero titula "Antigüedades de Roma" y es del francés Joachim du Bellay (1522-1560), y dice: *Recién llegado que buscas a Roma en Roma/ y no adviertes en Roma nada de Roma/ estos viejos palacios, estos viejos arcos que ves/ y estas viejas murallas son lo que se llama Roma*. El segundo poema, "A Roma sepultada en sus ruinas", le pertenece al español Francisco de Quevedo (1580-1645) y dice: *Buscas en Roma a Roma ¡oh peregrino!! y en Roma misma a Roma no la hallas./ Cadáver son las que ostentó murallas/ y tumba de sí propio el Aventino*. El significado del poema de Du Bellay es denotativo, se entiende lo que se lee. La temática del poema de Quevedo es similar e, incluso, repite cierta organización de las palabras y algunas palabras mismas del poema de Du Bellay. Pero no por ello es válido considerarlo un plagio ni mucho menos, porque aunque diga casi lo mismo, el conjunto de la estrofa sugiere una idea distinta de la del primer poema: "cadáver" y "tumba" cargan mayor peso semántico que solamente "viejos" o "viejas", y, por tanto, impactan más al lector. Ésa, la connotación literaria.

Por eso, no es extraño que, debido a la connotación, la literatura sugiera otros sentidos subyacentes a la sola narración de historias. Sin embargo, si bien narra -o denota- lo mismo a todos los lectores, no siempre sugiere —o connota- lo mismo a todos. Por otro lado, si bien alguno o varios de estos otros sentidos que un texto literario connota, llega a influir a los lectores (de ahí que se diga "tal libro me marcó" o cosas por el estilo), no obstante, no los determina. Además, si a unos les influye este libro, a otros

les influirá aquél, o a la inversa; y también, no a todos los influye de la misma manera. "Muchos no se dan cuenta" dice el señor Koreander en *La historia interminable*. "Todo depende de quién coge un libro de esos" (Ende, 1998: 418). Y ésta es la diferencia de un libro literario con uno didáctico que ostenta la pretensión de determinar la conducta de *todos* sus lectores, por igual, con una misma *enseñanza*. El literario no.⁵¹ Así como no trata de demostrar fehacientemente una tesis, no tiene intenciones investigativas o de experimentación irrefutable, tampoco es un manual de urbanidad y moral ya que lo que es prohibido para éstas, puede darse, ser posible, no prohibido, para la literatura. Los libros de literatura no dan recetas de cómo vivir en el mundo real, sencillamente porque su mundo no es el real, es otro, similar tal vez, muy parecido incluso, pero otro, *no el que es, sino el que podría ser*.

Según Oscar Wilde "[a] un hombre le podemos perdonar que haga algo útil siempre que no lo admire. La única excusa para hacer una cosa inútil es admirarla infinitamente. Todo arte es completamente inútil" (Wilde, 2000: 12). Y, por supuesto, la literatura no es un arte que se desmarque de esta afirmación, pues, que se sepa, tampoco tiene utilidad o aplicación práctica alguna.

Pero, entonces, ¿cómo se explica que pese a que los escritores no descubren medicamentos indispensables, ni inventan artefactos que faciliten la existencia en el mundo, no obstante son objeto de mucha consideración en todas las épocas? Los diccionarios, las enciclopedias y, por tanto, la memoria de las personas están poblados

⁵¹ Lamentablemente, la enseñanza de Literatura en secundaria de nuestro medio ha degenerado en exigir a los estudiantes que *encuentren* ante todo el "mensaje de la obra", como si TODOS los autores no hubiesen escrito más que alegorías, disfrazando con ficción una u otra enseñanza específicas, y que, por ello, sus libros sólo pudiesen tener un único sentido, o "mensaje", que todos los lectores deberían percibir por igual.

de miríadas de nombres de escritores, varios de ellos muertos hace mucho, y sin embargo, no se conoce de igual modo a científicos, físicos, químicos, biólogos, quienes realmente sí han hecho, y hacen, un trabajo arduo de investigación e invención que afecta significativamente a la raza humana. Los escritores en cambio nunca han servido para nada "serio" o práctico, sólo para jugar con su imaginación.⁵²

Pues bien, Otto Rank, en *El doble*, dice que uno de los objetivos que tenían los artistas al incursionar en el tema del doble era "presentar su creación en forma aceptable, para justificar la supervivencia de lo irracional en medio de nuestra civilización soberracionalizada" (Rank, 19). Por tanto, si la creación sobrevive al creador, éste se asegura la inmortalidad de algún modo, sólo una parte suya morirá, la otra, no. Aun si el lector ha hecho parte de su existencia a personajes como Frankenstein, Peter Pan, Pinocho, el Principito o Meñique, mas desconoce quiénes fueron sus creadores, eso poco importa, "por sus obras los conoceréis", dice La Biblia, y los escritores perviven, desdoblados, en su obra, en sus creaciones, en sus personajes, que son su alter ego, su otro yo que nunca muere.⁵³

Lo fundamental de los libros de literatura, por tanto, es que atraigan, entretengan, interesen, **seduzcan**; de ahí a que sugieran algo más, eso es connotativamente

⁵² "Soñaron mundos posibles o se adentraron en los rincones poco frecuentados de éste para traernos, recuperadas, las historias perdidas que olvidarnos cuando accedimos al pestilente mundo de los adultos. En algún lugar recóndito de nuestra imaginación existe una biblioteca donde están recogidos todos y cada uno de los libros que se han escrito, con mejor o peor fortuna, sobre el mundo de la fantasía" (Ramírez Zarzuela, 8).

⁵³ Quinto Horacio Flaco, en el epílogo del Libro Tercero de su obra, *Odas*, comparándola, en su época, con las proezas de los soldados y los edificios de los constructores, escribió: "He erigido un monumento más perenne que el bronce/ y más alto que la mole real de las pirámides.../ No todo yo moriré" (Bailey, 2001: 295).

posible, aunque muchas veces el lector corre también el riesgo de ser sobreinterpretativo o, en su defecto, sólo un obsesivo buscador de alegorías moralizantes donde no las hay. Por ello mismo, lo que no se debe perder de la mira es que: "No existen libros morales o inmorales. Los libros están bien o mal escritos. Eso es todo... Ningún artista desea probar nada... El artista no tiene preferencias morales. Ningún artista es morboso. El artista está capacitado para expresarlo todo" (Wilde, 11).

No importa si fantasean con personajes que levitan o viven entre mariposas amarillas, o si los santos y las vírgenes de escayola bajan de sus altares, lo importante es que se hacen verosímiles. No importa que la mentira sea descarada, si se hace divertida y lleva al lector a meditar sobre su vida y la de todos. En fin, un verdadero creador tiene libertad para imaginar o soñar en todo lo que se le ocurra (Cáceres Romero, 2005: 17).

No podría ser de otra manera, la literatura que siempre ha jugado el papel de ser "otra dimensión de la realidad", no puede detenerse ante límites superfluos o moralistas, pues si hay "una realidad oculta más allá del horizonte" siempre un escritor irá, sin dudar, en pos de ella: "¡Más allá del horizonte!... He ahí la fuerza que mueve al hombre: ¡Más allá del horizonte, porque el espíritu no tiene límites" (Aguirre Lavayén, 1996: 223). Y como la literatura es obra de la ilimitada imaginación del hombre, no es extraño que hasta lo que se considera inmoral tenga cabida en ella, pues "Fantasía" (denotativamente, el país donde viven los personajes de *La historia interminable*, pero connotativamente bien podría referirse al mundo de la ficción), "está, por así decir, para soñar todos los sueños, incluidos los más horribles" (Ende, 393).

No en vano decía Borges que en los libros "está todo: las mayores atrocidades, las pesadillas más espantosas, las más hermosas historias de amor, nuestros más complejos pensamientos" (Borges, 651), porque, en efecto, la literatura es un

receptáculo a donde van a parar no sólo las cosas más sublimes sino también las más oscuras y prohibidas, y, en este sentido, se constituye en la memoria de la naturaleza primitiva del hombre.

A pesar de prohibiciones, censuras y juicios," las páginas de los libros de literatura no se han privado de mostrar la sangre, los asesinatos, el suicidio, la violencia, la tortura, el sadismo, el incesto, el adulterio, las desviaciones sexuales, de que suele estar atravesada la humanidad, pero que se *prefiere no* mencionar. Sólo en la literatura se ostentan campantes el sexo y la muerte, los tabúes del mundo civilizado, e incluso los textos literarios parecen engorrosos *muestrarios* de los infinitos matices de la lujuria y de la vulnerabilidad del ser humano. Por tanto, no sólo todo lo que no existe pero podría ser posible, sino todo aquello que existe, pero de lo que se *prefiere no* hablar,⁵⁵ la literatura lo muestra. En términos de Sigmund Freud, en la literatura, "aquello que debió permanecer oculto ha sido dicho" (Freud, 9).

Por ello mismo, que un lector tenga preferencia por la lectura de literatura sólo se explica porque ésta, en una especie de catarsis, canaliza los deseos y temores reprimidos en las acciones que realizan otros, los personajes. "Todos sabemos que el arte es regocijo para el espíritu, así sea trágico como en la Grecia de Esquilo, Sófocles

⁵⁵ Gustave Flaubert, fue llevado a juicio, acusado de haber escrito una novela pornográfica y ofensiva para la religión cristiana, con un personaje adúltero que además se quita la vida. El juicio se hizo en 1857, un año después de la publicación de *Madame Bovary* en Francia, pero el autor y su obra resultaron absueltos. No tuvo tanta suerte John Cleland que fue recluido, por algún tiempo, en la cárcel por sus *Memorias de Fanny Hill* (1749), ni Salman Rushdie, a quien se lo sentenció a muerte en Irán por sus *Versos satánicos* (1989), aunque se libró de ser ejecutado. Información tomada de los sitios web <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/2-1001-2005-11-12.html> y <http://www.jornada.unam.mx/2001/12/30/sem-sexo/html>

⁵⁶ Como en *Bartleby, el escribiente*, de Herman Melville, no es que la sociedad *se niegue* a tocar tales temas, sólo *prefiere no hacerlo*. Hay una sutil diferencia.

o Eurípides, porque se hace purificador, catártico" puntualiza Adolfo Cáceres Romero. No se trata, entonces, de que gran parte de la literatura no repugne o espante al lector, pero algo más placentero que su aversión le impide dejar de leer, pues como decía Emmanuel Kant: "El aspecto de una cadena de montañas cuyos picos nevados se pierden entre las nubes, la descripción de una tormenta o la que hace Milton del reino infernal, nos producen un placer mezclado con terror".⁵⁶ Algo de atroz y de siniestro, por tanto, tendrá también el lector, un otro lado horrible de sí que evoca el libro que lee, para sentir indignación y miedo pero a la vez para *no cerrar el libro* que le provoca tales inquietudes.

A propósito, "qué pasa realmente en un libro cuando está cerrado" se pregunta Bastian en *La historia interminable*. "Naturalmente, dentro sólo hay letras impresas, pero sin embargo... Algo debe pasar, porque cuando lo abro aparece de pronto una historia entera." (Ende, 17). A tal pregunta podría aventurársele esta respuesta: Cuando los libros están cerrados, los que allí habitan, duermen, algunos eternamente, y sólo del lector dependerá que sigan viviendo sus aventuras, ya que se encuentran como los habitantes del castillo de la Bella durmiente del bosque, y dormirán cien años o más, a no ser que alguien aguerridamente se atreva a internarse en las páginas empolvadas y mohosas. Sólo la lectura les repone la existencia. "Los libros funcionan a costa de nuestra, energía", dice muy acertadamente Fernando Savater en su ensayo "Leer". "Somos su único *motor*, a diferencia de lo que ocurre con televisores, vídeos y fonógrafos. En la habitación vacía puede seguir encendido el televisor o sonar la música, pero el libro queda inerte sin su lector". (Savater, 1997: 235).

⁵⁶ Información tomada del sitio web <http://www.monografias.com/trabajos6/roma/roma.shtml>

Leer es, pues, una actividad en la que el lector, si lo decide, debe participar activamente, y -¿acaso no lo sabe?- el placer que le proporcionará la lectura equivaldrá prácticamente al que otorga cualquier otro juego entretenido. Sin embargo, aunque parezca contradictorio, todo juego es serio, posee sus propias reglas que no se pueden infringir. Por ejemplo, mientras las manos son usadas cotidianamente por las personas para saludar, acicalarse, vestirse, comer, escribir, pelear, etc., etc.; en el fútbol, las reglas de este juego establecen que nadie puede usar las manos para nada, ni para golpear, empujar, arañar, sopapear o pellizcar al adversario, ni para hacer signos obscenos al árbitro o al público, y mucho menos para tomar el balón o para tocarlo siquiera, con excepción del portero, claro está. Esto, no lo ignoran los jugadores y si se abstienen de usar las manos en el campo de juego es para evitar las tarjetas de amonestación y, mucho más, la expulsión del juego. En consecuencia, los juegos en general,

se manifiestan como una actividad voluntaria de los participantes; se ejecutan dentro de límites de tiempo y de lugar y obedecen a reglas libremente aceptadas, pero absolutamente obligatorias. Además no persiguen otra finalidad que la que poseen en sí mismos; y procuran una sensación de goce, de satisfacción inherente a la misma actividad que, por otra parte, se comprende como algo diferente de la vida ordinaria (IBLEL., 2002: 11).

De modo similar, entonces, no se puede concebir la literatura si no se cree plenamente en que es posible crear, imaginar, jugar a construir otro universo, desviándose de la lógica racional y dejando de lado las normas que rigen el mundo conocido, pues cada libro inaugura una lógica propia. ¿Existe el Hombre de la Arena? Por supuesto, en el cuento del mismo nombre, y eso no lo ignora un lector que sabe que leer literatura es jugar con la imaginación a disfrazarse, a ser otro, a actuar y pensar distinto, al menos

mientras dure este placentero juego de la lectura.

Y cuando Manlio Sgalambro dice: "Puede que sólo por eso merezca la pena existir, por leer un libro, por ver los inmensos horizontes de una página. ¿La tierra, el cielo? No, sólo un libro. Por eso, muy bien se puede vivir" (citado por Savater, 236), está hablando de lo extraordinariamente vital que es la ficción en la vida del hombre. La imaginación hace posible para el ser humano que quien no lo quiere lo quiera y que quien lo aborrece, se muera; la imaginación le hace sentir indispensable, respetado, fortachón, sabio, sexy y bonito; la imaginación le consuela haciéndole creer que sus muertos se van al cielo, que sus enfermedades y accidentes son sólo la voluntad de Dios y que la cadena interminable de crasos errores que siempre comete así ya estaban escritos.⁵⁷

Y la ficción que es, por así decir, la imaginación literaturizada, la imaginación escrita, hace otro tanto de lo mismo. Honorato de Balzac, que casi siempre estaba quebrado y acosado por sus acreedores, podía en cambio dar fortunas a sus personajes, de la nada. Y Julio Verne, que nunca pudo viajar por el mundo, como tanto hubiese deseado, no priva a sus personajes de llegar incluso a la luna o al centro de la tierra. Pero hay algo más, no habría que desdeñar la cualidad performativa que suele tener la literatura -el lenguaje literario-, esa de crear aquello que no sólo se da en el mundo ficticio sino que, incluso, puede darse en el real. Así, por ejemplo, para resarcirse del rechazo que le hizo la Marquesa de Castries, Balzac pintó su vanidoso retrato en *La duquesa de Langeais*. ¿Contaría, sin embargo, el autor francés con que, tal como la

⁵⁷ Se dice que decía Winston Churchill: "La imaginación consuela a los hombres de lo que no pueden ser. El humor los consuela de lo que son" (*Selecciones del Reader's Digest*, marzo de 1962). Ambos (humor e imaginación) son, por fortuna, regios atributos de la literatura.

protagonista de su novela, que pierde la razón, tiempo después la propia Marquesa de Castries acabaría efectivamente sus días en el manicomio? Y qué decir de Verne, quien en sus novelas previó no sólo el *Viaje a la luna*, sino el exacto sitio donde estaría la base de lanzamiento, Cabo Cañaveral, Florida, paralelo 27° 7'; previó, además, la televisión, en *El castillo de los Cárpatos*; el helicóptero, en *Robur, el conquistador*, el tanque de guerra en *La casa de vapor*, y el submarino en *20.000 leguas de viaje submarino*.⁵⁸

Más inquietante aún es enterarse que un escritor mediocre, Morgan Robertson, escribió en 1897, 14 años antes del hundimiento del Titánic, una novela llamada *Futility* (Vanidad) -posteriormente publicada con el título de *El hundimiento del Titán*-, que narra la travesía de un enorme barco llamado Titán, que un día de abril va a estrellarse contra un iceberg y, en el naufragio, mueren miles de personas.

Los pasajeros en la novela son 2.177, en el Titánic fueron 2.227; los botes de salvamento del Titán son 24, del Titánic, 20; la longitud del Titán es de 240 metros, del Titánic, 268; el peso, 70.000 toneladas del Titán, 66.000, del Titánic; la velocidad del impacto es de 24 nudos para el Titán y de 23 para el Titánic. Ambos partieron de Southampton y ambos naufragaron a 400 millas de Terranova, y, en tanto que los sobrevivientes del Titán son 705 pasajeros, los del Titánic fueron 605.⁵⁹ Si bien la literatura es un juego, es un juego serio y así habría que tomársela (pero sin dejar de lado tampoco lo que afirma Guillermo Cabrera Infante: "hasta lo que Ud. llama literatura seria, es un juego" (citado por Mac Adam, 1996: 35)).

⁵⁸ Información tomada de la revista *Vidas Ilustres*. N°131 y N°219.

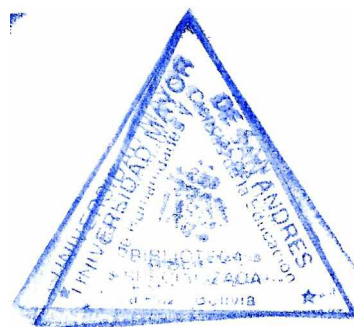
⁵⁹ Información tornada del sitio web <http://www.profeciasyprofetas.com/titanic.php>

Ahora bien, es cierto que "hay muchas puertas para ir a Fantasía", como dice el señor Koreander, "no sólo hay libros sino también otras posibilidades de ir a Fantasía y volver" (Ende, 418). La literatura no tiene pues la exclusividad de la ficcionalización, sino que ahí están también las otras artes como la pintura, la escultura, el teatro, el cine y hasta la música por supuesto (qué distintas reacciones provoca la "Cantata a la Alegría" que *Carmina Burana*, por ejemplo, aunque, claro, ambas consiguen que "el alma del oyente quede temblando"). Pero hay una ligera ventaja de todas estas artes, que recurren a la forma, el color, el movimiento o el sonido para ofrecer imágenes visuales o auditivas, pues son inmediatamente percibidas por el espectador u oyente. En cambio, la literatura se vale sólo de letras impresas que, no obstante, pueden producir las mismas y aun más intensas reacciones en los lectores de lo que las otras artes consiguen con toda su parafernalia de recursos. He ahí su incomparabilidad, una simple sucesión de signos gráficos puede provocar el más amargo llanto o la más espeluznante carcajada, la aversión más intensa o el deseo más irrefrenable.

De ahí que la lectura de literatura sea tan seductora y atrapante. Incluso, no tiene nada que envidiarle al sexo, pues también, una vez que se la prueba, siempre se desea más. Leer es un placer, genial, sensual, ¿alguien lo duda todavía? Si es así, ese alguien no lee, o si lee, lo hace por obligación, como tarea, no por necesidad vital, no por adicción, pues sólo el adicto precisa de los libros con la misma ansiedad que el alcohólico del licor o el "huelepega" del thinner. Quien lee, lo sabe, pues ya está contagiado, porque el gusto por la lectura no se hereda ni se aprende, se

contrae como un virus. Por ello, un lector es visto como un tipo enfermo, anormal, cuando mucho más que ir a una fiesta, practicar algún deporte ostentoso o hacer todo lo *normal* y de *buena onda* que los demás hacen, prefiere recluirse a leer solamente. Haciéndolo, no lo saben, no podrían saberlo, se solaza mucho más exquisitamente que imitando todas las actitudes, frases y poses que creen todos hay que imitar para *pasarla bien*. ¡Pobres ilusos!

El lector adicto, el que no puede dejar de leer, y el lector insomne, el que está siempre despierto, son representaciones extremas de lo que significa leer un texto, personificaciones narrativas de la compleja presencia del lector en la literatura. Los llamaría lectores puros; para ellos la lectura no es sólo una práctica, sino una forma de vida (Piglia, 2005: 21).



8a. DE RATAS Y DE NIÑOS



*Los planes mejor trazados
de ratones y de hombres
a menudo se tuercen
y no nos dejan más
que dolor y tristeza
en lugar de la esperada alegría.*
Del poema "A un ratón", del poeta
escocés Robert Burns (1759-1796).

¿Quién no ha crecido con esta historia (aunque sea de oídas) en la que un perturbador hombre misterioso se lleva por igual a niños y ratas sólo con tocar su flauta? ¿Qué motivación lo llevaría a hacer esto?, ¿que no le pagaran por su trabajo? Si fue por ello, el flautista debió haber sido muy ambicioso, ya que por cuenta de mil monedas se llevó nada menos que a 130 niños, cuyas vidas eran invaluable, si se toma en cuenta que aún tenían mucho por vivir. ¿Y a dónde se los llevó?, ¿realmente habrá tenido la frialdad de enterrarlos, y enterrarse a sí mismo (pues tampoco de él se vuelve a saber) dentro de una montaña? Pero si era cierto que su flauta era mágica, que hasta podía encantar con su música, él mismo sería un ser extraordinario. Entonces, ¿no se habrá llevado a los niños de verdad a un mejor lugar? Y eso, ¿no es más una recompensa cuando lo que él quería era vengarse? Pero no quería vengarse de los niños ¿verdad?, ni siquiera de los padres, sólo de las autoridades que no fueron capaces ni de dar solución al problema de las ratas, ni de pagarle lo que le prometieron cuando liberó al pueblo de ellas.

"El flautista de Hamelin" es un cuento que circuló en la tradición oral alemana hasta que, primero los hermanos Grimm (en 1816), y posteriormente Robert Browning (en 1840 aproximadamente), sin mencionar a las otras muchísimas versiones que se

hicieron de esta historia, la plasmaron, universalizaron y eternizaron en la letra escrita. Pese a que, cuándo no, ha sufrido variaciones de toda índole, la versión de Browning ha mantenido lo esencial de esta historia: el detalle de los estragos que provocaban las ratas, que justificara la indignación y el hastío de los habitantes; la inoperancia de las autoridades que redundaría en su posterior actitud de desplante ante el flautista, lo que ocasionó un aún mayor problema que el de las ratas; la descripción del encantamiento por la música, del que eran presas tanto animales como niños, y el desenlace ya mencionado (en que los niños son guiados por el flautista hasta el pie de una montaña, que se abre mágicamente, los deja pasar y se cierra tras de ellos), más una tentativa de explicación del destino último de los niños, que habrían reaparecido años después, hechos ya adultos, en Transilvania.

Esta historia del flautista la hizo el poeta, Browning, como no podía ser de otra manera, en verso, con sus características métrica y rima inglesas. Y tal parece que haberla rodeado de estas formalidades ha asegurado, de algún modo, su vigencia por encima de cualquier otra versión que pretenda adulterar o suavizar los hechos de la historia.⁶⁰

Son muchas las teorías a las que se atribuye el origen de este enigmático cuento, las cuales insisten en presentarlo no sólo como una historia de ficción, sino como la versión de un hecho real, lo que, inevitablemente, lo hace mas perturbador aún. Estas teorías van desde terremotos y epidemias, hasta cruzadas de la Edad Media.

⁶⁰ Sirva como ejemplo este final del cuento que un sitio web publica con la finalidad de enseñar *historias para niños*, es decir moralizantes, chatas y siempre con final feliz: "Hamelin se convirtió en una ciudad triste. El alcalde lloró y lloró; y cuando hubo llorado mil lágrimas sonó una alegre musiquilla. Era el flautista que regresaba; ¡y con él venían los niños, saltando y cantando alegremente! Has pagado tu deuda con lágrimas -dijo el flautista al alcalde-: pero me conformo con eso" (Información tornada del sitio web <http://roble.pntic.mec.es/jblesa/cuentos/flautist.htm>)

De niños que se ahogan como ratas y desaparecen para siempre

En 1212, Esteban, un pastorcito francés de 12 años, de la población de Véndome, se presentó ante el rey de Francia, Felipe Augusto, y le dio una carta que, según él, le había entregado el propio Jesucristo mientras cuidaba su rebaño. En ella se le pedía a Esteban que predicara a favor de una cruzada de niños para recuperar el Santo Sepulcro, en poder de los moros. Se le prometía que lo que no habían logrado las anteriores cruzadas de hombres armados, lo conseguiría una cruzada de niños inocentes. También, que el Mar Mediterráneo se les abriría, como el Mar Rojo lo hizo ante Moisés, para que esa cruzada infantil pudiera llegar sin problemas a Jerusalén.

Imbuidos de aquella enseñanza bíblica que dice "dejad que los niños se acerquen a mí", y seguros de obtener su salvación eterna por este medio, los insensatos padres no se opusieron a esta inverosímil empresa y, muy por el contrario, animaron y prepararon a sus hijos para hacer el arduo recorrido, proveídos de lo indispensable, mas sólo armados de cruces.

También en Colonia, Alemania, enterados de lo que ocurría en el país vecino, los niños, aleccionados por sus padres, quisieron tomar parte de esta expedición. Entonces, liderizados por un joven campesino llamado Nicolás, se organizó una cruzada de hasta 40.000 niños, que una vez listos partieron rumbo a Roma, para lo que tuvieron que cruzar Los Alpes, donde muchos de estos niños perecieron de frío y enfermedades. En Francia, se les unieron los otros 30.000 niños reclutados por Esteban, y juntos continuaron el camino hasta llegar a Roma. Allí, el Papa Inocencio III trató de disuadirlos de su alocado propósito y les pidió que retornaran a casa, pero

ellos, empecinados, continuaron su peregrinaje hasta los puertos del Mar Mediterráneo, donde con ruegos y oraciones pretendieron que se abriesen las aguas para que pudiesen atravesarlo y llegar así a Jerusalén, en la otra orilla. En vista de que esta táctica no les daba resultado, aceptaron la propuesta de dos mercaderes conocidos como Hugo de Hierro y Guillermo de Cerdo, de llevarlos en siete barcos a su destino. Los niños se embarcaron, y durante los siguientes 18 años no se supo nada más de ellos.

En 1230, un sacerdote francés contó que dos de los siete barcos se habían estrellado contra las rocas y los niños habían perecido ahogados. En cuanto a las otras cinco naves, fueron llevadas al puerto de Argel, en África, donde los niños fueron vendidos como esclavos.⁶¹

Parece ficticio semejante holocausto de miles de niños expedicionarios, vulnerables, expuestos a epidemias típicas de las concentraciones masivas, víctimas de fiebres, hambre, inclemencias climáticas, y todo eso sin contar con su desaparición sin dejar rastro durante casi veinte años, hasta que por fin se tuvo alguna incipiente información de su triste fin en las aguas que ellos pretendían amansar con sus ruegos, y de su desaparición definitiva, dispersados por buena parte del mundo, sometidos a su nueva condición de esclavos. Todo ello es definitivamente increíble; pero es un hecho histórico, real, ocurrió de verdad (y después se dice que es la literatura la que inventa historias disparatadas).

Es unánime la posición de muchos investigadores respecto a que este pasaje histórico fue el origen de "El flautista de Hamelin", en donde, por un lado, las ratas perecen

⁶¹ Información del sitio web <http://historia.mforos.com/725447/5902392-la-cruzada-infantil-1212/>

ahogadas, y por otro, los niños desaparecen definitivamente. Esta curiosa extrapolación, sin embargo, de niños y ratas, es muy sugerente, ya que algunos ven en ella una crítica al cristianismo medieval, pues aquellos niños, tan puros y tan creyentes, igual fueron a morir como ratas en el Mediterráneo y su propósito de rescatar el Santo Sepulcro sólo desembocó en su propia tragedia. Sin embargo, también está la otra interpretación que habla de que los lugares paradisiacos que ofrecía el flautista con su música, para que los niños lo siguieran, no es sino una metáfora de que aquellos pequeños expedicionarios habrían ido justo al lugar que les correspondía, el cielo.⁶²

No obstante, ¿cuál historia parece ser más ficticia, la de la cruzada de los niños o la del cuento de Hamelin, la real o la literaria?, ¿no parecen ambas igual de fantásticas o, dado el caso de que todo sea posible, igual de reales? Precisamente a ello, a que pudo ser posible, se debe que "El flautista de Hamelin" sea un cuento tan perturbador.

De lectores que se dejan seducir como ratas por "El flautista"

Lo más inquietante de "El flautista de Hamelin" es el epígrafe, que Robert Browning dice que se halla en el muro de la iglesia de Hamelin y que los hermanos Grimm citan en su propia versión de la historia:

En el año 1284, después del nacimiento de Cristo,⁶³
en el lejano Hamelin,
ciento treinta niños nacidos en este lugar
se fueron con el flautista a la montaña.

No podría ser más lacónico. ¿Cómo que se fueron?, ¿cómo que eran tantos? ¿Quién

⁶² Información tomada del sitio web http://www.flautistico.com/flautistico/flautistico.nsf/docs/El_flautista_de_Hamelin_Browning

⁶³ Hay una discrepancia en cuanto a la fecha, según los Grimm el día del suceso fue el 26 de junio de 1284, mientras que para Browning, fue el 22 de julio de 1376.

era ese flautista al que se menciona con tanta naturalidad como si fuera el hombre más conocido del lugar (se le llama "el flautista", no "un flautista")?, ¿cómo que nadie hizo nada para impedirlo? Nada de eso responde el epígrafe, pero, de encontrarse efectivamente allí, en la iglesia de Hamelin, se estaría erigiendo como una perturbadora prueba fehaciente de que esta historia no fue sólo imaginada.

Según Browning, a la calle por la que pasaron por última vez los niños en pos del flautista, se la conoce precisamente como Calle del Flautista. Pero hasta el siglo XVII, dicen los hermanos Grimm, en su versión de esta historia, se la conocía como *Bungelose Strasse* (calle sin tambores, es decir, silenciosa, quieta), porque existía un decreto edil, en memoria de los niños desaparecidos, que no permitía que en ella se ejecutara música y menos que la gente se pusiese a bailar. Si un cortejo matrimonial la atravesaba, los músicos debían dejar de tocar mientras circularan por ella. También, por otro lado, los Grimm dicen que la montaña en la que los niños desaparecieron se llamaba Poppenberg, aunque Browning dice que sólo se trata de una colina y se llama Koppelberg.⁶⁴ Sin embargo, es la mención de estos detalles temporales y geográficos la que reviste de verídica a una historia ficticia.

Pero cuando la ficción invade el territorio de la realidad, inevitablemente se resquebrajan todos los fundamentos de veracidad, ya que ambos espacios se contaminan, se entrelazan, no ocupan sus respectivos compartimentos y transgreden

⁶⁴ Esta diferencia en los nombres, aunque bastante parecidos fonéticamente, Poppenberg y Koppelberg, sólo estaría indicando una irrefutable mutación de nombres a través de los siglos, ya que los Grimm, siendo alemanes, no podrían desconocer los nombres exactos de sus territorios, pero Browning, de existencia posterior, señala el nombre que se mantiene hasta la actualidad (Toda la información respecto a **ambas versiones del cuento fue tomada del sitio web** http://www.flautistico.com/flautistico/flautistico.nsf/docs/El_flautista_de_Hamelin_Browning).

límites convencionales, lo que naturalmente provoca perplejidad pues, ahora sí, ¡ya no hay certezas en qué apoyarse con seguridad!⁶⁵

¿Cómo pudo aparecer un flautista de la nada y desaparecer con tantos niños consigo? y ¿cómo algo semejante pudo haber ocurrido realmente? El universo gira, sin duda, cuando se lee tan inquietante historia, y el lector gira con él; se hunde de seguro -como las ratas en el río Weser- en el temor y el recelo a ese flautista (personaje no menos tétrico que el coco o el Hombre de la arena) que se lleva a los niños quién sabe a dónde ni para qué. Mas, cuando el lector está a punto de perecer, ahogado sin remedio en la incertidumbre... consigue salvarse, al igual que la única rata del cuento que se salvó, sólo para ir a contar este acontecimiento a sus congéneres, sólo para difundir esta morbo-deliciosa narración que ha leído y para que también otros se dejen tentar por "El flautista" y lo lean. Al fin de cuentas, ratas, sólo eso son los lectores que devoran libros de a poquito.

Ahora bien, el flautista había librado a otras ciudades sólo de pestes de animales, según lo que él mismo afirmó, no de niños indispensables. Pero como ni antes ni después de llevarse a los niños, se volvió a saber más de él, ¿habrá hecho su aparición sólo para la desaparición de los niños?, ¿para llevarse consigo la alegría y la malicia, y dejar sólo la seriedad y la parsimonia a los adultos? ¿No será el flautista quien arrebatara la niñez a quienes no la saben valorar y prácticamente están pidiendo

⁶⁵ Se supone que lo real es real y lo ficticio lo propio, ¿cómo debe entenderse eso de que lo real parezca ficticio y lo ficticio sea real? El haiku de Camilo Moreira, estudiante de la UMSA, propone la siguiente interesante explicación:

"Verdad y ficción
las separa
una vieja muralla agrietada."

que los despojen de ella, aunque luego se vayan a arrepentir de haber aparentado ser tan *maduros* y haberse quedado sin una cuota de infantil picardía?

Sea cual fuese la connotación, indudablemente Hamelin, un lugar real, creció por obra y gracia de un cuento, de una ficción. El comercio incesante por la zona y la gran afluencia turística se debió a que fue incluido como un pueblo importante en la *Ruta alemana de cuentos*,⁶⁶ cosa que sin un cuento representativo, no habría sucedido jamás. Una vez más se da, por tanto, una perturbadora extrapolación entre la ficción y la realidad, ya que fue un texto literario el que hizo posible la permanencia y el desarrollo de un lugar geográfico específico. Es más, "El flautista", hasta el día de hoy continúa atrayendo como ratas a los visitantes de Hamelin, quienes en muchedumbre van al sitio donde, se cuenta, sucedieron los hechos de niños y de ratas, quizás a mejor empaparse de la historia, a ver si a alguno le es posible desentrañarla algún día.

⁶⁶ Conformada por varios pueblos alemanes, alrededor de 70, esta Ruta incluye a aquellos pueblos de los que emergieron personajes famosos de los cuentos de hadas, entre ellos Asfeld, cuna de Caperucita Roja; Hannover-Munden donde, según la creencia popular, estaría el bosque en que vivió Blanca Nieves con los siete enanos y las praderas donde pasó sus aventuras el Gato con Botas; Polle, residencia de la Cenicienta; Bodenwerder, pueblo del Barón de Münchhansen; Trendelburg, que tiene entre sus edificaciones al castillo de Rapunzel; Sababurg, donde se hallan las ruinas del castillo en que durmió cien años la Bella durmiente del bosque, y por supuesto, Hamelin, escenario de la historia del flautista (Información tomada del sitio web http://www.alemania-turismo.com/ESN/a_donde_ir/master_tlfstrasse-id14-fs2-htm).

8b. UN CUENTO CON CORAZON DE PLOMO

Es contradictorio que la propia "literatura infantil" haya catalogado a ciertos autores como altamente didácticos y moralizantes, Ernest Theodor Amadeus Hoffman⁶⁷ y Hans Christian Andersen, entre ellos, cuando lo que caracteriza la obra de estos autores no es la intención adulta de enseñar ni de dar ejemplo, sino la "absoluta libertad imaginativa",⁶⁸ que es lo que, por el contrario, más los vincula con la infancia, con el deseo de no crecer, ya que "¿[q]ué es el cuentista, ya se trate del relato oral como del escrito, sino aquél que se resiste a olvidar su infancia, que se niega a olvidarla y a dejarse «normalizar» por completo?" (Held, 173).

⁶⁷ ¿Cómo puede considerarse a E.T.A. Hoffmann un eminente autor de cuentos "para niños" cuando ha transgredido absolutamente los cánones de la "literatura infantil"? Sus cuentos son menos cándidos que terroríficos, menos didácticos que perturbadores. Obviamente, para los propósitos de la "literatura infantil", sólo se ha recuperado de él lo más digerible y conveniente, con las modificaciones necesarias. "Cascanueces y el rey de los ratones", por ejemplo, que incluso ha sido musicalizado y convertido en una pieza de ballet navideña. No obstante, y a pesar de su típico final de cuento "para niños" (el Cascanueces recupera su anterior apariencia y rango nobiliario, y se casa con María Drosselmeyer, la protagonista), este cuento rezuma la gran imaginación creadora del autor. Por ejemplo, privilegia la minuciosa recreación del inédito enfrentamiento entre un ejército compuesto por soldados de plomo y otros juguetes, contra otro de cientos de depredadores ratones, en una singular y apasionante batalla, con caídos de ambos lados. El Cascanueces comanda a los juguetes y con su pequeña espada despanzurra sin asco a los roedores; los soldaditos también se valen de sus bayonetas para atacar y cuentan con cañoncitos diminutos, con los que disparan certeros granos de pimienta, causando bajas significativas en las filas ratoniles. Pero como los ratones son numerosos, por uno que cae lo sustituyen dos, y muerden y roen con saña al enemigo, por lo que es incontable la cantidad de juguetes combatientes, mutilados y quejumbrosos, dispersos en el suelo de la habitación. Pronto, los ratones toman los cañones y se aprestan a invadir el propio armario, la capital de los juguetes, provocando pánico entre las muñecas que lloran a gritos al verlos avanzar amenazadoramente. Los soldados comienzan a huir para salvar la vida y, en vano, el Cascanueces se desgañita gritándoles que no abandonen sus posiciones, pero, por último, agotado e impotente, él mismo pugna por subir al armario para ponerse a buen recaudo del ataque del temible Rey de los ratones de siete cabezas, y, al no lograrlo, grita desesperado: "¡Un caballo... un caballo... un reino por un caballo!", haciendo parodia de la exigencia de *Ricardo III* de Shakespeare (Hoffmann, 2000: 60-61).

⁶⁸ "Una literatura infantil desde la perspectiva pedagógica devalúa la peculiaridad de la literatura: absoluta libertad imaginativa" (Sánchez Lihón, 22).

Los *Cuentos* de Hans Christian Andersen (1805-1875), a los que el propio autor hizo quitar expresamente el *para niños* del título primigenio, puesto que, en su opinión, no lo eran (Saparina, 1968: 15), no enseñan las normas de un comportamiento socialmente aceptable, sólo muestran una variedad de situaciones y personajes sin una valoración predeterminada. ¿Quién es el malo de los dos Nicolases, Nicolasón, que es brutal e ingenuo, o Nicolasín, que es ambicioso y fabulador? La opción de definir quién es qué se la deja Andersen a sus lectores, él no pretende decirles lo que deben pensar.⁶⁹

Los cuentos de Andersen son, ante todo, producto de una de las mentes más imaginativas de la Europa del siglo XVII, quien llegó a crear intrincadas pero interesantísimas historias de los aspectos más insignificantes que observaba, "otorga vida, a lo largo de sus historias, no sólo al soldadito de plomo, a la pastora y al deshollinador de porcelana de Saxe, al ruiseñor del emperador de China, sino también a la aguja de zurcir, al cuello postizo, al cuello de la botella y a la sopa a la broqueta" (Held, 97).

Cómo olvidar, por ejemplo, las peripecias de "El soldadito de plomo", tan sorprendentes, que es impensable que un lector (niño o adulto, qué más da), no se deleite leyendo las aventuras de tan cándido y gallardo personaje, quien, no habiendo alcanzado el plomo al momento de fabricarlo, "no tenía más que una pierna, pero se

⁶⁹ Sirva de ejemplo este final del cuento "La más dichosa": "El viento... después de soplar sobre ella y dispersar sus hojas por todos lados, se va, difundiendo por el mundo la peregrina historia de las rosas. Peregrina digo y no me arrepiento, pues cada cual puede terminarla a su sabor, proclamando, según su modo de sentir, cuál, de entre las bellas hijas del rosal, llegó a ser la más dichosa" (Andersen, 1977: 174).

mantenía en ella tan firme como los demás con sus dos pies" (Andersen, 1981: 91).⁷⁰

Este soldadito se enamora nada menos que de una glamorosa bailarina de cartón, una señorita muy bien ataviada, que vivía en una graciosa quinta con árboles, todo de cartón, y con un espejo redondo en el centro que hacía de estanque. Pero (y siempre hay un "pero" que trastorna todo), el soldadito tiene como adversario a un gnomito negro, un juguete de muelle que vivía en una caja de tabaco y que le coge tal animadversión al soldado, apenas lo ve, que es él, dice el narrador, quien propiciará todos los infortunios al militarcito.

Todo lo que le sucede a este soldadito es por ser temerario; el narrador dice que era tan valiente que pasara lo que le pasase permanecía siempre firme y sin temor, hasta en los momentos más difíciles "nadie podía decir que arqueó una sola vez las cejas" (94). Pero es precisamente esta apostura la que le ocasiona problemas; son su osadía, su arrojo los que ofenden de inicio al gnomo negro, quien, cuando descubre que el soldadito está observando a la hermosa muñeca de cartón: "¡Hombrecillo cojuelo!", le advierte, "no dirijas tus miradas hacia personas tan superiormente colocadas sobre tu baja esfera" (93). Porque, en efecto, la bailarina era de "alcurnia muy alta". Mas si el soldadito aspiraba a conocerla, era sólo porque creía que era de su misma condición física, pues, por encontrarse en plena ejecución de uno de sus pasos de baile, ella se sostenía sobre una sola pierna, y teniendo levantada la otra, parecía a simple vista que, también, le faltaba una. De ahí que el soldadito minusválido pensara: "He aquí la mujer que me convendría" (92).

⁷⁰ Andersen Hans Christian. "El soldadito de plomo". En *Los titanes de la literatura infantil*. México: Editorial Diana, 1981. Todas las citas y paráfrasis del cuento pertenecen a esta edición, por eso, de aquí en adelante, sólo se indicará el número de página.

Sin embargo, ¿qué habrá sido lo que realmente molestó al gnomo, del soldadito, para que hubiese empezado a intrigar en su contra? Es probable que este gnomo haya sido muy moralista y amante de las convenciones sociales, de la etiqueta y el qué dirán, y entonces lo que lo escandalizó fue que el soldadito, siendo un insignificante soldado raso, ni siquiera un sargento por lo menos, estuviese pretendiendo a una aristócrata como la bailarina, quien vivía prácticamente en un palacete y era alguien a quien un pobretón soldado no debería siquiera mirar. ¿O acaso le molestaría al gnomo que aquel soldado pretendiese a la bella bailarina aun estando lisiado, aun siendo un cojo más digno de lástima y de desprecio? Se podría comprender esto último, pues al fin y al cabo, la bailarina tenía sus dos piernas, era alguien *normal*; pero ¿por qué podría el gnomo discriminar al soldado por tener una sola pierna, si él, que era un juguete de muelle, no tenía ninguna?, ¡sólo un resorte en vez de piernas! Lo más probable, entonces, es que el mismo gnomo haya estado enamorado de la bailarina desde mucho antes que apareciese el soldado, pues éste había llegado recientemente como regalo de cumpleaños del niño propietario de los juguetes. Al ver un nuevo admirador del objeto de sus deseos, el gnomo se habrá sentido muy indignado, mucho más si este competidor tenía algo más que él: una pierna, y peor si era tan esbelto y marcial aún con esa única pierna. En cambio, el gnomo nunca se estaría erguido, sino siempre balanceándose y rebotando, sin gracia ni concierto, con lo que evidentemente tenía todas las de perder ante el nuevo adversario.

Sin embargo, el gnomo, pese a no poderse desplazar, era un ser mágico, podía ejercer influencia sobre otros sin necesidad de tener contacto con ellos. Por eso,

aunque no hay una acción directa del gnomo sobre el soldadito, el narrador le atribuye toda la culpabilidad de las desgracias del protagonista.⁷¹ Así pues, cuando el gnomito negro le prohíbe al soldado continuar viendo a la bailarina -prohibición que el soldadito ignora porque ¿cómo podría siquiera pensar en dejar de ver a su amada?- el gnomo, como un oráculo fatídico, dictamina su velada amenaza: "Bien, bien, temerario mozuelo... mañana verás lo que te sucede" (93).

Y precisamente a partir del día siguiente, el cuento de Andersen pasa a narrar un relato que no podría menos que denominarse: la *Epopéya de un juguete*, que inicia cuando el soldadito, misteriosamente, cae de la ventana del tercer piso y se extravía en el empedrado de la calle, y pese a que su propietario lo busca minuciosamente, no puede dar con él. El soldado, que se encuentra hundido de cabeza entre dos piedras, está a punto de gritarle "aquí estoy", pero se acuerda de que es prohibido a los militares hablar con el arma de reglamento en la mano. Por último, el niño se cansa de buscarlo, se resigna a perderlo y se marcha.

Cae una llovizna y luego un verdadero chaparrón, que limpia el polvo de la calle empedrada, por lo que unos niños logran descubrirlo poco después: "-Mira —dijo uno de ellos-he aquí un soldado de plomo que ha perdido una pierna en la guerra. -Tómalo —dijo el otro-, y lo meteremos en nuestro barco" (93). Porque efectivamente tenían un barco hecho con papel de periódico, así que reclutan al soldado como tripulante, lo suben a bordo y la débil embarcación se va navegando por un arroyuelo de aguas crecidas y turbulentas, que se había formado en la cuneta debido a la reciente lluvia. El

⁷¹ Por ello, hacia el final del cuento, cuando un niño arroja el soldadito al fuego, el narrador dice: "Yo creo, sin embargo, que este mal pensamiento le fue sugerido por el horrible gnomo negro" (95).

soldadito, como Odiseo, se va a la deriva en su barquilla, a merced de la corriente, y al pasar por debajo de una piedra, donde reina la oscuridad más negra, una rata, que allí vive, le exige su pasaporte. Esta rata se erige en una especie de autoridad aduanera, sin cuyo permiso nada puede circular por el arroyo que pasa cerca de su madriguera, a menos, claro está, que se le muestre un pasaporte en regla. Pero el soldadito no hace caso alguno de esta exigencia, porque, además de no tener pasaporte alguno, no siente siquiera que sea digno responderle a "semejante animalucho"; por otro lado, como la rata es civil, seguramente el soldadito arriba a la conclusión de que no podría, por ningún motivo, tener autoridad sobre un militar, así que se pasa de largo y ni voltea a mirar a la rata que corre desaforada por la orilla, persiguiendo al barco de papel y rechinando de rabia: "¡Detenedlo, detenedlo! No me ha enseñado su pasaporte" (94).

Obviamente el papel se moja y el barquito se hunde, como es de rigor, con su capitán a bordo, el cual no se inmuta ni aún en ese fatal momento, sólo dedica un último pensamiento a su musa de cartón, la bella bailarina. Pero antes de que llegue al fondo del riachuelo, un pez se lo devora y, de esta forma, el soldadito llega a compartir el mismo infausto destino del bíblico Job y del pinochesco Geppeto.

Luego, pescan al pez y le abren el vientre, y el heroecillo de plomo descubre que ¡ha retornado al mismo punto de partida, el hogar, su Ítaca!, donde lo reconocen y lo restituyen en el lugar que le corresponde, y donde lo espera su Penélope de cartón, y, claro, no todo es perfecto, donde también se encuentra el pretendiente rival, el gnomo negro, en su caja de tabaco, mascullando intenciones poco amistosas.

Y en este punto, "El soldadito de plomo" se torna en una trágica historia de amor, sólo

comparable con la de Romeo y Julieta. No, no es una exageración. Cuando al fin parece que al soldadito le será posible permanecer por siempre junto a su bailarina, siguiendo algún destino siniestro el juguete de plomo termina en el fuego de la chimenea, donde empieza a fundirse inevitablemente; pero eso no es todo, una ráfaga de viento (como la que arrojó al soldadito a la calle desde la ventana del tercer piso, ¿habrá sido también el influjo del gnomo negro?), hace que la bailarina caiga igualmente en el fuego, justo al lado de su ardiente admirador, ahora más ardiente que nunca. Naturalmente, el cartón de la bailarina se quema casi instantáneamente. ¡Sólo hay que imaginar cómo le habrá pesado al soldadito ver la muerte de su amada!, él todavía debió esperar un poco más a fundirse completamente para seguir esa misma suerte, para morir también, pues de qué valía ya la vida sin amor... Al final, sólo quedó de ellos un trozo de plomo fundido en forma de corazón, al lado de una lentejuela del vestido de la bailarina, insistentemente, aún juntos.

Los artistas románticos sostenían que el verdadero amor nunca se realiza o que, cuando se está realizando, se trunca; que los amores que se realizan, que perduran, no son amores de verdad ya que terminan muriendo, simbólicamente, por la rutina. Para los románticos, el verdadero amor es breve y trágico y de él solamente queda el recuerdo.⁷² ¿No es, entonces, la historia del soldadito y la bailarina una de las más románticas conocida, tanto como la de Romeo y Julieta o la de Píramo y Tisbe? En verdad, la historia de "El soldadito de plomo" no tiene nada que envidiar a esas

⁷² El romántico ama el amor por el amor mismo, y éste le precipita a la muerte: la muerte de amor es vida, y la vida sin amor es muerte. "Todas las pasiones terminan en tragedia, todo lo que es limitado termina muriendo, toda poesía tiene algo de trágico" (Novalis). Información tomada del sitio web <http://www.monografias.com/trabajos6/roma/roma.shtml>

dramáticas grandes historias de amor.

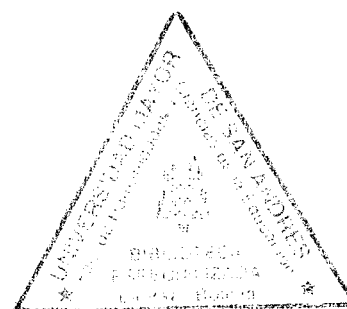
Y el recuerdo, indeleble, que ha quedado del gran amor entre el soldado y la bailarina es este apasionante cuento que narra la más diversa gama de aventuras por las que atraviesa ¡un juguete! ¿Quién iría a imaginarse que tantas cosas le podrían suceder a un objeto de plomo? Hans Christian Andersen, dice Elena Saporina en *La creación y sus misterios*, ha proporcionado al mundo de la literatura las historias más asombrosas e inesperadas, incluso "acerca de una aguja de zurcir, de un escarabajo, una gota de agua, el cuello de una botella... Cada historia más maravillosa que la anterior, deslumbrantes chispazos de imaginación" (Saporina, 13). Porque, en efecto, Andersen no sólo narró hechos que podrían sucederle a las personas, sino historias que nunca les había sucedido a los objetos; estos, de su habitual anonimato e inercia, pasaron a ocupar el rol protagónico en los cuentos del danés, lo que indiscutiblemente los inyectó de novedad, pues "ya eran demasiadas las narraciones para arrullar niños, y demasiados los cuentitos ingeniosos que le endilgaban a los animales las ineptitudes humanas" (Monsiváis, 1996: 16).

Que se hayan escrito historias fantásticas con la incursión de duendes, ogros, brujas y hadas, no es algo comparable con las que escribió Andersen, donde lo más intrascendente de la vida adquiere protagonismo.⁷³ Ambas formas de narrar cuentos pertenecen a dos esferas distintas de la imaginación, pero la última, quizás por ser más reciente, es la más curiosa, la más sugerente y seductora, porque cuando ya no

⁷³ Pese a que "con el nombre de «cuento de hadas» se designa de modo general a cualquier cuento fantástico cuyo protagonista sea imaginado, aunque no haya ningún hada en él" (Ramírez Zarzuela, 16), aquí se prefiere marcar diferencia entre los cuentos clásicos y los de Andersen (que no por ello son menos clásicos), debido a que han sido escritos por motivaciones distintas como para meterlos en una sola bolsa y bajo un mismo rótulo.

se tenía (o al menos eso se pensaba) qué inventar, Andersen se vuelca sobre sí mismo (varias de sus historias de malhadados personajes, como la del mismo soldado de plomo, son autobiográficas), se vuelca sobre la naturaleza y el mundo, y los redescubre.

Sin duda es encomiable la obra que hicieron los autores de cuentos clásicos, como Perrault o los hermanos Grimm, recopilando y adaptando las historias de la tradición oral -los cuentos de las abuelas-, que ellos plasmaron para siempre en la escritura. Mas la obra de Andersen, casi toda, es producto sólo de su imaginación creadora. Eso hace indudablemente a "El soldadito de plomo" un cuento mucho más valedero, en cuanto a potencial imaginativo se refiere, que "Blancanieves y los siete enanos" o "La bella durmiente del bosque". Por supuesto, un cuento con corazón de plomo no sólo es más perdurable, sino que, a la hora de la valoración, siempre ha de pesar más.



"Enséñame tu pasaporte —dijo el roedor— ¡pronto!"

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre Lavayén Joaquín. *Más allá del horizonte*. La Paz: Los amigos del libro, 1996.
- Andersen Hans Christian. *Cuentos de Andersen*. México: Porrúa, 1977.
- Anónimo. *Las mil y una noches*. Buenos Aires: Sopena Argentina, 1975.
- Aries Phillipe. *El hombre ante la muerte*. Madrid: Taurus, 1999.
- Barrie James M. *Peter Pan y Wendy*. Barcelona: Juventud, 1925.
- Baum Frank. *El maravilloso Mago de Oz*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1965.
- Borges Jorge Luis. *Obras completas*. Buenos Aires: EMECÉ, 1974.
- Cáceres Romero Adolfo. "Paz Soldán y la narrativa del post-boom", *A prueba de frío. Revista de literatura y otros estragos*. N° 13. Potosí: GRUJEES, 2005.
- Cárdenas Eduardo. *Diccionario comprehensivo de la lengua española*. Panamá: América, 1979.
- Celis Agustín y Ramírez Alejandra. *Bestiario. El libro de los seres que nunca existieron*. LIBSA: Madrid, 2006.
- Chéjov Antón. *El violín de Rothschild y otros relatos*. Madrid: Alianza, 1994.
- Collodi Carlo. *Las aventuras de Pinocho*. Madrid: Alianza, 1972. Con ilustraciones de Atilio Mussino.
- De Cervantes Saavedra Miguel. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Bogotá: Alfaguara, 2005.
- De Cárdenas Elda. *Literatura infantil*. La Paz: Juventud, 1969.
- De Lautréamont Conde. *Los cantos de Maldoror*. Madrid: Cátedra, 2001.
- De Saint-Exupery Antoine. *El principito*. Buenos Aires: Emecé, 2003.
- Dostoievski Fiodor. *Crimen y castigo*. Quito: LIBRESA, 1990.
- Durand Luisa. "Los amores de Balzac", *Vidas ilustres* N° 219. México: Novaro, 1969.

- Elizagaray Marina. *Niños autores y libros*. La Habana: Editorial Gente Nueva, 1981.
- Ende Michael. *La historia interminable. De la A a la Z*. Madrid: Alfaguara, 1998.
- Estébanez Calderón Demetrio. *Diccionario de Términos Literarios*. Madrid: Alianza, 2001.
- Bailey Alberto (traductor). *Horacio. 2000 años de actualidad. Odas*. La Paz: Plural, 2001.
- Freud, Sigmund. "Lo siniestro", *Freud total*, s/l: s/ed, 1919. (CD ROM).
- Gay Fernando. "Julio Veme", *Vidas ilustres* N°131. México: Novaro, 1966.
- García-Pelayo Ramón. *Diccionario Larousse*. Buenos Aires: Larousse Argentina, 1964.
- Gobello José. *Diccionario lunfardo*. Buenos Aires: A Peña Lillo Editor, 1977.
- Grimm Jacobo y Guillermo. *Cuentos de Grimm*. México: Porrúa, 1976.
- Guillén Pinto Alfredo y Peñaranda de Guillén Pinto Natty. *El cerebro, instrumento creador*. La Paz: Gisbert, 1966.
- Held Jacqueline. *Los niños y la literatura fantástica. Función y poder de lo imaginario*. Barcelona: Paidós, 1981.
- Hoffmann Ernest Theodor Amadeus. *Cuentos de Hoffmann*. México: Porrúa, 2000.
- Ibañez José Miguel. *Introducción a la literatura*. Santiago de Chile: Universitaria, 1982.
- I.B.LE.L. *Los juegos infantiles y tradicionales de Bolivia*. I.E.B.: La Paz, 2002.
- Jackson Rosemary. *Fantasy. Literatura y subversión*. Buenos Aires: Catálogos, 1986.
- Jara Jiménez Crownell. *El arte de cazar dragones*. Lima: San Marcos, 2003.
- Kafka Franz, *La metamorfosis*. La Paz, América, 1993.
- Koning Frederik. *Diccionario de demonología*. Barcelona: Bruguera, 1974.
- Mac Adam Alfred. "Entrevista a Guillermo Cabrera Infante", *Escritores latinoamericanos*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo, 1996.
- Marcuse Herbert. *La sociedad carnívora*. Buenos Aires: Galerna, 1969.
- Mariás Julián. *Breve tratado de la ilusión*. Madrid: Alianza, 2001.

Montoya Víctor. "La aventura de leer", *Fondo negro de La Prensa*: La Paz, 7 de agosto de 2005.

Monsiváis Carlos. *Nuevo Catecismo para indios remisos*. México: Ediciones Era, 1996

Navia Romero Walter. *Jacques Lacan. Una aproximación*. La Paz: I.E.B., 1996.

Nietzsche Friedrich. *Genealogía de la moral*. Madrid: Mestas Ediciones, 2001.

Oblitas Poblete Enrique. *Cultura callawayaya*. La Paz: Talleres Gráficos Bolivianos, 1963.

Pastoriza de Etchebarne Dora. *El cuento en la literatura infantil*. Buenos Aires: Kapelusz, 1962.

Pérez-Rioja José Antonio. *Diccionario literario universal*. Madrid: Tecnos, 1977.

Perrault Charles. *Cuentos de Perrault*. México: Porrúa, 1977.

Piglia Ricardo. *El último lector*. Barcelona: Anagrama, 2005.

Railos Stefanos. *Mitología griega*. Barcelona: GRM, S.L., 2005.

Ramírez Zarzuela Alejandra. *El gran libro de las hadas*. Madrid: LIBSA, 2006.

Rank Otto. *El doble*. Buenos Aires: Orión, 1976.

Reportajes de Presencia. "El ejército infantil de trabajadores". La Paz, 2 de mayo de 1995.

Sánchez Lihón Danilo. *Literatura infantil. Magia y realidad*. Lima: Instituto del libro y la cultura, 1986.

Saparina Elena. *La creación y sus misterios*. Buenos Aires: Cártago, 1968.

Savater Fernando. *Diccionario filosófico*. Barcelona: Planeta, 1997.

Selecciones del Reader's Digest. "Citas citables". Nueva York, marzo de 1962.

Shelley Mary. *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Madrid: Siruela S.A., 1981.

Stevenson Robert Louis. *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Barcelona: MEDIASAT GROUP, 2000.

Süskind Patrick. *El perfume*. Barcelona: Seix Barral, 1999.

Tenney Merrill. *Diccionario manual de la biblia*.- Miami: Editorial Vida, 1976.

Travers Pamela. *Mary Poppins*. Barcelona: Juventud, 1972.

VV.AA. *La Biblia*. s/ciudad: Editorial Verbo Divino, s/año.

VV.AA. *Fábulas Morales. Antología*. México: Porrúa, 1972. Selección y notas de María Pina.

VV.AA. *Los titanes de la literatura infantil*. México: Diana, 1981

Vargas Llosa Mario. *La orgía perpetua*. Barcelona: Bruguera, 1983.

Von Der Walde Lillian. "Lo monstruoso medieval". *La experiencia medieval*. Iztapalapa: Universidad Autónoma Metropolitana, 1993-1994.

Wilde Oscar. *El retrato de Dorian Gray*. Barcelona: MEDIASAT GROUP, 2000.

BIBLIOGRAFÍA DIGITAL

Mundo Mágico. *¿Existen las hadas?* <http://mx.msnusers.com/Mundomagiko/tupginaweb.msnw>

Fernanda Almunada. *Mi mundo de fantasía* (2007). <http://www.usuarios.lycos.es/mimundodefantasia/newpage2.html>

Origen de los dichos. "Tocar madera" (2002). http://www.microsiervos.com/archivo/mundoreal/tocar_madera.html

Amando Miguel. "Frases más o menos hechas" (2007) <http://www.libertaddigital.com/index.php?action=desaopi&cpn=37333>

Arnal Mariano. "Monstruo". <http://www.elalmanaque.com/Amor-sexo/monstruo.htm>

Miranda Alonso. "Monstruos" <http://www.henciclopedia.org.uy/autores/AlonsoM/monstruos.htm>

Rodríguez Alberto. "Monster". <http://www.pasadizo.com/películas2.jhtml?cod=564>

Le Prince Jeanne Marie. "La Bella y la Bestia". <http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/fran/leprince/bella.htm>

Página 12. "El Quijote con faldas sigue asombrando por su modernidad". <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/2-1001-2005-11-12.html>

Laszlo Erdelyi. "El sexo censurado". <http://www.jornada.unam.mx/2001/12/30/sem-sexo/html>

Martino Juan Andrés. "Romanticismo" <http://www.monografias.com/trabajos6/roma/roma.shtml>

Auza Martín. "La leyenda del ¿flautista? de Hamelin" (2004). http://www.flautistico.com/flautistico/flautistico.nsf/docs/El_flautista_de_Hamelin_Browning

"El flautista de Hamelin". <http://roble.pntic.mec.es/jblesa/cuentos/flautist.htm>

Mundo historia. "La cruzada infantil (1212)". <http://historia.mforos.com/725447/5902392-la-cruzada-infantil-1212/>

Hamelin turístico. http://www.alemania-turismo.com/ESN/a_donde_ir/master_tlfstrasse-id14-fs2-htm

Profecías y profetas. "El hundimiento del Titán ic: Un libro profético". <http://www.profeciasyprofetas.com/titanic.php>

EL PULSO DE LA ESCRITURA

Un modesto tributo a Don Manuel Adolfo Cárdenas Puig, quien sin duda accederá al Walhalla, sea como walkiria o como nibelungo, para no descender más hasta el día del Ragnarok.

Para pa:

Por ser génesis y omega,

mi cayado espiritual,

roedor de libros,

manantial de historias,

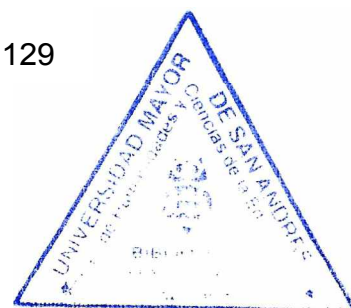
aliento vital,

eres el pulso de esta escritura.

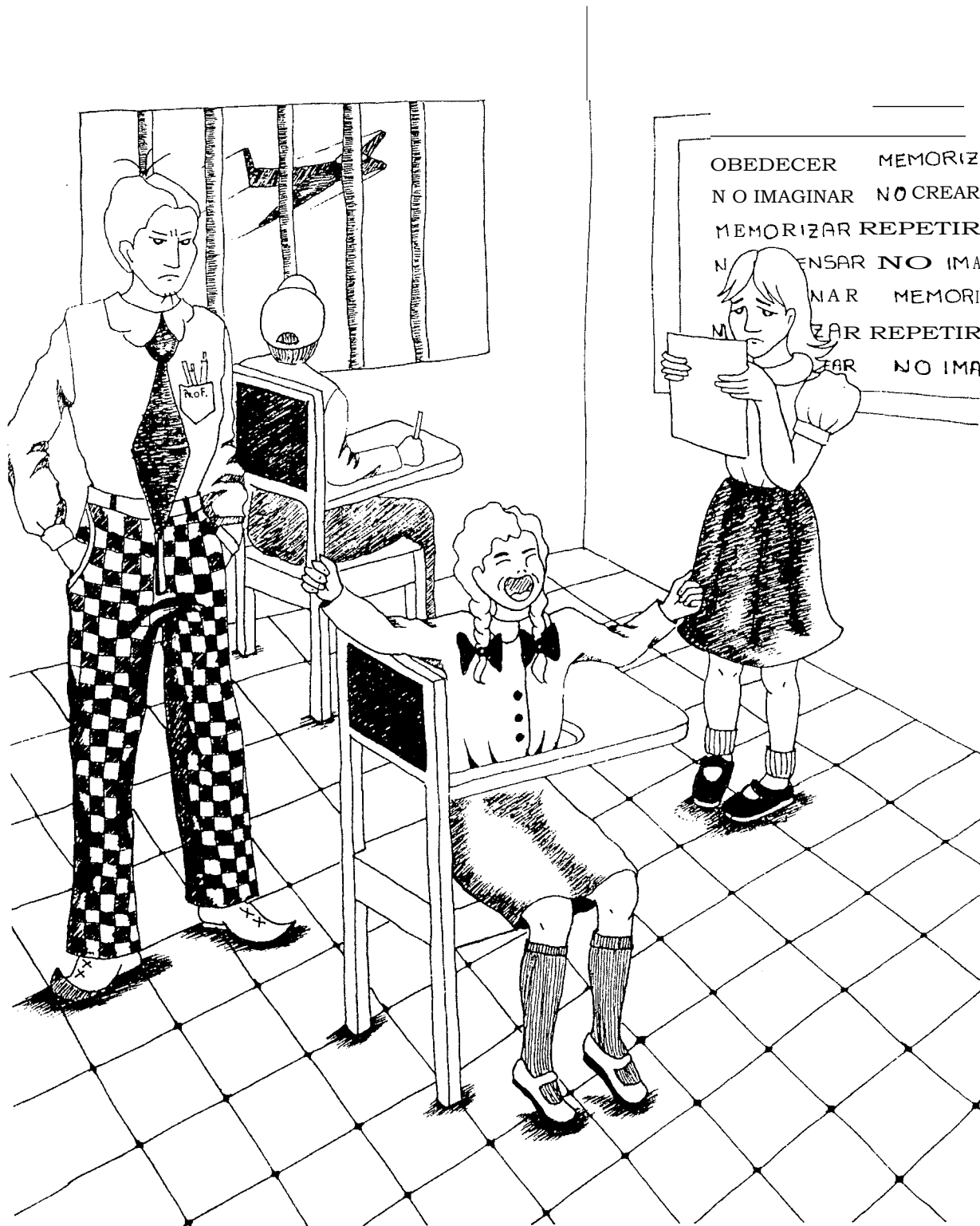
*Agradecimientos a Judith Conde, por
el dibujo de la "Portada" y a Arturo
Rico y Liliana Ramos por la escritura,
en pentagrama, de la melodía de "El
Alqamari"*

ÍNDICE

CAPÍTULOS	PÁGINAS
Portada	1
I Crea arañas y te sacarán los dientes	2
II El señor de los vinchucas	27
III Un moscardón llamado deseo	46
IV Los simios también lloran	60
V Pero mira cómo mueren los perros en el río	82
VI El Informe Alqamari	113
Epílogo	129



PORTADA



CAPÍTULO I

CREA ARAÑAS Y TE SACARÁN LOS DIENTES

*Rosa vulnerable, espina que no sangra
la alevosa mano, cruel, que la arranca.*

Tenía las patas largas y muy flacas. Por eso caminaba así, despacito, temblando una barbaridad, tratando de afirmar lo mejor que podía sus filamentosas patas en el piso. Con todo ese loco bamboleo, lo más probable era que sus temblequeantes patitas iban a ceder, que no la soportarían, que la cabeza y el cuerpo de esta enorme araña de la humedad se desplomarían en cualquier momento. Para colmo, alrededor suyo, una polilla la circundaba como un satélite y, agitándose espasmódicamente, no cesaba de batir con frenesí sus polvorientas alas, que iban deshaciéndose así de su habitual color terroso. La polilla parecía ejecutar una danza excesivamente dinámica, sin darse un respiro al menos, casi como si estuviera en un trance extático, porque, pese a que retazos de mismísima polilla se le iban desprendiendo y flotaban a merced de sus propios abanicazos, no parecía estar dispuesta a cesar su intenso y convulsivo movimiento.

Se limpió los mocos con la manga de su chompa. Hace rato que se le estaban descolgando esos dos hilos verdosos de la nariz, meciéndose de un lado al otro, a merced del movimiento que hiciera su cabeza, ya para mirar a un costado, ya para mirar al otro, o ya para inclinarse con vista al suelo, donde la enclenque araña de la humedad enfrentaba a la polilla contorsionista. ¿O estarían bailando? Si era así, sólo la polilla se movía aceleradamente, siguiendo algún silencioso ritmo monocorde y sin dar una mínima muestra de cansancio, mientras que la araña, indecisa, se movía

torpemente sobre la pista, como si no supiera con certeza qué pata debía mover primero y cuál otra después, mucho menos era capaz de seguir el ritmo impetuoso de su ocasional pareja. Por supuesto, todo le habría resultado más fácil si hubiese tenido alas como la polilla y no esas torpes patas delgaduchas. ¡A que la polilla no se menearía tanto si intercambiaran atuendos!

Quizás por eso, por impotencia nomás, por pura bronca, la araña ya no quiso continuar con aquella insulsa exhibición y embistió a la polilla; pero tan flácidamente que hasta un suspiro la habría empujado más. No obstante, la polilla se puso a bailotear en el aire, con mayor ímpetu en derredor de la artera arácnida, predispuesta a contrarrestar aquel inesperado ataque a mansalva. Si estaban pasándose tan bien las dos, ¿por qué ahora salía con esas provocaciones esta octópoda? Qué, ¿quería guerra?, pues guerra tendría, caray. Pero si la araña de la humedad apenas se podía sostener sobre sus patas flacuchentas, cómo se le ocurría que iba a poder contra esa polilla ultradinámica que no cesaba de revolotear y que, al contrario de lo que se podría creer, no le huía, le presentaba pelea a la grandulona, abofeteándola con sus vertiginosos aletazos y haciéndola tambalear más todavía. Ch'as ch'as, toma para que aprendas, insolente, ch'as ch'as, ch'as ch'as... Otra araña, más experta y fuerte, seguramente ya estaría arrastrando el cadáver de la polilla vencida. Pero a ésta le perjudicaban demasiado sus patuchas de zancudo, había que entender también eso.

Una vez había visto a otra araña, más pequeña, con las patas cortas, fornidas y peludas, arrastrar a una mosca que se había adherido a su emboscada de redes brillantosas. En ese entonces, la araña finiquitó fácilmente el pleito, redujo a su rival en

un santiamén, ¡ñaq'aj!, y luego arrastró presurosa a la mosca pataleante hasta internarse con ella en un huequito de la pared. No hubo pelea ni nada, se impuso la fuerza de la cazadora. Pero lo que nunca llegó a saber en definitiva fue qué habría pasado con la mosca en esa guarida o huequito del muro, ¿se la habría devorado la araña? Era extraño. Si las arañas comían moscas y polillas, ¿por qué en sus telarañas siempre había pedazos de ellas? Alas, cabezas y patas, completamente reseca. ¿Estarían haciendo charque de insectos las arañas? ¿Era su modo de almacenar comida para épocas menos abundantes? Mmm... No. Lo más probable era que no todo les apeteciera a las arañas y que aquellos restos de insectos constituyeran lo que preferían desechar. No tenía nada de raro, a la gente tampoco le gusta las plumas, ni el pellejo, ni los huesos de los bichos que se comen a diario. O, tal vez, las arañas en realidad no se alimentaban de sus víctimas, sino que jugaban con ellas y se divertían destazándolas, más no para comérselas sino sólo por el placer de mutilarlas. Quién sabe, tal vez las arañas perversas hasta pudiesen reírse sin que nadie fuese capaz de verles sus diminutos dientes afilados...

-¡¡¡Dinamitaaa!!!

Levantó la cabeza y recién entonces sintió el frío contacto de sus columpiantes mocos aterrizando sobre los labios. A tiempo de limpiárselos con la manga de su chompa, vio venir a un hombre gordo que se acercaba caminando de forma presurosa directamente a donde él se encontraba sentado. La inclinación del cuerpo del hombre hacia adelante, como si eso lo ayudara a avanzar más rápido; su respiración agitada que se podía percibir por el ancho estómago acezante; la crispación de sus manos en

un signo de impotente desesperación; los espasmos del bigotito que contraían sus comisuras y le desfiguraban el rostro en una mueca indefinible; el sudor de la calva rojiza que delataba su intranquilidad, y, sobre todo, la mirada de sus ojos saltones y fulgorosos, le hicieron pensar que ese gordo tenía algo muy muy serio que comunicarle. Y tan enfrascado estaba pensando en qué sería lo que iría a decirle el gordo, que no vio venir, de la misma dirección, un cocacho rabioso que le aturdió la cabeza y le hizo ver chispitas amarillas; y como no lo había visto venir, ni lo esperaba, soltó el llanto y el berrido por tan abrupta sorpresa.

-¡Asno, bruto, animal! ¿Está sordo? ¿No oye que desde hace rato le estoy gritando?...
¡Miércoles, qué burro! Le llamo y no me oye, le grito y nada...

Aquello era extrañísimo. ¿Quién era ese sujeto que se atribuía el derecho de ponerle el puño encima? A través de los lagrimones que le fluían, y que se apresuró en limpiar, consternado por el dolor y la vergüenza, creyó reconocer aquel rostro diabólico, pero, ¿dónde lo había visto antes? No podía precisarlo aunque parecía no serle del todo desconocido tampoco. En realidad, toda aquella escena tenía mucho de somnolienta y brumosa, era algo que parecía estar ocurriendo al otro lado de una enorme bolsa de nailon. Si no, ¿cómo se explicaba que no le fuera posible escuchar nada de lo que le decía el gordo aquel? Sólo lo veía gesticular y mover los brazos como una marioneta de rostro colorado y ojos saltones. Tenía la certeza de que le estaba hablando, porque al mismo tiempo de que los labios gesticulantes le enseñaban sus afilados dientes amarillentos, una llovizna de partículas de saliva le regaban la cara, lo que le hacía suponer, incluso, cómo estaría el hombre, en ese momento, haciendo chasquear la

lengua para tener que salpicarle así, tan copiosamente, pero, ¿qué le estaría diciendo?...

No fue sino hasta que el zumbido en la cabeza, provocado por el feroz cocacho, se le fue apaciguando, y hasta que el ardor que sentía en la cara le empezó a disminuir, cuando, por fin, como si se rompiera la gran bolsa de nailon, el aire frío de la mañana le inundó el rostro y los oídos se le destaparon. Recién entonces pudo escuchar las risotadas de sus compañeros y los gritos del profesor calvo, que casi se arrancaba los bigotes de rabia, a causa de ese estudiante que no había estado atendiendo la clase y, todavía, se atrevía a rebelarse contra su autoridad, poniendo su mejor cara de tonto, cuando era obvio que se trataba, prácticamente, de un malvado criminal.

Se limpió los ojos; era hombre. Entró a la Dirección y de inmediato se encorvó más, buscó con la mirada perruna alguna cara amistosa, pero allí no había nadie. Se irguió y miró bien, definitivamente la oficina estaba vacía. Pucha, qué buena suerte.

Y ahora, ¿qué iba a hacer? ¿Y si se volvía sin hablar con nadie?, porque al fin y al cabo, no había nadie allí, no le podrían acusar de no haber ido ya que sí lo había hecho, sólo que no había encontrado a nadie, ésa ya no era su culpa. Pero, ajj, volver al curso..., era mejor quedarse a esperar a que alguien llegara.

Esta Dirección sí que era fría fría. ¿Sería así en el polo norte? Eso mismo había pensado la primera vez que estuvo allí. Qué lugar más terrible. Ni bien entró en esa heladera, se había puesto a temblar de inmediato, brrrrrr... Así debe de ser en el polo norte, había pensado entonces, las casas de hielo, las camas de hielo y la única

comida: helados, ¡puaj!, desde entonces ya no le gustaban tanto los helados; mil veces prefería los platos calientes y picantes con su salsita y perejil... Pero, ¡cómo se va a poner a pensar en comida!, qué le pasaba a este insolente, ¿a qué había ido allí, a ver, a qué? Y después, por qué lo castigaban a uno...

Los patriotas patilludos, que se hallaban colgados en un muro, lo miraban con severidad, ya parecían estar adivinando a qué había ido allí ese malcriado, otra vez. Con los ceños fruncidos, los trajes de colores y el pelo enrulado lo observaban con sorna y con desprecio: él jamás llegaría a ser como ellos, ni de broma, él no era el futuro de la patria, no valía nada, ni siquiera se la podía pasar sin hacer vomitar bilis a sus queridos maestros. No, señores patriotas, él no había hecho nada, es más, nunca hacía nada malo, sin motivo le agarraban los profes siempre de su ovejita expiatoria. Era por su cara, ya lo sabía, tenía cara de cura, ya se lo habían dicho sus compañeros hasta el cansancio: este fraile, este padre, este pelotudo... Pero ya los patriotas miraban el cielo raso, indiferentes a lo que pudiera argumentar en beneficio suyo aquel desvergonzado.

Los dos escritorios grandes, uno frente al otro, estaban completamente vacíos, ¿para qué servían unos muebles tan grandotes si ni siquiera había un sólo papel encima de ellos? Era demasiado espacio, le parecía, para que solamente se apoyaran allí los codos de alguien... Claro, para eso, mandado a hacer ¿no?, para mirar todo, para criticar todo, para decir por qué esto es así, por qué mejor no es asá... y después decimos que no hacemos nada, que sin motivo nos castigan... Ya, ya, no es para tanto tampoco.

Pegado al muro del fondo, sobre un pedestal pequeño, se encontraba un hombrecito de metal, erguido, con un brazo a la espalda y el otro apuntando hacia delante; todos decían que se trataba de un visionario que así señalaba el porvenir, aunque precisamente en ese instante parecía estar señalándolo solamente a él: ¿Tú otra vez aquí? No, no señor fundador, yo no hice nada don Aristogato... ¡Pucha! ¡Cómo le va a decir así al fundador! Pero si así siempre le dicen todos. No importa pues, no por eso se lo va a decir así, y en su cara todavía. El fundador también tenía el ceño fruncido y no dejaba de acusarlo con su dedo índice que hasta parecía que se movía amenazador: Ya te conozco, carajito, ya te conozco... Ajj, el monigote no era más grande que él, podría derribarlo de un puntazo, pero es que precisamente de la mano con que lo apuntaba, colgaba un chicote trenzado que, sólo de verlo, le hizo estremecerse.

-¿Tú otra vez aquí? Escuchó a sus espaldas y casi dio un salto del susto.

Era el tipo de los lentes oscuros. Contuvo la respiración y se hizo a un lado, cediéndole espacio para que pudiese entrar a la Dirección. Pero el tipo, al pasar, le quitó bruscamente la gorra de la cabeza y se la estrujó contra el pecho. De inmediato, se apresuró a recibirla con ambas manos, ¡pucha, cómo pudo habersele olvidado!

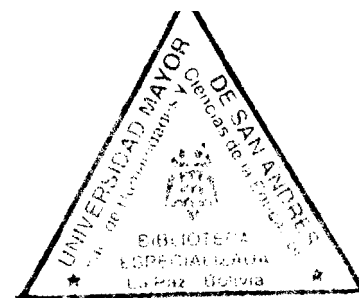
-No aprendes, caramba. Después, por qué te castigan, ¿no ve?

-No, señor secretario-regente...

-¿Quién te ha mandado esta vez?

-La Lo... La profesora Bernal, señor secretario-regente.

-¿Y ahora qué has hecho?



-Nada... señor secretario-regente.

-Tú nunca haces nada, caramba. Hace rato igual, la misma historia.

El tipo de los lentes oscuros hablaba fuerte y siempre parecía estar muy enojado.

..Tienes que esperar al señor Director, ahora. Ha salido. Tomá asiento.

Se sentó en una banca de madera que estaba apoyada al muro del fondo, justo al lado del hombrecito de metal. Vio su chicote y se estremeció nuevamente. Sintió frío. Las paredes de la Dirección eran amarillas y lisas, casi brillaban de tan pulidas que estaban, pero al apoyarse en ellas, ¡alalau!, eran de hielo. Vio que el tipo sacaba varios papeles de una gaveta y se sentaba a hojearlos en el escritorio ubicado delante de un enorme mapa del país. Del otro costado, por encima del otro escritorio, los patriotas de largas patillas continuaban acribillándolo con la dura mirada. Sintió más frío. Pero vio, también, que las palmas de sus manos le sudaban, ¿por qué temblaba, entonces? Efectivamente, sentía mucho frío, pero ¿estaba sudando al mismo tiempo?, ¡qué extraño! Por nada del mundo tendría que ocurrírsele ir de visita al polo norte. Jamás. Porque de seguro allá se derretiría de puro frío.

El tipo, en cambio, no parecía sentir frío alguno, ni siquiera en la cabeza rapada. Sólo traía la camisa encima, pero leía chocho y hasta acariciándose la barbita ridícula que tenía, ¡qué tipo este! Luego, apoyando la cabeza en sus brazos recogidos, se puso a dormir tranquilamente sobre su escritorio. Así como estaba en ese momento, no parecía tan temible; de todos modos, se propuso no hacer ningún ruido para no despertar a la fiera.

-¿Por qué tiembles, Putum?

Definitivamente, los lentes oscuros lo habían engañado, ¡la fiera no dormía!

-No, señor secretario... regente. Me hace frío.

-Mentira, ¿cuál frío? Tú siempre estás temblando de todo, caramba.

No sólo estaba despierta sino que quizás se relamía antes de echarse sobre su presa.

Por los lentes oscuros, no podía descubrir sus ojos, pero de seguro lo miraban con el ceño fruncido, sentenciándolo a ser su comida, sólo las partes que le gustaran.

-Tengo hambre, Putum.

Se estremeció y sintió que las palmas de sus manos no podían estar más inundadas de lo que ya estaban. También la frente se le empezó a aguar de salino sudor.

„Dejá de temblar como un perro k'ala, caramba. Ven más bien, vas a hacerme un favor.

"Sólo jugaré contigo para divertirme", pensó y se incorporó lívido, dio un paso hacia el escritorio del tipo, ¡cómo se estarían riendo sus ojos diminutos detrás de los enormes lentes oscuros!

-Vas a ir a la panadería que está a tres cuadras y me traes empanadas de queso... con hartos queso, ¿entiendes?

*

Quieto, todavía temblando por el frío de la mañana, no pudo contestar nada. El profesor Agudo, con el rostro colorado, la frente calva llena de ríos de sudor y el bigote que no le dejaba de temblar -seguramente también de frío-, lo cogió de una oreja y se la tiró hasta hacerle poner de puntillas y gemir iiiiii, sólo para cerciorarse de ser escuchado.

-¡Vaya a su asiento y que no vuelva a repetirse!, le gritó cerquita al oído. Después lo soltó, se arregló el saco, se frotó la cara y la frente, limpiándose el sudor y la grasitud, y se secó las manos en el escaso pelito de su nuca.

Ufff. Retornó a su asiento, aún con alguna esperanza de que todavía estuvieran por allí las camorreras araña y polilla, dándose de trompadas. Pero una alevosa zancadilla anónima lo hizo caer estrepitosamente antes de llegar a su sitio.

-¡¡PUTUM!!, gritaron varios chicos, riéndose hasta con las miradas de sus ojillos perversos.

Pucha, aquello de las zancadillas y el ¡putum! ya se estaban volviendo una tediosa rutina para todos. Ajj, él, mejor, decidió no desaprovechar su visita al piso para echar un vistazo y averiguar qué les había pasado a los dos bichos combatientes. Pero el profesor Agudo, que se enojaba por nada y mucho más por cositas como ésta, le asestó dos chasqueantes sopapos al autor de la jugarreta, ch'as ch'as, que le hicieron expulsar incluso la baba y el chicle de la boca.

-¡Qué le pasa a usted, animal!

El chico se tocó la parte dolorida y no respondió nada, solamente miraba al profesor de reajo, con temor ¿o con rabia?

-¡Fuera de mi clase! Ordenó el profesor irritado.

El chico salió mascullando, o talvez sólo moviendo la boca para descongestionarla un poco del ardoroso dolor.

-¡Vuelva a su asiento!, le gritó a Dinamita, que ya se había puesto de pie. ¡Cómo le dolía el pecho, caray! Se sentó. No había podido visualizar ni a la polilla ni a la araña,

ya no estaban por los alrededores. ¿Quién habría ganado? Seguramente la polilla, porque era más ágil y no se dejaba atrapar. Pero, ¿y si todo el clan arácnido había acudido en ayuda de la patilarga araña? Entonces no habría podido hacer nada contra tantos. Si todas las arañas se habían unido para waykear a la polilla, ésta estaba frita, por más que fuera ágil y huyera raudamente. Las arañas estaban en todas partes y a donde fuera la estarían injuriando, señalando, acosando; de todas maneras, la atraparían y quizás a esta hora ya la habrían devorado, sólo las partes que más les gustaran... Pero, caramba, atendí pues al profesor, luego por qué te pegan ¿no ve?

La pizarra estaba llena de números y letras. No entendía nada. ¿Tenía que copiarlos? Bueno, ya. Pero, ¿luego qué? Ah, vaya, con un intercambio de signos, como pases mágicos, las letras tendían a desaparecer y quedaban sólo cantidades numéricas. Qué pichanga, ya lo sabía hacer, y tan rápido como si hubiera estado atento toda la clase. Pero los resultados casi nunca coincidían con las respuestas del libro. Pucha, era increíble que los pases mágicos no funcionaran; su cuaderno ya estaba todo sucio y luego se agujereó de tanto borrar y borrar, pero ni así, nada.

Cuando tocó el timbre para salir al recreo, sólo uno salió. El profesor Agudo mandó a todos los demás que se pararan de cara al pizarrón, sobre un sólo pie y con los brazos extendidos hacia arriba, sosteniendo en las manos los pesados libros de Mate.

-¡Burros, más que bestias, animales cuadrados!... los arengaba el profe.

¡Qué macana, caray!, sin recreo, sin comer nada, ni una gelatinita siquiera, y luego les tocaba con la Loca todavía, ajj... Para colmo, se escuchaba que en algún curso del segundo piso cantaban fuerte: "Yo tengo fe que todo cambiará, que triunfará por

siempre el amor..." Era la clase de religión con la monjita huasa. ¿Tampoco habían salido al recreo?, ah, pero ellos porque no querían, nadie quería nunca terminar la clase de religión, en ella sólo se rezaba, se cantaba y se reía, la monjita les contaba hasta chistes colorados, pero advirtiéndoles que chsss no le dijese nada a nadie. Ellos, igual nomás, en el recreo, cotorreaban con los chicos de los otros cursos y se preguntaban entre ellos si la monjita les había contado el del borracho carnudo, el del cura urgido o el de los maricones que se turnaban, y se los re-contaban nuevamente. Estos libros de Mate, para qué nomás servirían, ni siquiera daban las pautas precisas para que los resultados coincidieran siempre con los de su Solucionarlo. Y tan gruesos todavía, en vano nomás. Por eso todos odiaban las Matemáticas, pues no era necesario hacer tanto alarde de que era una materia difícil, cuando sólo se trataba de aplicar formulitas; parecía ser que intencionalmente las Matemáticas adoptaban una pinta de complicadas, sólo para impedir que puedan estar resolviendo cualquiera de sus ejercicios hasta los primates amaestrados.

Ya no podía sostenerse en un pie. Señor árbitro, cambio de jugadores: Izquierdo por Derecho. Pero este Derecho también se cansó rapidito de estar firme y como que quería doblarse nomás. A quien bajaba el otro pie, el cual debían mantener en el aire, el árbitro Agudo lo sancionaba con su varilla, y a quien apoyaba su libro de Mate en la cabeza, otro varillazo. Tantos golpes recibió que ya sus piernas estaban acalambradas, kharkhatis, como muertas. Trató y trató de sostenerse en alguna de ellas, pero no podía, sus patitas no le respondían. El profesor Agudo lo insultó a su gusto y sabor, ¡bruto, asno, cochino!, quería destazarlo seguramente, eso se veía,

pero se contuvo a tiempo, crispando las manos, y mejor lo mandó a la Dirección. Oh-oh. Sintió frío, pensó en Timoteo, un viejo conocido suyo. Pero un nuevo grito acompañado de un feroz varillazo lo hizo apresurarse a salir del aula. Cerró la puerta tras de sí, pero eso no impidió que siguiera escuchando la voz estridente del profesor Agudo que rugía gritando:

-¡Bestias, brutos, animales, burros!, mientras los demás chicos se paraban artísticamente en un sólo pie, equilibrando con los brazos levantados arriba de sus cabezas los gordos y ufanos libros de Mate, que habían conseguido su objetivo: evitar que resolvieran alguno de sus ejercicios así nomás, como si nada, lo que hubiese ido en desmedro del prestigio tan bien ganado de las Matemáticas, de ser por lo menos la materia más difícil y temida, ya que no siempre la más respetada.

Tenían las patas largas y muy flacas.

Muchos chicos iban por la acera, algunos en sentido contrario al suyo y otros seguían su misma dirección. Tenían todo tipo de vestimentas, camisas pardas, sacos rojos, boinas verdes, pantalones caquis, que representaban a los distintos colegios que los estaban adiestrando. Pero también iban y venían chicas. Se quedó atontado de ver tantas a la vez y, como siempre, algo curioso que no pudo comprender bien qué era le forzó a interesarse más en ellas que en los trajes de colores de los chicos, futuros patriotas patilludos de ceño fruncido.

Recordó lo que había oído una vez sobre las mujeres y verificó que las muchachas no tenían los atributos físicos tan enormes como había dicho aquel joven que tenían las

cambas, "unas tetaaas, asííí, y un traserooo, de este vuelo", mientras indicaba con las manos las dimensiones aproximadas. Pero igual, aun sin tantas prominencias, a él le parecieron hermosas estas colegialas, radiantes con los guardapolvos blancos que dibujaban sus sinuosos contornitos.

Las de las patas largas y flacas caminaban justo delante suyo. Eran tres y se movían grácilmente, revoloteando como mariposuelas blanquecinas. Sus voces y sus risas le bañaban los oídos... Y yo le dicho, cómo pues contigo, a ver, qué nos pasa. ¡¡Nooo!! En serio. ¡¡Yaaa!! Jua jua jua jua... No quiso adelantárseles para seguir deleitándose con sus figuras, sus pantorrillas desnudas y sus cabelleras largas y brillosas. Pero he aquí que una de ellas se volteó y lo descubrió, y anunció su hallazgo a las otras:

-Miren chicas, hay un sonso que nos está siguiendo.

Todas voltearon al mismo tiempo y él también se detuvo, su estupefacta mirada se cruzó con la de una de ellas, la más apetecible, que lo observaba como a un bichejo al que hay que aplastar con el taco.

¿Qué querrá este apestoso, dijo la apetecible, haciendo un mohín despectivo. Pero, como a pesar de ello, él no dejara de mirarla, la muchacha se sonrojó al descubrir que le estaba observando las piernas que su elevada falda escolar no cubría completamente.

"Uuuu, qué riquito, uuuu, qué riquito..."

-Ay, mirá cómo te está viendo este cochino, dijo su amiga poniendo cara de espanto.

La aludida, tras un momento de turbación, reaccionó con arrogancia y le increpó rudamente:

-¿Qué me estás viendo, porquería?

"Daría mi vida por ver más, todo."

-Oye, cojudo, burro, asno, por qué no te vas... ¡Andate, a ver!

Ahh, cómo no quisiera tener a Timoteo en sus manos, ¡fla!, y las haría poner de rodillas en el acto, ¡fla!, y tendrían que encuerarse todas rapidito, ¡fla! y...

-¡Qué quieres!, lo encaró por fin la primera chica que se había percatado de su molesta presencia y que era la más alta y fornida. Su tono era ahora amenazante.

Anonadado, el simulacro de acosador salió de su arrobamiento y succionó la baba que se le escurría; sintió que el rostro se le incendiaba nuevamente -qué macana, eso le venía ocurriendo varias veces al día últimamente. Se sintió como una horrible alimaña que había estado aprestando sus fauces para depredar ese conglomerado de tiernas maripositas. Era justo que lo injuriasen, él no debía haberse atrevido a mirar así a esas ¡¡ndas señoritas, ingenuas tortolillas, cándidas doncellas...

-¡Sonso, cochino, burro, animal!

¿Tendría la niña apetecible algún parentesco con el profesor Agudo? ¿Y si fuera su hija? Pucha, ¡no! La sola idea lo hizo estremecerse. Aquí también hacía frío, sintió de repente. Que le dijesen, además, "No entiendes, burro, ¡andate!", sólo aceleró su ya prevista fuga. Era como si hubiesen tocado para él la corneta de retirada. No es cobardía salvar el pellejo cuando éste corre peligro de ser desollado, corré, sarnita, corré, escapate carrerita. Si el profesor Agudo se enterase de que le había estado viendo las patas a su probable hija, ¡ah, no! Corrió atropelladamente en dirección opuesta hacia donde se dirigía, embistiendo todo lo que se le ponía delante, que eran

personas nada menos.

En la acelerada partida dejó caer una empanada, pero sus patitas aladas se negaron a volver por ella. Un bocinazo le hizo ver que a punto estuvo de embestir a un pobre auto y el chofer le prodigó sus más soeces saludos. Las tres chicas, allí atrás, se reían de la estrafalaria huida de aquel inoportuno y calenturiento faunito antropófago, de los que, por otro lado, nunca faltan en ningún sitio.

-Hijo, es por tu bien. Lo despidió el director.

Cojeando cojeando, salió de esa oficina tan fría y subió al segundo piso. El chicote de la dirección se llamaba Timoteo y dolía diferente, pero más. Silbaba en el aire y ¡fla!, caía en su trasero, ¡fla!, le hacía pasar como una espantosa electricidad cuando latigueaba sus enclenques piernas. Precisamente ahora se había ensañado más con las piernas que con el trasero, y no podía subir las gradas sino dando saltitos, como un pajarito, pues no podía doblar las patitas. No, no era ningún maricón, podía aguantar eso y más.

Habían cambiado de materia, como era de esperar, y el profesor Agudo estaba ahora chillando en el octavo C. En su aula, estaba la Loca, la profe de ciencias naturales. Ajj. Cada vez que veía a esta profesora le quería dar diarrea, no sabía por qué. La Loca tenía unos lentes de cristal gruesísimo, como traseros de botella, con los que sus ojos se veían espeluznantemente enormes y temibles. Siempre, hasta cuando estaba enojada, sonreía, pero su sonrisa era más una mueca diabólica de colmillos cafecino-amarillentos, como de quien succionaba puntualmente sus dos cajetillas de nicotina

por día. Siempre, hasta cuando hacía calor, llevaba puesto un poncho de lana blanca con figuras de llamas marrones y, aunque hiciese frío, unas sandalias que dejaban ver sus pies con uñas gruesas y largas de color verdoso casi negro, que al parecer nunca recortaba, quizás hasta constituyeran su motivo de orgullo, no se sabe.

El aula ya estaba inundada con el humo que la Loca expelía de sus flacos pulmones. Podía verla por una rendija de la puerta, pero no se atrevía a tocar. Nunca se sabía qué podía suceder con la Loca, tal vez ni le diera tiempo de explicarle por qué había llegado atrasado; así que durante un buen rato estuvo preparando un pequeño discurso explicativo que fuese satisfactorio, así como respuestas precisas a todas las probables preguntas que le pudiese hacer. Distinguida profesora, queridos compañeros, aquí me tienen frente a Uds., vapuleado, sacudido, pero firme, para explicarles las causas de mi inesperado atraso. Aplausos y ovación ruidosa de un público que enloquece. Fue culpa del diabólico profesor Agudo, compañeros, que me envió a la dirección sin causa justificada, y donde el cruel Timoteo me estuvo flagelando hasta ahorita mi triste trasero. Gritos de indignación y más aplausos arrebatados y compasivos...

Golpeó suavemente y como no obtuvo respuesta alguna, empujó la puerta. La Loca ese día estaba singularmente de buen humor y charlaba animadamente con uno de sus favoritos a quien consideraba todo un caballero, tanto por su trato respetuoso para con ella, pero más por su adolescente apostura varonil, uyuyuuy... Por eso, que aquél petiso tan feo irrumpiera así, justo en lo mejor de su apetitoso coloquio, la desencantó por completo.

¿Qué desea! Aulló más que gritó la Loca. Todo el discurso, el aplomo y la serenidad que había ensayado se fueron ¡lak'aj! al suelo; atropelladamente, apenas logró balbucir frases ininteligibles y lo único que se entendió de todo ese murmullo fue que el intruso advenedizo que irrumpía en el aula, no era tal, sino nada menos que un alumno de esa clase. La Loca lo observó con sus ojos asesinos y con su engendro de sonrisa, y lo llamó con un movimiento sugerente de los dedos de su huesuda mano. Ven, ven, carajito, ven. Se acercó intuyendo que iba directo al matadero, aterrado pero impotente para hacer o decir algo que lo salvara. No hubieron preguntas, ni se le dio un tiempito siquiera para que perorara el discurso preparado para la ocasión; ni bien la garra de la Loca se halló al alcance de sus cachetes, le dio uno tras otro sopapos restallantes con la palma y el reverso, ¡ch'allaj, ch'allaj!, ¡chállaj, ch'allaj!, castigo que requiere de gran sincronización, pero en el que la Loca era precisamente una perita. Vaya, quién iba a imaginárselo, he ahí los aplausos planificados, no como él hubiese querido, pero peor era nada.

Al mismo tiempo de estarle barajando la cara, qué loca, la profesora pedía explicaciones de por qué llega Ud. tan tarde, quién cree que es para hacer lo que se le da la gana, más le vale tener una buena excusa, sino pediré a la dirección que lo expulsen por atentar contra la puntualidad y el cumplimiento, pedazo de caca, etc., etc. La Loca no tomaba en cuenta que todas sus interpelaciones no podían ser respondidas, como era debido, por su interlocutor, porque éste estaba en plena sesión de masaje facial, y con las mandíbulas aflojadas y los dientes destemplados a nadie le es posible decir nada decente.

Los chicos de la clase se miraban entre sí. Hace rato que habían dejado de reírse del castigo y del castigado, puesto que ya habían transcurrido demasiados segundos y los sopapos seguían siendo aplicados con el mismo esmero y saña por la profesora. No parecía sino que aplaudía por algo que le había agradado muchísimo, ¡ch'allaj ch'allaj!, ¡ch'allaj ch'allaj!, ¡ch'allaj ch'allaj!... El muchacho al que la profesora tenía especial aprecio, visiblemente hastiado de esperar la misma tediosa escena durante tanto rato, le insinuó en voz alta:

-¿Por qué no lo envía a la dirección a ese vinchuca, *señorita*? La Loca se detuvo entonces, y una sonrisa más aterradora que su mueca habitual iluminó su rostro.

-Claro, dijo complaciente, cómo no. Y a continuación ordenó: ¡Fuera de mi clase, maldito! ¡A la dirección! E importándole un bledo que el resto de sus alumnos se siguiera aburriendo soberanamente, reanudó la charla interrumpida con aquel chico tan apuesto y tan galante, ahhh...

Por suerte, las arañas no comían vinchucas, sólo así pudo salir vivo de allí. No, no era ningún marica, a pesar de los cachetes incendiados y húmedos, tenía todavía las bolas bien puestas. Allí iba, otra vez, a la Heladera, a enfrentarlo al tipo de los lentes oscuros, que desde el primer día siempre buscaba cómo divertirse a su costa y hasta lo había rebautizado como "Putum", deberían extirparle los ojos a ese ñato para justificar el uso permanente de sus diabólicos lentes oscuros; allí iba a la Heladera, a escuchar del director que si lo castigaba era para que se hiciera un hombre de bien, para que aprenda, nada más, a ese gordo aka-talego deberían rebanarle un buen pedazo de panza pestilente para dárselo como bofe a los perros callejeros; allí iba, por

más electricidad del feroz Timoteo, ¡y aún quedaba una materia para terminar las clases de aquel nefasto día!... ¡No, no eran lágrimas, caray!, era sudor por tanto frío, nada más... En el octavo C, el profesor Agordo gritaba "¡Brutos, bestias, burros!" y en el octavo F, donde hubiese querido estar en ese momento, la monjita les hacía cantar con su guitarrita a los chicos: "Yo tengo fe que todo cambiará, que triunfará por siempre el amor, yo tengo fe, será una realidad, la luz de la esperanza no se acabará jamás..."

Se limpió los ojos, era hombre. Llegó a la Dirección y de inmediato se encorvó más, buscó con la mirada perruna alguna cara amistosa, pero allí no había nadie. Se irguió y miró bien, definitivamente la oficina estaba vacía. Pucha, qué buena suerte...

Era preferible no volver. Allí estaban aguardándolo la sanción del director, la paliza a cocachos del profesor Agudo, si ya se había enterado de lo que había sucedido con la chica que parecía ser su hija, si es que era su hija realmente, y, sobre todo, ajj, la voraz impaciencia del tipo que estaría esperando sus empanadas de queso que tanto le gustaban, todas, incluso la que había caído en el combate. Porque las infames mariposas resultaron ser unas fieras al final, dirigieron toda su artillería verbal en su contra. La retirada fue imperiosa por eso, nada digna por cierto, pero al menos había ¡¡brado. el cuero. Por ahora, prefería que se mantuviera así, sin ser curtido.

Tenía todas las empanadas, menos una, y, así como el tipo de los lentes oscuros, él también tenía hambre, y no solía apetecerle mariposas, ni moscas, ni polillas, sino empanadas. Sólo que, con seguridad, el tipo se lo iba a masticar a él. ¿Debía volver?

Ese tipo siempre lo estaba importunando y waskeando en la formación, y llamándolo Putum, y riéndose y todo eso. ¿Qué no le haría ahora por sus empanadas? Lo azotaría hasta morir y cómo reirían sus ojillos sádicamente detrás de esos tenebrosos lentes oscuros. De nada serviría llorar. "¡Maricón! ¿Eres mujer o eres hombre?", le presentaban siempre la disyuntiva, cada vez que lo castigaban. "¿Tienes bolas o no?" Y a él no le quedaba otra opción que constatarlo, se tocaba entre las piernas, por debajo, y, ah, caray, verificaba que sí las tenía, así que debía guardar el debido silencio mientras terminaba de ser apaleado.

Este profesor Agudo se enojaba por nada. No lo había estado escuchando porque estaba espectando, en primera fila, un combate fabuloso entre una polilla y una araña de la humedad, la que pretendía dar caza a la primera para comérsela o para descuartizarla -no se sabía con exactitud, la ciencia aún no lo había dilucidado-. Luego, qué culpa tuvo él de que sus piernas se cansaran y se bajaran nomás, no era, pues, una parihuana para sostenerse sobre una pata durante tanto tiempo. Y sólo por esito, el profe lo había mandado a la Dirección, para que el director lo retorciera con Timoteo. Si el profesor Agudo no lo hubiese enviado, no habría llegado atrasado a la clase de la Loca, pero, además, habría estado enterito para soportar cualquier paliza si es que de todos modos lo enviaba la Loca, que, bien loca que era, siempre estaba enviando a alguien a la Dirección por cualquier razón. Pero ahora, ¿otro castigo?, no, sus patitas no irían a soportar nada, se desplomarían nomás, ya se las habían debilitado demasiado entre Timoteo y la varilla del profesor Agudo. Se estremeció nuevamente, ¿el frío había decidido no abandonarlo pese a que se encontraba ya bajo

pleno sol quemante?

Cuando lo azotaban con Timoteo, temblaba por el frío de la Heladera, o Dirección, que parecía una sucursal del polo norte, temblaba porque el tipo se reía de él detrás y delante de sus temibles lentes oscuros, pero, sobre todo, temblaba por la horrible electricidad que inevitablemente le hacía pasar Timoteo cuando le caía en las piernas. Su trasero ya estaba acostumbrado, pero sus patas no tanto. Por eso temblaba. Cuánto hubiese deseado tener alas en vez de esas débiles patuchas, pero alas de verdad, no como las de la polilla que no la desplazaban a sitios verdaderamente lejanos y sólo la hacían revolotear en el mismo lugar.

Camina que te camina, iba caminando, un pasito aquí, 1 2 3, otro más allá, 1 2 3, una media vuelta 1 2 3, y empezamos otra vez. Llegó hasta la ribera del río, tan lejos, pero no importaba, mientras más lejos mejor. Era el Río Lindo, donde la gente de los alrededores iba a defecar y a botar sus basuras. Puaj, era el excrementero oficial de este lado de la ciudad. Tenía un aspecto tétrico este río hediondo de aguas turbiasas. La primera vez que lo había visto, cuando se fue camina que te camina también, para sosegarse un poco y que la dueña de casa no lo viese llegar llorando, le pareció oír que el río se burlaba de su pobre cara golpeada y del reciente hueco en su dentadura: ¿Dónde te has olvidado tu diente, k'asa?, parecía decirle con el rumor de sus aguas podridas, riéndose de su mala fortuna. Igual, no sirvió de nada tratar de ocultarlo, porque la dueña de casa descubrió de inmediato la ausencia de la pieza dental.

-¡Cómo te van a hacer así, quiénes son esos animales! ¡Esos no son gente!, gritaba como para que se enteraran todos los inquilinos. Pero doña Amadea había entendido

todo mal. En realidad, sólo se había tratado de un ch'as de bienvenida a los nuevos, nada más, todos tenían que pasar por eso, así se pagaba el derecho de piso, así se acostumbraba por aquí. Pero, ¿quiénes eran esos *animales* que lo habían golpeado, había dicho doña Amadea? Y el profesor Agudo también les decía siempre: "Bestias, burros, animales". No cabía duda, entonces, lo eran. ¿Y él? También.

Afortunadamente la señora no fue a reclamar al director ni nada -talvez sólo hubiera empeorado las cosas-, se limitó a desgañitarse amenazando futuras y temibles venganzas, luego, le hizo enjuagar la boca con agua salada y, por último, le dio un mate de manzanilla para acelerar la cicatrización. Fin de la historia.

Observó que el sol estaba clavado en el mismo sitio donde lo vio la última vez, hace unos 20 minutos, y no había avanzado un solo metro de cielo; al contrario, el astro bufaba de calor y refunfuñaba porque no había una sola nube que le diera sombra, ni una brisita siquiera que le soplara un poco el rostro. Este sol carbonizador ya le estaba haciendo arder la cara y el cuello, hasta hacerle rascarse con frenesí, y como había terminado lo que había ido a hacer allí (cuál cochino, caray, si todos iban a hacer lo mismo) se alejó rápidamente porque el Río Lindo no dejaba de murmurar con su corriente sucia, carcajeándose estruendosamente y eructando también: Te van a hacer empanada, k'asa, ya vas a ver.

Camina que te camina, iba otra vez caminando. Paso que damos izquierda, paso que damos derecha, paso que damos, paso que damos, paso que damos, brincamos. Caminó varias cuadras hasta llegar a una larga avenida muy concurrida por gente importante y presurosa. Pensó que cuando fuera mayor se haría hacer un diente de

oro, más lindo que el que había perdido y que sería el complemento perfecto del bigote, los lentes oscuros y la corbata azul que usaría por aquél entonces, para caminar igual que todos, engreído, hecho al importante, por la atestada avenida.

-¿Dinamita? Oyó a sus espaldas y dio un salto de susto.

-Se-señor director...

-¿Qué estás haciendo aquí?

-Qué voy a hacer contigo, caramba, ¿por qué no estás en el colegio?

-Conque ch'ach'ándose ¿no?...

Debió haberse quedado a charlar con el Río Lindo, habría sido mejor, sólo porque éste le andaba insultando y burlándose todo el tiempo, y también porque apestaba una barbaridad, no lo soportaba mucho, pero el río al menos no waskeaba.

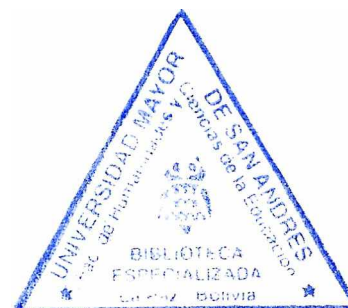
-Ya, vamos, hijo, dijo el director, poniéndole una mano sobre su hombro y, ni más ni menos que un oficial custodio, guió al reo hacia el centro de formación en conocimientos humanos indispensables para todo muchacho, donde lo único que estos debían hacer era aprobar materias, mantenerse vivos y avanzar cursos hasta el glorioso bachillerato.

El tipo ni siquiera le reclamó nada. Antes de que el director empezara a azotarlo, hizo un ademán de entregarle *todas* sus empanadas (menos tres = dos), pero el tipo le impuso silencio cruzándose enérgicamente un dedo vertical sobre los labios. Casi podía adivinar que los ojos del tipo se lo estaban engullendo detrás de los lentes

oscuros, así que se guardó las empanadas en el bolsillo y agachó el cuerpo, haciendo conciencia de que su reciente perversa acción de abandonar el colegio, merecía nomás castigo. Se mantuvo agachadito y sin gritar, mientras Timoteo hacía su labor ¡¡impiamente, sin dificultades de ningún tipo.

El tipo de los lentes oscuros se deshacía en ademanes para decirle al director que no podía explicarse cómo Dinamita había logrado salir del colegio en horas de clase. Sin duda había trepado alguno de los altos muros inexpugnables, pero quién sabe cómo lo habría hecho. Realmente era un bribón, se merecía nomás todo lo que lo azotaban.

Posteriormente, lo enviaron a su curso, y tuvo que llegar casi arrastrándose, pues no podía dirigir ni doblar sus tiasas patas incendiadas... pero la profesora de ciencias naturales ya no estaba allí pasando clases. Uff, ¡menos maaaal!



CAPÍTULO II

EL SEÑOR DE LOS VINCHUCAS

-¡Brrin! ¡Brrin!

_ Buenas tardes. Por favor, ¿me comunicas con Estefy? Gracias

_ Hola. Soy yo. Yo, Charly pues. O quién más estabas esperando que te llame ¿eh?

-Sí, nadie, seguro, cómo no. ¿Puedes salir? Tengo que hablar contigo

-¿No? Y ¿por qué, se puede saber?

_ No, no sé, carajo, tú dime

_ ¿Ah, ya? Me estás terminando ¿no? Así te deshaces de mí. Qué bonito. ¿Realmente crees que puedes deshacerte de mí, cojuda?

-¿Sí? Colgame pues. Colgá nomás, igual voy a volver a llamar, una y otra vez, qué mier..., no voy a dejar de discar nunca, ¿entiendes, mierda?

_ ¡A mí qué con eso! ¿Con quién crees que estás tratando, pendeja? Mejor si me contestan tus viejos, así les digo la clase de hijita que tienen, carajo. Les voy a decir cómo te agachas ante cualquiera que te habla lindo, perra. ¡Les voy a decir que su hija

es una grandísima puta!

-¡Cómo que mentira! ¡Me importa un carajo! Tú me quieres joder ¿no? ¡Yo te voy a joder mejor, mierda!

-¿Qué me has hecho? ¿Todavía vas a preguntar? ¡Me tratas como si yo fuera cualquier pelotudo, carajo! Ya no me esperas cuando te voy a buscar, te escapas, ni siquiera me llamas para explicarme qué pasa. Te desapareces nomás. Y ahora me dices que ya no quieres estar más conmigo. ¡A la mierda!, y resulta que la ofendida eres tú todavía, eso más.

-No, no, no, tú no sabes, y más vale que te enteres: a mí nadie me abandona y menos una perra como tú, ¿entiendes? Qué, ¿encontraste otro basura como tú? Maldita refinada, yo te di importancia, ¿no te acuerdas?, si no fuera por mí, nadie te habría dado importancia nunca, nadie te habría sacado de tu cloaca, carajo. Y ahora que ya te sientes que vales algo ¿me quieres dejar? ¿Ahora que otro pelotudo te ha dicho huevaditas en la oreja? Dejame, pues, atrevete, y vas a ver de qué soy capaz

-¿Yo te trato mal? ¿Yo te trato mal? ¡Si siempre te he tratado como si fueras una reina, carajo, y no eres una maldita reina! Nunca vas a ser una reina, siempre vas a ser una vulgar, una vinchuca. Y no me trates como a un cojudo ¿ya?, yo sé que estás jodiendo con otro, mierda... ¡Si te han visto! ¿Qué pensabas, pues? ¡Tus amigas me cuentan

todo! Te han visto con un enano feo. ¿Ése te trata bien? ¿Ése te trata como una reina? ¡Ja, debe ser un perdedor, un don nadie como tú!

-Eso quisieras ¿no? Que te deje en paz, para que te vayas con tu enano y para que después todos se rían de mí. No, no va a ser así, carajo. Yo siempre dejo a mis hembras, nunca ellas a mí, yo las dejo pero cuando quiero, cuando me da la gana ¿entiendes? Y a ti no te voy dejar todavía, no me da la gana todavía, y qué

-¡Y tú me has respetado al meterte con ése, gran puta! ¡Por tu culpa, ahora todos se ríen en mi cara! ¿Cómo te has atrevido a reemplazarme con un enano de mierda nada menos? ¿Acaso no estabas orgullosa de estar conmigo? Si todas tus amigas se mueren por estar conmigo, me llaman, vienen a mi casa con cualquier pretexto, prácticamente se me entregan las mierdas, pero yo sólo a ti te he dado el privilegio de ser mi mujer ante la vista de todos. ¿Qué más querías, pues estúpida?

-¿Una bestia, una bestia yo? Pues como bestia te voy a tratar, maldita mierda. Más te vale que ni salgas a la calle porque ahí sí que me vas a conocer. Conque bestia, ¿no? Y a tu amiguito ¿sabes lo que le voy a hacer? ¿Te acuerdas de mi amigo el Naif? Él siempre anda con su bat de béisbol, ¿te acuerdas? Pues apenas averigüe quién es ese enano de mierda, le voy a decir al Naif que le haga una purificación. ¿Te gusta? Lo voy a hacer matar, ¿entiendes?

-Claro, ahora hablas porque ya te he descubierto, pero hace rato no existía el enano ése ¿no ve?

-¡Y por qué no me has dicho eso antes, carajo! ¿Crees que soy un imbécil o qué mierda? Si ese enano, o ese "chiquito" como le dices, lo que mierda sea, era sólo tu amigo, por qué no me lo has presentado y listo ¿eh? No, no, tú te ibas con él antes de que llegara yo, justamente para que no les vea juntos, ¿sí o no? Por qué tanto miedo si era sólo tu amiguito ¿ah?

_Obviamente nadie te habrá visto ch'ipada con él porque tú eres muy pendeja pues, seguramente se iban a otro sitio alejado y oscuro. ¿Te acuerdas a dónde íbamos nosotros? ¿Crees que yo no sé esas cosas? ¡Ya olvidaste quién te enseñó todo eso, carajo!

-¡Ya! Ya me has cansado, mierda. ¿Sabes lo que voy a hacer? Yo mismo, en persona, lo voy a purificar a tu enanito por haberse metido contigo sin averiguar la perra de quién eras primero. Y a ti, por puta, por haberte metido con un cualquiera sin respetarme, tampoco te voy a respetar, mierda. Yo siempre, como un cojudo, te he tratado bien, nunca me he pasado de la raya contigo, cuando tú me has pedido que no te haga nada, no te he hecho nada, ¿y para qué? ¿Para que te metas con el primer pelotudo que ha venido a tocarte el culo?

-Nada, nada, qué mierda, yo quiero lo que es mío, carajo, lo que me corresponde, de mí no te vas a reír, me vas a dar lo que me toca quieras o no, luego de eso te puedes ir con quien sea, si quieres hasta con ese tu enano, que va a tener que andar con muletas después de que me entere quién es

-¡Ya, silencio, carajo! ¡°Clin!

*

Una habitación inundada por la luz del sol, apenas tamizada por las cortinas de gasa que cubren los amplios ventanales. Un escritorio, imitación de caoba, al costado izquierdo de la puerta. Sobre el escritorio, un vidrio triple, que quién sabe para qué sirve, pero sobre el que seguramente se escribe lo que se precisa escribir y debajo del cual puede verse: un horario de clases, un k'alendario, algunos dibujos a mano alzada, y recortes de revistas con fotos de autos y motos de ensueño que no deben tener ni los ricachos de Europa. A un lado del escritorio, una mesita con un televisor encendido pero con señal de ajuste, pues es muy temprano todavía para que transmitan programa alguno (las emisiones suelen comenzar después de mediodía). Al otro lado del escritorio, un estantito de cuatro anaqueles, de un metro veinte de alto, pero poblado de libros: un Atlas, una Biblia, un Corazón, un Decamerón, uno de Dibujo, otro de El príncipe -no El Principito-, uno de Geografía, otro de Historia, un Juan Salvador Gaviota, un Kama Sutra, uno de La Niña de sus Ojos, otro de Mi lucha, un libro gordo de Matemáticas, y también otros de Química, de Ortografía y de Zoología, todos muy bien cuidados y forrados, con los títulos escritos en sus lomos con letra redonda y

pintada. Una enciclopedia de 15 tomos grandes y gruesos, sin forrar, pero que están brillando de nuevos, ocupa casi dos anaqueles y completa el conjunto de libros del estante.

En los cajones del escritorio, en uno de la primera fila, sólo hojas en blanco, cuadrículadas, rayadas o completamente blancas, pero kilos de hojas de todos los tamaños aún sin usar; en el otro cajón, lápices, plumafuentes, puntabolas, colores, marcadores, jebes, reglas, escuadras, compases, cintas adhesivas, botecitos de goma líquida, carpícola y tinta china, azul y roja.

En un cajón de la segunda fila, cuadernos y carpetas debidamente forrados, con las hojas limpias y escritas con letra clara y redonda (la misma que la de los títulos de los libros), en cada final de lección, se lee, con un tipo de letra diferente, mas siempre con color rojo: "Muy Bien", "Excelente", "Óptimo", "Felicitaciones", etc. En el otro cajón, sólo álbumes, de dibujo, con trazos de líneas, figuras y cuerpos geométricos; de religión, con dibujos de distintas escenas de la Biblia: el sacrificio de Isaac, la contienda de David y Goliat, el destierro del Paraíso; de estudios sociales, con recortes de noticias de periódicos: "Despiadada masacre de estudiantes en la plaza Tiananmen", "Mujeres se suicidan en funerales del Emperador Hirohito", "Ayatola condena a muerte a escritor por publicar libro irreverente"; y de ciencias naturales, que es un herbario en realidad, con hojas resecas y pegadas en cada página, con el respectivo nombre, en latín y español, del árbol del que provienen.

En un cajón de la tercera fila, un álbum de fotografías donde se ve en distintas poses y con diversas personas, o a veces solo, a un muchacho alto, de pelo rubio y ojos

azules, siempre sonriente, apagando velas de tortas de cumpleaños, nadando en la piscina o brincando del trampolín, posando y riendo con otros chicos y chicas; pisando un balón y con los brazos cruzados, recibiendo diplomas y trofeos, siempre vestido de acuerdo a la ocasión. Al final del álbum, una foto grande, casi de perfil, del busto de una muchacha, con el pelo peinado en un moño, un gran lunar en la mejilla derecha y los ojos semicerrados en razón de que está riendo (por lo que se le ve la falta de una pieza molar al costado del canino). Si se saca esta foto, se descubre debajo otra, del mismo tamaño, de una muchacha pálida, cabello negro suelto y nariz respingada, que también sonríe pero en sus ojos hay algo así como dejadez o tristeza; debajo de esta foto, otra de una muchacha de pelo rubio y ojos inquisidores, no sonríe sino que tiene una mueca como de desprecio en los labios, parece ser que se está mordiendo la piel debajo de la boca, por dentro; debajo de esta foto, la foto de una muchacha, casi una niña, de pelo castaño enrollado, que salió con los ojos cerrados aunque también sonriendo. Todas estas fotos traen una dedicatoria atrás, *para Charly*, "con cariño, un recuerdito de mi persona", "eres un brujo. Te amo", "de tu gatita para que no me olvides", "tu prima que más te quiere en el mundo", y firman respectivamente Estefy, Tany, Jeanette y Rebeca. En el otro cajón de la tercera fila, casi nada, sólo unas revistas de misceláneas, con algunas páginas cortajeadas, unos papeles tamaño oficio doblados en dos (pero que en la otra cara tienen versos rimados escritos a máquina), un cuaderno de tapas verdes con anotaciones breves en algunas páginas que, vistas al azar, rezan cosas tales como "Hoy, farra a las ocho en casa de Tany", "Purificación al chango de al lado que ya me llegó al huevo, hay que decirle al Knife", "La profe me ha

invitado a ir a su casa, qué vieja loca, ni cagando voy", "La Jeanne se ha vuelto a aparecer, quién soy yo para estar haciéndome rogar", "Romper contacto absoluto con esos dos cochinos, ya le he dicho al Knife que habría que darles un buen escarmiento", "La nueva changuita no quiere ceder, habrá que tener paciencia", "Hoy farra y destrucción a las siete en la plaza principal"...

Una cama de plaza y media, al costado derecho de la puerta. Allí duerme el mismo muchacho de las fotos, pero en estado desastroso, el pelo crespo alborotado, el rostro contraído en una mueca de dolor o de disgusto, que se incrementa cuando la televisión comienza abruptamente sus emisiones, con el show de un estridente grupo local de cumbia chicha: "Porque tanto nos quisimos,/ porque tanto nos amamos/, y ahora que ya no la tengo,/ ¡no la olvidaré!/ Uo n000, ¡no la olvidareeé!"... Se da la vuelta con brusquedad y se destapa todo, dejando al descubierto que duerme con la ropa puesta y arrugada, menos las zapatillas tenis que yacen una cerca a la puerta y la otra al pie de la cama, pero esta última zapatilla, y también parte del piso, están cubiertos por una mancha oscura, verdosa-amarillenta, matizada por otros puntitos coloridos que -a ver, ñam ñam, sí- son pequeños restos de zanahorias, papas y arvejas... El muchacho, que ahora parece estar despertando, aunque no del todo todavía, balbucea con voz ronca y quejumbrosa: "Putá, nunca más..., nunca más... nunca más..."

* *

Era la Mamita que reía muy fuerte con su voz chillona, casi hasta ahogarse. Seguro que el gordo Mano Larga ya le estaba tocando el trasero otra vez. Esos tarados, se

pasaban. Es cierto que había sido él, el Charly, quien les había enseñado ese juego, pero eso había sido hace años, cuando estaban en 5° y ni soñaban con tener ñatas todavía. Ahora ya no era pues lo mismo, ya no eran mocosos, él ya se había enjabonado a unas cuantas incluso... pero esos... seguían con sus macanas. Bah, los compadeció, eran tan giles que de seguro ni siquiera habían visto a una ñata en cueros en vivo y directo. Al menos la Mamita, seguro que ni siquiera sabía pajearse ese pobre gil.

Era linda la Mami, ni qué decir. Cuando en la farándula del colegio se disfrazaba de ñata era ni más ni menos una chica de verdad, y se veía bien buena además. Por eso al Charly, aquellas primeras veces, le gustaba bolsear a la Mamita, que desde siempre se dejaba nomás con él, se reía nomás. Luego, había sido también él el único que le besaba en la mejilla, ante el escándalo de la propia Mami, que no sabía cómo reaccionar, porque una cosa era que el Charly le pellizcara el trasero disimuladamente, pero que lo esté besuqueando delante de todos, ya no pues, porque luego todos iban a creer que podían hacerle lo mismo. Sin embargo, era el propio Charly quien se encargaba de hacer entender a los demás que *sólo* él podía hacer eso, y como no faltaba quien también se encandilara con la Mamita y le posara la mano, al Charly le bastaba con hacer una seña al Naif, para que éste lo cabeceara al irreverente y le reconviniera que no fuera tan malcriado, caramba.

El Mano Larga caminaba por el patio, de un lado a otro, oscilando los brazos, mascando chicle ostentosamente, o comiendo tawa-tawas. Y aprovechaba el descuido de cualquier chico distraído que le diese las espaldas, para alargarle la mano, apretarle

las nalgas y salir huyendo, perseguido por el afectado, aunque vitoreado por los espectadores que festejaban ruidosamente las osadías de este degenerado Mano Larga. Ya había recibido palizas de varios chicos irritados, pero al parecer no escarmentaba, siempre estaba a la pesca de cualquier trasero desprotegido y mucho mejor si era uno virgen, aún no palpado por su regordeta mano. Incluso un día que se atrevió nada menos que con el Monki 2, cuando éste era nuevo todavía y no lo conocía, recibió tal puntapié que prácticamente le hizo dar un paso en el aire al iniciar la huida, porque de lo contrario el Monki 2 lo mataba. Precavidamente, después, el Mano Larga no volvió a importunarlo.

No parecía ser sino que el Mano Larga se había enamorado de la Mamita, pues aunque el Naif lo cabeceara, lo puñeteara, lo pateara, lo estrangulara, seguía nomás acariciándole el traste a la Mami en cuanto podía. Éste, apenas lo sentía, chillaba con su voz aguda: "¡Charly!", y el Naif ya le estaba aplicando un cocacho o un planchazo al incorregible. "Qué manito larga, pero carajo", lo reprendía el Charly y el gordo Mano Larga sonreía nomás. Tenía la costumbre de estar siempre comiendo y si sus manos no estaban sobre algún tipo de comida, entonces tenían que estar sobre el trasero de la Mami. Eso era infalible. El Charly se cansó de reconvénirlo, porque además él se había cansado ya del jueguito, y como veía que a la Mamita tampoco le disgustaba mucho que digamos que el gordo le estuviera sobando, se lo dejó, no iba a pelear por un maraco justo cuando ya la había estado toqueteando a su prima Rebeca, una mujer de verdad, y debajo de la ropa todavía, como debe de ser; no como esos dos, una vergüenza.

Poco tiempo después de que se inició con Rebeca, ñatas mayores que él, pero buenas, comenzaron a acercársele de por sí y se dio cuenta de que eso se debía a que él era lindo, como esos jovencitos de las películas, en donde todos, hombres y mujeres, eran churros, bien vestidos, rubios y con la dentadura completita; los cabellos de las mujeres siempre se estaban ondulando aunque no hubiera viento, y no había una sola persona que no tuviera carro; los niños tenían las pestañas dobladas de por sí y los ojitos muy azules, y cuando reían se veían tan preciosos, que uno reía también de puro gusto, y cuando lloraban, uno tenía ganas de llorar con ellos al verlos tan tristes, aunque igual de hermosos. Y él, el Charly, era así, nada menos...

Ése que reía era la Mami, quién más. En todo momento tenían que estar haciendo sus cosas esos dos. Al principio, el Charly creyó que era de un elemental deber suyo, como líder del grupo, cortar de raíz ese asunto, ¿pero cómo? Podría haberle pedido al Naif que los sacudiera a ambos hasta hacerles olvidar sus mañas, pero no, eso no habría sido eficiente. El Mano Larga estaba curtido a los golpes y ya no sentía nada, no le hacían ningún efecto, seguiría nomás adelante con sus toqueteos malsanos, y en cuanto a la Mamita, pues con él bastaría un manotazo y ya estaría llorando, no se podría corregirle más tampoco. No quedaba otra opción que dejarlos así, casos perdidos. Al fin y al cabo, el Charly se dio cuenta de que el grupito de changos que le había rodeado durante todos esos años ya le era innecesario, sólo valía la pena conservarlo al Naif, por si acaso, pero a nadie más.

Le emputaba que el gordo Mano Larga y la Mami siguieran con el jueguito ese, tan ridículo, tanto tiempo después; tenerlos cerca sólo iba a desprestigiarlo, luego los

demás iban a creer que él también era así, medio maraco, y eso no convenía para la reputación que quería forjarse de buen estudiante, buen jefe y buen amante latino, pero sin aparecer nunca vinculado directamente a nada sucio, pues para eso lo tenía al Naif. No, no, no, como buen jefe tenía que dar órdenes razonables, así que no convenía pretender que esos dos dejaran de hacer sus cochinadas, pues continuarían haciéndolo de todos modos. Porque, también, ¿qué más podía hacer si eran tan cojudos que no se podían arreglar con ninguna ñata?, y eso que la Mami era lindo igual, aunque no era rubio, pero parece que nomás le gustaba más que lo estuviera toqueteando otro hombre que arreglarse con una mujer de verdad, como que de un juego se lo había tomado en serio el imbécil. "¡Qué asco! Allá ellos", le decía al Naif y le hacía un señá para alejarse y no juntarse ya más con esos changos.

Pero donde quiera que estuviese, igual le llegaba a los oídos la irritante risa de la Mamita, que le hacía renacer la intención de hacer algo para frenar a esos dos pervertidos cochinos. La Mami reía nomás, siempre reía...

A su padre lo dejó su madre. Siendo él, la habría matado primero. Cómo permitirle irse así y quién sabe con quién, como si su padre no hubiese sido el tipo más pintón, extranjero todavía, que en su perra vida llegaría ella a conocer; qué se creería la kolla, sólo atendida a su plata. Quizás había sido mejor que se fuera para que su pa se dedicara a desflorar hembras por doquier, pero no, el hombre resultó ser también *caballeroso* y nunca se consiguió otra de repuesto. Puras huevadas. ¿De qué le había valido ser caballeroso con su ma?, ahí estaban los resultados de una conducta más

bien reprobable, siempre amoroso, amable, lambiscón, como si estuviese en deuda para siempre con ella, sólo porque le había aceptado así, pobretón como era; siempre haciendo viajes y trabajando como mula para hacerse rico, para igualársele, para ser digno de su mujer, ¡qué mierda!, si pensaba que así ella iba a estarse tranquila y contenta ¿por qué se marchó entonces?

No, él sería por aquel entonces apenas un jovencuelo pero ya sabía más cosas que su noble padre escritor de versitos ridículos. La nobleza es el camino para llegar a ningún sitio. Nadie te va a levantar una estatua ni va a escribir un libro sobre ti por haber sido siempre honorable, recto, intachable. En cambio cuánto se ha escrito sobre Hitler, y qué de estatuas se le han erigido a Stalin, y esos sí que eran unos verdaderos hijos de perra. Pero la política no le interesaba, no, su rubro eran las mujeres: Llámense Don Juan, Casanova o Platonov, ninguno de ellos tuvo el menor remordimiento a la hora de poseerlas, y ¿qué recibieron a cambio?, fueron amados, deseados, idolatrados y quedaron para la perpetua memoria como prototipo de hombres de verdad.

Lo que él sabía de buena fuente, sus propias experiencias —muuuchas—, todas efectivas y con resultados comunes, era que a las mujeres les encantaba que no se las tratara muy bien que digamos. Es cierto que, de inicio, se hacían a las inaccesibles, siempre, pero no lo eran tanto en realidad, y ellas lo sabían, y por eso precisamente se hacían a las difíciles, a las impenetrables, porque una vez que señalaran el camino hacia su corazón, casi de inmediato, sin que medie otra insinuación o pedido del hombre, señalarían también el camino de su entrepierna. En realidad eran unas

hambrientas a quienes les daba vergüenza admitir su hambruna. Había que lobeznas aprovechar eso y no estarse haciendo a los cojudos, como su viejo, nada de decirles cursilerías románticas, ni regalarles florcitas todo el tiempo, y menos estarlas apapachando públicamente para hacerlas sentir las reinas del universo, y los hombres, sus esclavos. Puta, nada de eso. Era algo bastante lógico: si todos los días se comiera, todo el mundo se empacharía y no querría saber más del hartazgo y se conformaría, por fin, con el hambre mundial. Es lo mismo, si todo el tiempo se va a estar igual de querendón con ellas, se van a hastiar y se van a ir en busca de algo no precisamente mejor, sino ante todo nuevo. En cambio, si muy de vez en cuando se les da una violeta mustia o se les susurra alguna aberración en la oreja, eso bastará para que estén brincoteando, más prendadas que de costumbre.

Por todo eso, era inadmisibile que lo que le había sucedido a su pa, llegara a sucederle también a él alguna vez. De ahí que, temprano, se había planteado sus propias reglas de oro.

Primera regla: A él nunca lo dejarían. No iba a permitirlo, primero muerto, él siempre tendría que decidir cuándo terminar con alguien y jamás debía ser a la inversa. El cansancio, el hastío debían provenir de él, no de ellas, y por eso tenía que ser lo suficientemente capo para mantenerlas con su pasión e interés siempre ardientes, "vivitos y culeando".

Segunda regla: Ninguna era imprescindible, no existía el amor para siempre, él jamás debía enamorarse; siempre debía mantener una prudente distancia para evitar el excesivo entrelazamiento con alguna de ellas, no debía contar intimidades, secretos,

menos hablar de la familia (al menos no las verdades; en cuanto a mentir, siempre era válido lo que fuera para lograr los objetivos propuestos).

Tercera_ : Inmediatamente después de terminar una relación debía iniciar otra, así dejaba bien clarito que la anterior no había significado nada y que ya estaba olvidada y sepultada, pero también eso servía para aniquilar rápidamente en labios nuevos cualquier posible resabio de besos añejos que pudiesen estar aún quemando...

En fin, él había seguido al pie de la letra estas reglas planteadas en su adolescencia lejana, ¿y de qué carajo le había servido? Igual nomás, llegado el momento, se enamoró y tuvo que casarse, para asegurarse de que nadie más le volara a su casta amada; y aunque no del todo, a la larga, había tenido que renunciar a los flirteos y romances, por muy efímeros que estos pudiesen ser, ya que debía evitar ante todo el ser descubierto y verse envuelto en un escándalo social de proporciones mayúsculas. Y eso había sido todo, y ahí estaba ahora, respetable hombre de familia, nadita enamorado de su esposa, que parecía corresponderle con la misma medida de indiferencia y hielo. Ahí estaba, pensando cuándo sería rota la primera regla, lo que ahora parecía inevitable luego de que él mismo había roto las dos últimas, y cómo lo compadecerían entonces los vecinos y amigos, justo tal y como compadecieron a su pa cuando lo dejó su ma -¿no que a él no tenía que pasarle lo mismo?-. "hombre desdichado que no merecía tan malpago", "cornudo a ver, el pobre", "qué gusano infeliz", eso dirían, ¡qué mierda!, pero al menos él no escribiría versitos para consolarse, qué carajo, eso nunca.

Ahí estaba ahora, irrumpiendo en el cuarto de su hijo nada menos, para husmear entre

sus cosas, y verificar por las fotos dedicadas que el muchacho era igual de mujeriego que su padre, un orgullo, pero, a la vez, conservaba los poemas cursis del abuelo, una mierda. Así las cosas, quién sabe cómo le habría de estar yendo a su hijo en amores. No obstante, su Charly no parecía preocuparse sólo por las mujeres, pues había descubierto entre sus pertenencias, en vez de las clásicas Playboy, unas revistas donde se hablaba de los más temibles criminales de la historia que estuvieron a punto de cometer el crimen perfecto y a escasos centímetros de burlarse de la justicia. El caso más paradigmático que se citaba era el de Jacques, el destripador, cuya identidad nunca fue conocida, pero de quien las especulaciones llegaron a sostener que se trataba de un eminente miembro de la sociedad, cirujano talvez, que luego de matar a tantas putas habría continuado viviendo y desenvolviéndose en la sociedad, como si nada malo hubiese hecho, respetado y apreciado todavía...

Es fácil para uno decir que va a matar a éste o a aquél pero es poco probable que lo haga de veras. Por eso, cuando leyó en un cuadernito de tapas verdes, este aparentemente inofensivo epígrafe, escrito con letra grande y redonda, no pudo menos que estremecerse: "Plan futuro: Matar".

* *

Pfff... primer día de clases, otra vez en este basurero, ¡qué cagada! Puta, ningún conocido, bueno, varios, pero yo no hablo con esos vinchucas pues, tampoco me rebajo a tanto, qué mier... Allí está el Naif. ¡Naif►, ¡Naif►, este pelotudo, ¡¡Naif!! Ah, por fin. Puta, qué feo es este mierda, ya me había olvidado. *Cómo es man, cómo estuvo la vaca.* Sí, sí, sí, era pura fórmula, cojudo, tampoco me tienes que contar toda tu vida de

mierda. Qué pobretón y aburrido es este asno, me quiere hacer llorar con su miseria o qué. Puta, y a mí qué me interesa tu navidad sin tu mamá, carajo, se la ha debido estar montando el Santa Clos, pues, en Italia, por eso no habrá llegado la perra. Y sigue, este pelotas, ni siquiera yo tengo nada interesante que contar, y saliendo del país todavía. Bah, ya callen a este cabrón. *¡Naif!, ¿puedes cerrar el hocico?, me*

aburres, carajo. Eso es lo de bueno con éste, nunca se enoja conmigo. Ya quisiera ver

que se enoje, carajo, entonces sí que me puede conocer. Pero no, él sabe cuál es su lugar, no hay que repetirle y repetirle las cosas, no es tan cuadrado como los otros.

Puta, cuánta gentuza oliendo a culo, carajo. *Mierda, de dónde salen tantos hediondos,*

vámonos Naif, aquí apesta. Ajajaja, cómo ríe de fuerte este mierda, él siempre celebra

mis ocurrencias llamando la atención de todos, reconoce mi autoridad y eso hace que los otros también me respeten sin conocerme siquiera. Puta, ajajaja, cómo lo miran con tuca los otros, también con esa cara toda machucada que tiene, deben estar pensando "si este maleante lo obedece a este muchacho apuesto, cómo será de cabrón éste otro", uuuu. Ni qué decir, es el mejor matón que he tenido, y ni le pago siquiera. Mi sicario personal, qué mierda, basta que le diga matalo a ése, y lo mata el cabrón, sin dudar ni preguntar.

Pero, ¡puffff!, ya está bueno, mierda, últimamente todo tipo de basura entra a este colegio. Antes era sólo de gente bien pero ahora entra cualquier vinchuca parece...

Este Naif también es un vinchuca nomás pues, pero al menos ahora se baña; yo le he obligado a que se bañe, mierda, todos los días. Él sabrá cómo le hará si no tiene ducha, pero sabe que me doy cuenta al pucho si está hediendo y entonces lo puteo

como a un lloqalla ^{delante de todos.} Eso no le gusta; claro, a quién también le va a gustar. A ver, mmm... *Putá, Naif, estás oliendo a perfume, carajo, qué ¿eres marica*

ahora? Sí, sí, sí, cojudo, a tu hermana le has prestado tu chompa y ella te la ha perfumado ¿no ve? Si tu hermana es petisa, cabrón, ¿me estás viendo la cara de boludo o qué?, para qué podría usar tu chompa tu hermana, ¿como pollera? Carajo, mariquita este. Ha llevado al extremo también eso de la limpieza el pelotudo. *Hay que*

ser machos, pues, Naif, carajo, un macho nunca huele a perfume, sólo a jabón, cuántas veces te he dicho. Este mierda. Pero mejor decirle las cosas así, a las buenas,

sin gritar nomás, estamos comenzando recién el año también. Además, éste será bien vinchuca, pero es el más macho, carajo, el único con verdaderas bolas aquí, no se corre ante nadie, aunque lo partan él sigue partiendo nomás, qué mier...

¿Y ese lloqalla? Ah, no, eso ya pues no; como quiera, vinchucas pero ^{urbandinos,} carajo, ¡cómo pues vinchucas indianos!, ¡puta mierdal... Pero también si hasta los profes tienen fachas de camioneros, qué se puede esperar, bah; ya nadie usa traje ni corbata, y si usan también más parecen músicos de la ^{Poopó,} carajo, bien monstruos, con sus caras negras y los pelos parados como paja brava. Puta, ya nadie tiene pinta de machote. Y las profes, otras vinchuquitas, no hay una sola buenota, ni una sola, qué mierda. Hey, *Naif, ¿lo has visto a ése? Está grandote, carajo, como vos. ¿Crees*

que puedes con él? A ver, quiero ver. Puta, este Naif, no se corre ante nadie, y ese

vinchuca sí que está grandote. A ver qué le dice... Puta, se ha alterado el cabrón. Recién llegado y saltón todavía, qué mierda. A éste hay que hacerle pagar su derecho de piso, carajo, para que aprenda cuál es su lugar. Yo me voy a encargar de este

mierdita. *¡Naif, Naif! Dejalo, dejalo, man, no vale la pena. ¡Muchachos!, todos saben que aquí los nuevos tienen que pagar su derecho de piso, nada de huevadas ¿no ve? Ustedes ya conocen quiénes son quiénes. Entonces pues, ésta es una tradición del colegio que ni cagando se va a perder. Así que, ¡¡¡por el honor del Marcial Colegio Aristóteles Anzoátegui: Un ch'as a los sarnas!!!*

Putá, toditos se han encendido carajo. Ajajaja, cómo los hacen chillar a los sarnosos de mierda, qué rico... Pero, puta, ese cabrón se sigue resistiendo, devuelve los golpes, pateá, dá cabezazos, ¡putá!, ¡a ése hay que matarlo!, ha recontragado, no sabe, ni se imagina, carajo. Ya está en mi lista negra; si el Naif no se encarga de él, yo mismo lo voy a balear, qué mierda... ¿Y este vinchuquita?, ¿dónde está queriendo escapar?, se quiere ocultar o qué. No seas marica, carajo, por un ch'as no te vas a morir. Ya está llorando el boludo, antes de nada. Por eso pues, por gentuza como ésta el país está como está, nadie tiene bolas aquí, carajo. Vení sarnita, vení por las buenas, no corras, cojudo, va a ser peor. ¿Ves?, qué te he dicho... ¡Putá!, ajajaja, se me ha pasado la mano, o mejor dicho la bota, ajajaja, qué mierda. Ya vinchuquita, vas a disculpar, puta, ajajaja, ahora puedes llorar con razón pues, cojudo ... Oye, *Naif, ven a ver, mirá man. Es un diente, cojudo, ajajaja. Se lo he sacado de un puntazo a un chango, ajajaja.*

Putá, qué asco, el piso está pura sangre carajo. Le voy a decir al Naif que me lo recoja el diente para tenerlo como trofeo. Bah, qué mierda, habría que buscarlo a ese vinchuca para que limpie su sangre, qué piensa pues, ¿que puede venir a ensuciar así nomás nuestro colegio?

CAPÍTULO III

UN MOSCARDÓN LLAMADO DESEO

*El amor es un moscardón que te ronda
y no te deja en paz con su rr rrr
hasta que lo aplaftas.*

Esta mañana he ido al concurso de lectura. Pero más antes mi mamá me ha mandado, ese rato siempre, a comprar verduras. ¡Esta mamá!, ella siempre me está apurando para que no me atrase ni nada y ella misma me manda a último momento a hacer sus cosas, una macana siempre es. He ido pues, qué iba a hacer, corriendo, apurada. Encima de todo, ahí en la esquina estaban el Carlos y los otros, molestando, silbando y esas cosas, como siempre ¿no? Pero el Carlos se me ha acercado solito y me ha dicho que soy bonita, que le gusto y todo eso, y yo, claro, bien nerviosa. Lo que pasa es que a mí me hacen dar miedo sus ojos de gato, de qué color serán ¿no? Además, siempre parece que quiere agarrarme y eso, entonces me pongo a temblar y le digo "Mi mamá me está esperando", y él entonces me deja que me vaya nomás, pero me dice que "el sábado", o que va a venir al liceo y así. Por eso, pues, he llegado tarde al concurso, corriendo como loca, y menos mal que temprano todavía había sido, no había empezado ni nada, para mi suerte. Le he preguntado al portento y me ha dicho que recién iban a llegar el director, los profesores del jurado, y los concursantes tampoco habían llegado; y así pues, me he puesto a esperar nomás, qué iba a hacer. Pero me ha pasado algo chistoso mientras estaba esperando.

Un chiquito ha llegado, así, arrastrando los pies, al contrario de mí, bien lento, como una tortuguita, casi como si no quisiera entrar, porque se ha quedado largo rato todavía en la puerta. Parecía asustado el pobre, miraba y miraba el edificio, que ocupa

toda una manzana también ¿no? Seguramente, he pensado entonces, habrá venido al concurso. El portero estaba barriendo los papelitos del suelo y lo ha mirado al chico, así como con desconfianza ¿no? Secamente le ha preguntado "qué quieres", y el chico ha hablado así, bien bajito, qué habría dicho pues, pero el portero le ha dicho que los miembros del jurado no habían llegado todavía, entonces yo ya sabía que el chico era también concursante. "¿Quién eres tú?", le ha dicho así el portero, con un tono como burlón. El chico entonces le ha explicado, bien chistoso, que él era el representante de su colegio para el concurso de colegios. "Les he ganado a toditos", ha dicho, así, bien creído también. El portero y yo nos hemos reído pues del chico, porque era bien chiquitito, pero hablaba como si fuera grande, importante y todo eso. "Puedes esperar en el patio, patito", le ha dicho el portero y se ha ido a limpiar los otros cursos. Yo me he reído porque le ha dicho "patito", yo creo que por el patito feo ¿no? Después, el chiquito estaba caminando, así, bien farsante, cuando en eso me ha visto y casi como que se esconde detrás de un pilar. Me ha hecho reír hartito pues; pero como se notaba que era asustadizo, me he acercado a hablarle y le he dicho que no se preocupe, que yo también estaba esperando el concurso. El pobre chico se ha puesto bien nervioso, no me quería ni mirar, parece como que quería escaparse nomás. Pero yo le he seguido hablando para que no se sienta tan asustado, y él, en cambio. no me decía nada, hasta parece que no sabía dónde mirar el pobre, se ha puesto bien rojo y entonces ha empezado a sudar y todo. Yo ya no me quería reír porque daba pena también ¿no?, pobre. Entonces me he presentado "Me llamo Estefany Sosa", le he dicho y le he dado la mano. Ahora sí que me ha mirado, pero más asustado todavía.

Me ha dado la mano pero, así, apenas me ha tocado, estaba temblando siempre el pobre. Se había llamado Gerardo, tiene 12, es mi menor con un año, pero ese rato no le he dicho eso porque me ha dado un poco de vergüenza también pues. Cómo estaría en mi curso si es más chico ¿no?, así me he preguntado y he querido hacerle hablar. Pero qué pues, nada, no decía nada. Le he hablado de otras cosas y él: "sí", "no", "ajá", así nomás me decía. Cuando le he hablado de que me gusta leer y de los libros que he leído, recién su lengua se ha desatado parece, y me ha dicho que había leído haartos libros, hasta los que leen en cursos de arriba y todo. Me ha contado de qué se trataban, y parece que de verdad había leído, y ya no estaba nervioso ni asustado ni nada, hablaba sin parar y me contaba y se reía solito, así como loquito ¿no? Entonces, como yo soy bien chistosa, le he empezado a contar también mis chistes y todo lo que les sé decir a mis hermanos y a mis amigas. Y justo ¿no?, él ha empezado a reírse, porque cuando yo cuento mis cosas, todos siempre se ríen. Y ya hemos hablado mejor, porque al principio yo nomás estaba hablando solita, pero luego él nomás también. Ahora, él me contaba de los libros, yo le contaba de mi vida y, así nomás, nos hemos empezado a reír bastante, hasta que han llegado otros concursantes y con ellos también he empezado a hablar y a contarles más chistes y todo eso, pero yo nomás ahora porque el Gerardo, otra vez, se ha quedado callado. Este chiquito, bien rarito siempre que había sido, pero ahora por lo menos ya no estaba asustado ni nada, más bien se reía de todo lo que yo decía y me miraba y se reía, y eso era bien lindo ¿no?, porque antes como que me tenía miedo, pero ahora ya no pues, ahora me miraba solamente a mí este chiquito, y se reía y me miraba, así,

bien chistosito.

*

El lunes en la tarde ha venido el Carlos al liceo, pero así bien fregado ¿no?, como si yo fuera su algo de él, qué cosa también. "Mamita", me estaba diciendo, queriendo agarrarme de la mano y eso. Le he tenido que decir que a mí no me gustan esas cositas, que las otras chicas nos estaban mirando y que luego qué cosas nomás iban a hablar, así le he dicho. Él me ha dicho, "qué te importa que hablen, de puro envidiosas nomás dirán algo", pero, a mí, lo que pasa es que él me hace poner nerviosa ¿no? Es un chico lindo, rubio, alto y todo eso, y de verdad que las otras chicas me miran con envidia cuando estoy con él, pero es que sus ojos son de un color bien raro pues, parece que no tuviera ojos, eso me hace dar hartito miedo. Entonces como mucho insistía en agarrarme de la mano y esas cosas, he tenido que ponerme firme y decirle que no me agarre así ¿ya?, por favor. Pero entonces él nomás se ha enojado y me ha mirado bien feo con sus ojos sin ojos, ¡feo!, me ha hecho sentir hartito miedo. "Quién te crees", me ha dicho, "cualquiera se moriría por estar conmigo", así, bien creído también, "tú deberías agradecerme porque me he fijado en ti", así, y a mí ya no sólo me daba miedo sino rabia también pues, porque por qué me va a venir a decir todo eso a mí ¿no ve?, yo qué cosa le había hecho; pero no sabía cómo gritarle, qué cosas decirle, y ahí nomás me he puesto a llorar, bien sonsa, y me he ido. Eso parece que le ha hecho darse cuenta de que estaba hablando macanas ¿no? y me ha perseguido por todito el camino pidiéndome disculpas y todo. Ya al final yo tampoco me he hecho rogar y nos hemos parado en una esquina, él me ha limpiado mis lágrimas y me ha

empezado a hablar bien despacito, pidiéndome disculpas, diciéndome que me quiere y todo eso, pero yo le he dicho que me dé tiempo para pensar ¿no? Y ahora él ya no se ha enojado ni nada, sino que se ha puesto a sonreír, y de verdad que es bien lindo, bien churro es, solamente sus ojos pues, pero si voy a ser su chica le voy a decir que utilice lentes oscuros, porque además así se va a ver más simpático y a mí no me va a dar tanto miedo mirarle ¿no ve?

Mañana yo creo que nos vamos a arreglar nomás siempre, ya me ha esperado una semana también, ha sido bien paciente, educado y todo eso. Ahora, yo sé que él está en su mismo curso del Gerardo, pero ni cómo preguntarle ¿no?, me va a decir que estoy más interesada en el otro y va pensar esas cosas, que no son así tampoco, porque yo solamente quiero saber qué habrá pasado con ese chiquito. Después del concurso de lectura, le he dicho que me llame, pero nada. Debe ser porque es muy miedoso ¿no? Yo quisiera hablarle otra vez y hacerle reír un poco, porque parece que es un chico muy triste, parece que nunca ríe ni nada de eso; pero esa vez que le he conocido, yo sí que le he hecho reír. Es que yo soy pues bien alegre, "Cantarina", me dice mi mamá, "qué estás loqueando", así me dice porque siempre estoy corriendo por mi casa, persiguiendo a mis hermanitos, cantando, riendo, no hay por qué estar tristes pues. Y a ese chico, al Gerardito, yo nomás le he hecho reír, por eso pienso que él se debe acordar de mí y a lo mejor quiere verme, pero no se atreve a llamar por teléfono porque habla muy despacito, y si le contesta mi papá o mi hermana mayor, capaz de que se asuste y no diga nada y cuelgue el teléfono y hasta se vaya a esconder corriendo y todo. Porque el Gera es así ¿no?, miedoso, pero cuando empieza a hablar

dice cosas bien interesantes y a mí me gusta escucharle porque no me pone nerviosa ni nada, no me mira como los otros chicos, así como con malicia y esas cosas ¿no?, con ese chiquito una se siente bien, como protegida y todo; no te está diciendo que eres bien linda y todo eso, pero tampoco se ve que quiera agarrarte y apretarte y esas cosas. Talvez voy a tener que ir a su colegio, así de pasadita nomás, talvez justo lo voy a ver por ahí caminando y entonces le digo: "Hola, soy la Estefany, ¿te acuerdas de mí, Gerardo?", y luego le suelto un chiste y él, de tan serio que va a estar, de pronto se pone a reír y me dice que claro que me reconoce, que no me llamó porque lo hizo perder el papelito con el número, pero que pensaba venir al liceo, mañana mismo, así ¿no?

Pero si le voy a buscar a su colegio qué cosa puede pensar él, ésa también es pues la cosa, y si el Carlos me ve allí, entonces se molesta, me dice macanas y hasta se puede burlar y todo, "Cómo, pues, con tan chiquito", me puede decir, "y tan feíto todavía", así, pero él no puede saber que yo quiero ser solamente su amiga, porque parece que el pobre no tiene amigos, y eso como que da mucha pena también ¿no?

* *

El Carlos me lleva a pasear en su moto y yo tengo que agarrarme bien fuerte de su cintura, porque si no me caigo. Él es bien cochino porque me dice que le rasque y le pellizque y le toque por todas partes y eso, pero yo sólo me agarro fuerte de su ropa y cierro los ojos porque el viento me da en la cara y a veces no me deja ni respirar siquiera. Él, como yo no le quiero tocar, a veces maneja con una sola mano y me hace dar hartito miedo, de que nos podemos volcar ¿no?, pero él con su otra mano me

agarra la pierna por debajo de la falda y yo siento muy caliente, así, y entonces me pongo a gritar y todo, "¡nos vamos a volcar!", y recién él se agarra con las dos manos del manubrio y maneja, y ya no me agarra ni nada. Pero cuando hace parar la moto, estamos bien lejos pues de la ciudad, en un barrio alejado y un poco oscuro, porque él siempre viene a buscarme al salir del liceo, y de que salimos, en un ratito, se hace de noche. Estamos lejos y solitos los dos nomás, yo tengo miedo de que nos asalten o algo ¿no?, pero él me dice que me va a proteger, y me aprieta y me besa y me agarra de mis pechos, hasta hacerme doler siempre ese sonso, y debajo de la falda hasta que me dan ganas de gritar de vuelta, pero él me dice que si grito van a venir los maleantes, entonces calladita nomás me aguanto hasta que él se cansa de tocarme por todo lado, pero yo también me quedo así, como cansada ¿no?, como si hubiera corrido hado. Este Carlos, bien fregado es, a veces mete su mano por debajo de mi shortcito y ahí sí que siento harto calor porque sus dedos se quieren entrar bien adentro y se siente tan... así como cosquillitas, pero duele también ¿no?, quiero que me deje de tocar pero él sigue y sigue, entonces siento más calor y hasta empiezo a sudar y todo. Con eso de que ahora soy su chica no me queda otra que aguantarme nomás, porque las otras chicas me felicitan y me dicen que qué buena suerte que tengo y todo eso, y yo, claro, orgullosa de que me envidien también ¿no? Es que el Carlos es un chico lindo de verdad, sólo que es muy chinchoso, muy exigente, no quiere hablar de nada interesante, si vamos al cine una no puede ver la película, porque ya está otra vez tocando con sus manos; no hay caso de nada, pues, qué se puede hacer así, sólo quiere hacer esas cosas nomás y una como que se cansa

también ¿no?

A veces no me deja respirar bien, porque me tapa toda la boca con su boca y con su lengua cochina hurga tooda mi boca, como una víbora, y me lame, me hace cosquillas y se mete hasta adentro, no sé hasta dónde siempre querrá llegar pues ¿no? Y luego, como este Carlos es bien bebedor de cerveza, a veces viene con su tufo y todo, y ahí sí que da asco, y peor cuando me dice "esperame un cachito" y se aparta, y hacia un costado eructa como un perfecto marrano, y luego vuelve a meter todavía su lengua en mi boca, ¡uajj!, y ahí sí que me dan ganas de vomitar y todo, de puro asco ¿no? Pero lo peor es cuando me dice que le meta la mano por debajo de su pantalón, y eso sí que me da harto miedo, pero para que no se enoje le hago caso nomás pues, qué voy a hacer, soy su chica ¿no ve?, y entonces toco duro, que se mueve chistoso y está muy caliente, y el Carlos empieza a gemir como un perro, me dice "mamita, mamita", y ya nomás me quiere morder los pechos y todo, mete su mano debajo de mi short y ahí sí creo que nos cansamos harto los dos, porque el también está sudando grave.

El Carlos me dice que si vamos a su casa me va chupar y que yo también tengo que chuparle y esas cosas, ¿no?, pero como a mí no me gusta ni siquiera que me chupe en la boca, mucho menos me va a gustar seguramente que me esté chupando otros lugares, y le digo que ya es tarde, que nos vayamos nomás y él tampoco me dice nada. Pero mirándome con sus ojos sin ojos me dice que un día, cuando no estén sus papás, tenemos que ir a su casa y que de eso no me voy a librar, porque así siempre hacen todas las chicas con sus chicos y que yo soy bien afortunada, porque casi todo mi liceo daría lo que sea para estar con él, pero que él sólo quiere estar conmigo, que

a mí nomás me quiere, pero que yo me tengo que podar bien con él ¿no?, como debe ser.

*

Yo siempre me acuerdo del chiquito del concurso de lectura, no sé porqué ¿no?, será porque le hacía reír con mis chistes. El Carlos nunca se ríe de mis chistes y me mira con sus ojos que dice que son grises, pero que yo nunca puedo encontrar por mucho que mire y que busque. Él me mira así, feo, y parece que me dice que me calle, y como a mí me hace dar miedo sus ojos, entonces me callo y todo. Pero al chiquito le gustaban mis chistes y se reía bien bonito, despacito, sin hacer bulla, y agachaba la cabeza como si estuviera avergonzado, como pidiendo disculpas de lo que se estaba riendo, así ¿no? Ese día del concurso, cuando ha llegado el jurado, todos hemos entrado al salón principal, que había sido con butacas y terciopelo colorado en las paredes y todo eso, el portento lo ha llenado la mesa del jurado con refrescos y cigarrillos en un ratito. El Gera estaba bien nervioso, se ha sentado a mi lado y le he visto que estaba temblando y sudando como si tuviera calor y frío, así, bien chistoso. En el micrófono ha hablado un profesor grandote de ojos azules, era el director del colegio Sueco-Alemán, para darnos la bienvenida y esas cosas, ha contado chistes que no eran chistosos, pero igual todos nos reíamos, menos el Gera, que estaba bien nervioso siempre. Yo decía "este chiquito se va a desmayar o algo", porque en su cara se podía ver que estaba bien asustado ¿no?, a mí me miraba como un ratón frente al gato y no he logrado hacerle reír ya con ningún gesto que le he hecho para que se anime.

Cuando han llamado al primer concursante, una de sus piernas del Gera ha empezado a temblarle siempre, así, bien chistoso; yo le he golpeado su espalda despacito para que se calme, porque daba pena también pues, y él se ha calmado un poco, talvez como para hacerme caso o talvez porque ha pensado que yo me iba a hacer la burla de él al ver que estaba temblando igual que esos perros pelados; pero como ha visto que yo no me estaba burlando ni nada, se ha calmado ¿no? Yo le he empezado a mirar disimuladamente, para que no le dé vergüenza, pero cada cosa que le veía hacer me hacía reír haarto, porque el Gera bien chistoso siempre había sido. Una de esas se ha agarrado pues con las dos manos su pierna que le estaba temblando, y en eso le ha empezado a temblar su otra pierna ya también, ji ji ji, y él se ha puesto más asustado todavía, ha cruzado sus piernas y se ha apretado bien fuerte, y les ha mirado como enojado, para que no se muevan sería pues ¿no?, ji ji ji, bien chistoso. Luego se ha limpiado las palmas de sus manos en su pantalón, pero parece que ha visto, asustado, cómo sus manos se han vuelto a llenar de agua rapidito, porque se ha vuelto a limpiar otra vez con más fuerza. Este Gera debe tener una mala suerte siempre, porque, en eso, su nariz ya también le ha empezado a molestar, clarito se veía el moco, como agua, que le estaba chorreando por los agujeritos; él trataba de metérselo otra vez, como respirando, así ¿no?, pero le ganaba pues, y entonces ha empezado a tragárselo y todo, así, bien cochino, disimulando todavía, pero yo le oía clarito ¿no ve? Él me miraba pues, para ver si yo le estaba mirando, pero yo me hacía a la que estaba atenta escuchando a los concursantes, y en eso, rapidito, se ha limpiado con la manga de su chompa y ha ocultado luego la mano debajo de su

sobaco, como si nada hubiera pasado. Ahí sí que ya no me he podido aguantar y casi me pongo a reír bien fuerte, pero justo ese rato me han llamado para leer. Ni siquiera recuerdo qué cosa habré leído ¿no?, porque me quería reír nomás, acordándome de las marranadas que estaba haciendo el Gera. Pero cuando he vuelto a mi asiento, el Gerardito me había estado aplaudiendo bien fuerte, y me sonreía bien bonito y todo, yo le he mirado bastante porque no sabía porqué me estaba aplaudiendo tanto él solito ¿no? En eso parece que se ha dado cuenta y se ha avergonzado y ha agachado la cabeza y todo, pero como yo estaba feliz de que me aplaudiera tanto, le he mirado largo rato y él se ha avergonzado más todavía, así, bien chistoso.

Luego ha salido a leer él, mirándome bien avergonzado, como si tuviera hartito calor en la cara, que yo sé bien cómo es eso ¿no? Y ha empezado a leer, pero bien fuerte, yo no podía creer que el Gera, tan chiquito, hablara tan fuerte y tan clarito, bien lindo, todos calladitos, escuchando. Y cuando ha terminado, todos a aplaudir como locos, y otros a gritar todavía, los profesores hasta se han puesto de pie y todo, y nosotros también nos hemos parado pues, y había otros que hasta silbaban todavía. Total que el Gera, el más chiquito, ha ganado el concurso, y le han dado su trofeo y su diploma y sus libros, y toditos le abrazaban y le decían "felicidades, felicidades", así. Y entonces, ya al finalcito, he ido yo y le he visto bien emocionado, rojito todavía, con sus premios y sudando de lo vergonzoso que es siempre él, y entonces, no sé por qué, yo nomás me he puesto a llorar, de alegría creo ¿no?, y le he abrazado y le he besado en la cara, porque yo le había visto así como un chiquito sonsito ¿no?, un poco haciéndome a la creída también, pero él había resultado mejor que yo y que todos, y así pues, yo

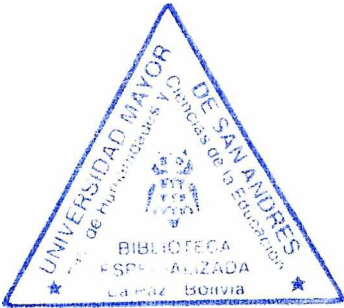
estaba bien feliz de haberle conocido antes que los otros y de haberle hecho reír un poquito siquiera, y pensaba "ahora sí que vamos a ser buenos amigos", así ¿no?

*

Yo ya no he podido aguantar de la curiosidad y he ido a su colegio del Carlos y del Gerardo, a espiar, así, de afuerita nomás, y como es ensayo para el desfile en todas partes, hasta en mi liceo, nadie se da cuenta cuando te sales de la fila. Hartas chicas nos hemos ido y mañana seguro que nos han de castigar, porque al final llaman lista y todo. Pero las otras chicas pensaban que estaba yendo al colegio para verlo al Carlos, entonces yo me he aprovechado ¿no?, y les he dicho que sí, que estoy yendo para verlo a él, total, no importa, y así de paso no me descubren. El ensayo para el desfile había sido bien grave en el colegio de los aristogatos, como a soldados siempre les hacen corretear, toditos los profesores con palo detrás. Algunos chicos castigados daban vueltas al patio corriendo, por qué sería ¿no?, otros corrían jalándose de sus cabellos, seguramente porque estaría muy grandes sus cabellos, porque en este colegio les hacen recortar pelados siempre, por eso sabe estar protestando el Carlos también, pero qué va a hacer pues, él también se ha hecho pelar nomás sino ya lo estarían castigando igual. Había otros chicos que estaban parados en el centro, quietos, sin moverse, así, con sus cabezas peladas, debajo del sol que estaba bien fuerte, uno no ha aguantado, se ha caído y a otro le ha empezado a salir sangre, pero un profesor gordo les ha llevado a donde había un turril lleno de agua y les ha metido de cabeza en el agua, y los chicos zapateaban y todo, porque se estarían ahogando ¿no?, y el profesor nada, con más ganas todavía les metía sus cabezas, hasta que se

han mojado sus poleras, sus pantalones, todo, y recién les ha mandado de una patada otra vez a pararse en el centro del patio, así, bien feo ¿no? En el patio había una gran polvareda, porque eran también hartos estudiantes ¿no ve?, pero en todas partes había un profesor con su palo que, parece que de cualquier cosita, les pegaba a los chicos, o les hacía correr, y había unos chiquitos que lloraban pues, y parece que hasta gritaban mientras les estaban paleando, pero no se podían escuchar sus gritos, porque las voces de los profesores dando órdenes y la música de marchas que salían de los parlantes eran más fuertes todavía. Daba pena ver a esos chiquitos, porque los otros eran grandotes y podían aguantar como sea, pero estos otritos... yo le he buscado al Gera largo rato y no le he podido reconocer; las chicas para eso ya le habían encontrado al Carlos y me decían "allí está, allí está tu amor" y yo, "sí, sí", así ¿no?, pero buscándole al otro mientras tanto. Y entonces le he visto, pero este chiquito, qué bandido que había sido ¿no?, yo pensando que le están castigando al pobrecito, que le están haciendo llorar y todo eso, y él, bien orgulloso, así, con la bandera del colegio nada menos; el mejor alumno, a ver, había sido, bien capo el Cera. La bandera era muy grande para él, seguro que le pesaba una barbaridad pues, pero ya había practicado harto seguramente, porque tranquilo nomás marchaba, rectito y levantando la cabeza pelada y todo, a ratos se equivocaba un poco y le paleaban también, porque yo creo que nadie se libraba de eso ¿no?, pero no le hacían llorar ni nada. Hasta eso, ya las otras chicas también lo habían visto al Gera y decían "mirá, qué chiquito había sido el abanderado", "pero qué bien marcha ¿no?", "alto levanta sus pies", y así toditas olvidadas del Carlos, viéndolo al chiquito nomás, y yo,

adentro, me sentía bien orgullosa, y así como que un poco celosa ¿no?, pero me quedaba callada nomás, no podía decirles "yo le conozco, soy su buena amiga".



CAPÍTULO IV

LOS SIMIOS TAMBIÉN LLORAN

Lo llamaban Monki 2 porque era el doble de grande que cualquiera, lo llamaban Monki 2 porque les hacía dar tuca a todos. El Monki 2 ya sabía que había lloqallas a quienes les gustaba hacerse a los importantes y que querían dar órdenes y estar gritoneando e insultando todo el tiempo. Él no era ningún cojudo, ya sabía. Pero como tenía toda la pinta de un mister Atlas, no estaba dispuesto a dejarse joder con nadie. Por eso le llamaban Monki 2, con bronca, con despecho, porque no podían acercársele ni cagando, de lejitos nomás le gritaban, los maricones. Este Monki 2 se consideraba algo así como uno de los más capingos del universo; ya se había trompeado con varios y a toditos los había revolcado en el suelo, les había hecho gritar de lo lindo, les había partido sus caras, les había hecho tomar chocolate incluso, qué nomás se estaría creyendo, sólo porque era gorillesco, abusando de su físico, pero ¿por qué no se enfrentaba con uno de su vuelo, a ver?, ahí habría que ver recién qué tan macho era.

El problema eran los profesores y el regente que, igual, siempre estaban jodiendo, apaleando con y sin motivo, y no se les podía hacer nada porque si no lo podían expulsar. Ya lo habían botado de un colegio y había tenido que trabajar el resto del año en una fábrica de adoquines, laburo duro, pero chancaca para él; sólo que sus papás no se habían enterado de nada, no les había dicho, para qué hacerlos putear; había ido a su casa, en las vacaciones, como si hubiese aprobado el año y los viejos le habían creído, luego había vuelto y un paisano lo inscribió en este nuevo colegio, pero

en el mismo curso. Qué iba a hacer si lo provocaban, él no era un gallina, así que tenía que reventar nomás a cualquiera que se atreviera a pararle el coche. Pero los profesores se hacían a los valientes con sus palos, ja, sólo porque eran profesores, que sino...

El regente T'ojlo era el que más lo jodía, era casi de su tamaño, un poco musculosito y con cara de matón, hecho al mafioso con sus lentes oscuros, pero el Monki 2 estaba seguro de que lo podría partir fácilmente. El T'ojlo no dejaba de gritar, de putear, de apalear a ese mocoso engreído, pero también porque el chango se la pasaba todo el tiempo haciendo despute, armando camorra, trompeando a todos, hecho al machito el carajito, sólo porque era un poco grandote nada más; pero ya le enseñaría el T'ojlo a ese lloqalla quién era quién aquí. El Monki 2 quisiera estar una vez a solas con el T'ojlo, una vez nada más, fuera del colegio, los dos solitos, quisiera hacer un trato con él, una cosa de hombres, que se pelearan pero sin quejarse a nadie, el que gana, gana y el otro se aguanta. El Monki 2 ya saboreaba ese triunfo, si el T'ojlo fuera macho no se negaría, y entonces, sí que lo revolcaría el Monki 2, ¡cómo lo reventaría!, para que aprenda, para que nunca más joda, y el T'ojlo tendría que reconocer que el Monki 2 le había ganado en su ley y no tendría que quejarse, porque así había sido el trato, entre machos.

Tarde o temprano, pensaba el Monki 2, tendría que enfrentarse al T'ojlo. Pero debía tratar de no reaccionar dentro del colegio porque sino lo expulsarían y todos se alegrarían de aquello: el propio T'ojlo, los profesores que siempre le estaban diciendo que era un burro, hasta las profesoras ¿qué se creerían esas mierdas? Pero los que

se alegrarían mucho más serían los lloqallas, sin duda; le insultarían, le gritarían, quizás hasta le querrían dar un ch'as de despedida como cuando había llegado; ah, pero, entonces, él sí que se encargaría de triturarlos a todos, esta vez sin asco, total, ya estaría expulsado. Lo reventaría al T'ojlo y a los lloqallas que más le emputaban, al Charly de mierda ¿qué se creería ése por tener pinta de gringo?, al gordo Mano Larga, ese cochino maricón que le gustaba hurgar traseros de varones, ya le enseñaría a patadas a hacer esas huevadas; a la Mamita, esa chota, otro maricón que no hablaba como macho, con su voz de flauta, y que reía como una khalincha, a ese enano de un sólo puntazo le iba a remangar el hocico; ¡al Naif!, a ese nariz de loro sí que lo reventaría con ganas, por parador, por haberse atrevido a desafiarlo a él, al Monki 2 nada menos, hecho al valiente el loro cabrón. Qué pues, eso habría que ver en cancha, porque el Monki 2 sería muy sacadorcito de mierda, pero el Naif no era ningún pelotudito tampoco. Ja, contra el Monki 2 no iba a poder, porque nadie podía, nunca nadie había podido, el Monki 2 reventaba a todo el mundo. Nunca se dice nunca, no hay que escupir al cielo, llegado el momento se vería.

*

El Monki 2 llegó al lugar de la pelea y lo recibieron con silbidos. ¡De dónde habían salido tantos lloqallas! Todo el arenal estaba repleto de una inmensa manada de cabrones. Llegaron también el Naif y sus compinches y a ellos sí que los aplaudieron esos mierdas. Ja, igual nomás lo iba a reventar al pobre loro, con silbidos o con aplausos, daba lo mismo. Pero lo raro fue que el Naif llegó con un enorme palo de béisbol. ¿Qué le pasaba a esta chota?, ¿se estaba meando antes de nada? El Monki

2 observó a su alrededor, pero no halló nada con que contrarrestar ese inesperado armamento, nada más que arena. Este loro era un mariquita-maricón, ¿cómo iba a venir con su palo?, ¿tenía miedo o qué?, ¿no era macho? El Monki 2 le dijo lo que pensaba y se lo dijo muy fuerte para que todos lo escucharan. Cuando dijo, además, que el Naif era una mujercita y lo invitó a que se bajara los pantalones para que todos viesen los calzoncitos rosados que traía debajo, todos los changos del arenal gritaron: ¡Uuuu...! El Naif se quedó desconcertado, el Monki 2 le había insultado feo y todos lo habían escuchado: ¡humillación! Miró al Charly y éste le hizo una seña con la cabeza. Entonces el Naif botó el palo lejos de sí y se aprestó a enfrentar al miserable Monki 2. "Con palo o sin palo, te voy a matar, cabrón", le gritó amenazante. El Monki 2 se rió con todos y cada uno de sus carnívoros dientes, estaba a kilómetros de tenerle miedo a ese guacamayo, él sabía batirse contra quien sea, y siempre salía ganador. El Naif tampoco era un gilcito, qué, nadie podría decir que hubiese sido blando de roer alguna vez. Y ahí estaban los dos, mirándose con fuego y con la tensión previa a las sacadas de mierda.

El Naif lo insultó para provocarlo y, antes de nada, sintió que un puñetazo le molía la boca, partiéndole el labio superior. ¡Miechi! Al ver su sangre pocas veces vista, el Naif se descontroló y, gritando como chino, repartió patadas voladoras en el cuerpo de ese asqueroso animal, hasta dejarlo sin aire con un certero puntapié en la panza. Uta. Vulnerable como estaba, el Monki 2 fue blanco fácil de un furibundo cabezazo a traición que, en realidad, los dejó sonsos a ambos. Pero el Monki 2 era el más macho, el más fuerte, ¡cómo pues!, era como dos Monkis en uno; se repuso antes y el

atontado Naif no vio venir dos tremendos mazazos, por izquierda y por derecha, que sacudieron su cabeza como la de esos perros o tigres que suelen ponerse como adornos sobre la guantera de los autos, y lo hicieron trastabillar varios metros atrás.

El Charly y sus secuaces rodearon al Naif conminándole a que se ponga bien, a que no fuera marica, a que no se dejara meter el dedo, que aún tenía como tarea ^{tesarlo al} Monki 2. Azuzado por tantos, el Naif reaccionó a medias, mientras que, por su lado, el Monki 2 ya se había sobrepuesto a los incipientes golpes ^{recibidos}. La gritería de los lloqallas del arenal era infernal, decían a uno y a otro lo que debían hacer, animaban a uno e insultaban al otro, ¡aullaban los mierdas!, y hasta alguno había comenzado a promover apuestas entre los más fanáticos, dos empanadas a que gana el Monki 2, ¡naada!, una 'Fanta y yo' a que gana el Naif.

Al Naif lo empujaron para que terminara la faena y éste, envalentonado por el apoyo que tenía, se dirigió resueltamente a eliminar al Monki 2 que lo aguardaba en el ruedo, con la mirada bovina. Imprevistamente, cuando todos esperaban que la emprendiese a puñetazos contra el Monki 2, el Naif dio una patada a la arena dispersándola en el rostro del cojudo ese, que con los ojos afectados no pudo evitar un ^{ch'utazo} en las bolas que lo hizo doblarse y que fue saludado con gritos y risas de los allegados naifenses. Pero el Monki 2, pucha que no lo conocían, aguantó el dolor y, aunque dificultosamente, logró entreabrir todavía los ojos, y cuando el Naif se acercó para rematarlo, creyendo que lo tenía a su disposición, un ^{lak'azo} le hizo girar media vuelta en redondo, ni más ni menos que un trompo. No obstante, ¡como de película!, el Naif se sirvió de esto para tomar impulso con una carrerita semicircular y para propinar un

nuevo puntapié en el mismo sitio al Monki 2. ¡Uuuu!, dijeron esta vez los lloqallas, sintiendo ellos mismos la rotura de huevos ahí abajo. Sin embargo, el Monki 2 reaccionó todavía, y apelando al santo patrón de sus viejos -Tata Bombori, dame fuerzas para machucarlo a éste-, antes de que el loro se pusiera fuera del alcance de sus trituradoras, le propinó un nuevo macanazo ¡k'un! con su brazo de mutún, el izquierdo, y el Naif comenzó a sangrar inevitablemente por nariz y boca. ¡¡Miéchica!!, al ver tanto chocolate suyo, el Naif se largó a llorar, y escupiendo un montón de porquerías verbales se abalanzó contra el Monki 2, atentando repetidas veces contra su probable descendencia de primates. El Monki 2, con los ojos arenosos aún poco abiertos, pudo interceptar algunas patadas, pero recibió varias ahí, donde más duele, y sintió debilitarse de veras esta vez; sólo que teniendo tan cerca al lorito, no desaprovechó la oportunidad de darle una última y definitiva papita, un súper-zurdazo que hizo rodar por el suelo al Naif, bañado en sangre y arena. Recién entonces el Monki 2 se arrodilló, porque el dolor en sus mogolas era ya insoportable y no le dejaba respirar bien.

También los espectadores estaban con la respiración suspendida, ¡pero por la emoción de tan macanuda pelea! ¡Qué cabrones esos dos, qué hijos de puta!

La Mami y el Mano Larga ayudaron al Naif a ponerse de pie. Su nariz ostentaba el hundimiento del tabique, huella del último golpe recibido. Con el rostro deforme, el Naif no paraba de sangrar en abundancia y sollozaba exigiendo venganza. "Ya Naif, ya Naif, tranquilo", le gritaba el Charly. El Monki 2, aún de rodillas, trataba de regularizar sus reacciones, pero ya acezaba de dolor por lo dificultoso que se le hacía respirar. Un

planchazo en la espalda lo hizo caer de bruces y comer arena: era el Charly. A continuación, el gordo Mano Larga le aplicó una secuencia de patadas por doquier, hasta bufar de cansancio, masajeando sus costillas como si fueran de arcilla, luego, se unió al masivo grupo que se llevaba al sufriente Naif, para atenderlo. Nadie acudió a colaborar al Monki 2, que quedó tendido en la arena, pues todos consideraron que el rostro del Naif era el más afectado, este otro era una bestia, aguantaba todo como si nada, y más todavía.

*

Los lloqallas no habían hecho la tarea. Eso no era extraño; lo extraño había sido que la profesora de dibujo, tan chiquitita como era, se enojara y se saliera del aula. Bah, ante la carencia de jefe, todos los lloqallas saltaban de sus asientos y comenzaban a perseguirse unos a otros, quién sabe por qué, lo más probable era que ni ellos mismos lo supieran; algunos se contaban sus gloriosas aventuras amorosas en las que siempre salían triunfantes y otros se re-re-contaban los chistes colorados de la monjita huasa; las almohadillas kamikazes volaban de un lado al otro y se estrellaban en los rostros desprevenidos y estupefactos, maquillándolos de blanco, y ujujú, ajajá... Pero entonces, en vez de la profesorita, quien entró en la clase fue el gordo señor director y todos, fucha, se dispersaron alocadamente buscando sus respectivos asientos, jalándose, empujándose, chocando cabezas ¡ayau!, o golpeándose las canillas en los pupitres ¡achichíí!...

Recién, luego de tan ajetreado barullo, se hizo el silencio absoluto y el director pudo pasar a anunciarles que ya que sólo dos alumnos habían hecho la tarea de dibujo,

todos los demás serían vapuleados *ipso facto*. ¡Uuuu! El silencio absoluto fue de inmediato acribillado por murmullos lastimeros. Y ahí nomás, con ese pretexto, empezó el Sermón del director, otra vez. Él no había tenido papás, había estudiado con su propio esfuerzo en la normal de maestros, comiendo pan con cebolla cruda y locoto, nada más, todos los días. Qué gordo mamón, y de dónde había venido esa panzota entonces, ¿se la había traído la cigüeña de París? El director decía que había trabajado descargando sal de los camiones, por las madrugadas, que sólo tenía libre el día domingo para lavar su ropa, y que todos los días leía, estudiaba, hasta las dos, tres de la mañana, así mismo, cansado como estaba. ¡Ja!, quién le iba a creer a ese verraco que de seguro a las ocho y media ya estaba roncando y pedorreando. Mientras hablaba, el director caminaba dando zancadas por el salón, con las manos a la espalda, y en las manos, Timoteo. ¡Ay, Timoteo!

Según el director, los vagos como ellos no tenían que trabajar, ni cocinar, ni lavar su ropa, sólo tenían que estudiar, y ni eso hacían. ¡Eso era mentira, qué!, por ejemplo, el Naif, que vivía con su hermanita nomás, tenía que lavar él mismo sus ropas porque eran muy grandes para que se las pudiera lavar la chaparra; la Mamita no tenía mami, así que debía ir a recoger el desayuno, almuerzo y cena, para él y su papá, del comedor popular, y era una cola de mierda que había que hacer todos los días; el gordo Mano Larga distribuía a las dulcerías de varios colegios, desde tempranito, antes de venir a clases, las tawa-tawas que hacía su mamá, y por las tardes, otra vuelta; claro, por eso siempre estaba con su mochila llena de tawas el gordo tragón y egoísta; el Monki 2, que vivía solo, tenía que hacer todas sus cosas él en persona, por

eso no le alcanzaba el tiempo para hacer sus tareas, por eso no las hacía, no porque fuera burro ni por vagoneta, sino porque estaba ocupado haciendo su rancho o cosiendo sus pilchas; el Putum, bueno, el Putum también vivía solo, pero no tenía que hacer nada, sus papás le pagaban a la dueña de casa, cada mes, para que se lo cocine y lave sus ropas, él sí tenía que estudiar solamente; el Charly, uuu, del Charly mejor ni hablar porque él lo tenía TODO. Y qué con eso, ¿era o no un buen alumno? Sí era. Entonces qué jodían.

El director se puso a Timoteo en el bolsillo del saco y se puso a frotar sus manos, una contra otra, con bastante persistencia, ¡ay, Timoteo! Así que los changos preferían irse a las discotecas, a jugar a los tilines y después a chupar ¿no? Sí, fucha, qué macana, qué podían hacer ellos, pobres chicos pecadores, eran débiles a las tentaciones del mundo... No, no era así, al Monki 2 le emputaba emborracharse, era pollo para farrear, nunca iba a bailar porque no sabía y no le alcanzaba para entrar al tilín, no tendría que hablar macanas el director tampoco.

La profesora de dibujo había, también, regresado al aula y alcanzó a escuchar el final del Sermón del gordo. A petición de éste le dio la lista de los que no habían hecho la tarea, prácticamente todos, menos el Charly y el Putum, que siempre hacían todas las tareas y hasta eran los mejores alumnos, ese par de chupas, corchos, llunk'us de mierda. Uno por uno, fueron saliendo de sus asientos, cuando oían su nombre, y el director se encargaba de hacerlos retorcer con Timoteo, haciendo silbar el chicote. ¡Ay, Timoteo! El director balanceaba todo su cuerpo esférico para remachar mejor a los lloqallas. Al cabo de un rato, su pelo le tapaba los anteojos y su camisa se le había

salido de debajo de su pantalón, delante del cual, también colgaba un trozo enorme de panza flácida; su cara estaba roja, mojada y brillante y ya respiraba agitadamente, pero, igual nomás, seguía flagelando traseros meticulosamente.

La profesorita, que había ido a quejarse de estos alumnos incumplidos, se mordía los labios y se empujaba los grandes lentes con un dedo por sobre la nariz, como si se le estuvieran cayendo a cada momento. Algunos chicos volvían a sus asientos cojeando y otros, lloriqueando. El Monki 2 no iba a llorar, claro que no, pero ya le estaba pegando al huevo que, cada vez, tuvieron que remangarles el cuero así, por todo, por nada, por lo que sea.

Ya iba por el séptimo u octavo castigado el director, cuando aquél se puso a moquear bien fuerte. Pero qué, el director, con más ganas todavía, lo zarandeó de lo lindo.

Todos observaban cómo el lloqalla berreaba sin poder aguantarse, maricón, carajo.

Repentinamente, entonces, la profesorita, también casi lloriqueando, le gritó al director,

¡le gritó nada menos que al Amo y Señor de Timoteo! -podía haberse hecho waskear ella también, qué estaba creyendo-, le gritó que ya bastaba, profesor, que ya no les pegara más, que ¡¡por favor, ya no!!... ¡A la mierda!, el director se detuvo en seco,

sorprendido, porque le faltaba todavía un montón de malcriados por martirizar y he aquí que le arruinaban así su footing. Ante aquel gesto de dubitación, algunos lloqallas

maricones comenzaron a llorar rapidito, a ver si así ayudaban a convencer al director de que en verdad el castigo ya no era necesario, chato, que iban a hacer su tarea para

la próxima, palabra.

El director se enojó, claro, cómo no se iba a enojar. Le dijo a la profesora que no sea

débil, que se imponga, porque si no esas mierdas se la iban a montar. La profesorita no se acobardó y dijo que no había necesidad de ser abusivos tampoco, caramba... ¡Uuuu...! El director se puso a sonreír nomás, haciendo que le daba la razón a la profesora, se metió a Timoteo en el bolsillo -¡ja, Timoteo!-, se arregló su 'peinado libro', se limpió el sudor con su pañuelo mocososo, se metió la camisa y la panza dentro del pantalón, y se retiró del aula.

Fucha... ¡librados!, ¡alguna vez! La profesora, que hasta estaba temblando, asustada, les pidió a los chicos, que, por el contrario, estaban con ganas de gritar y celebrar cuanto antes, que salieran al recreo; sólo que mucho antes de que todos lo hicieran, no pudo contenerse más y soltó el llanto, y sollozó, sacudiendo todo el cuerpo diminuto en dramáticas convulsiones. El Monki 2 pensó que la profesora era macha nomás porque, así ch'iti como era, le había parado al director y le había ganado todavía, "ya pues, basta, abusivo de mierda, así, bien firme se había parado. Por eso le dio pena su pobre profesorita, llorando solita, porque todos los lloqallas se salían del aula comentando lo que había pasado y diciendo que éste o aquel otro habían llorado como chotas, pero que ellos no hubieran soltado ni una lágrima, ni aunque los torturaran, qué carajo; mas nadie le decía nada a ella, ni gracias siquiera. Sólo el Monki 2 se quedó en el curso, porque le daba mucha pena su profesora.

Cuando estuvieron a solas, se le acercó y le dijo que no llore más, que era bien macha por haberle hecho callar al gordo, pero que no llore, que sea más macha. Ella levantó la cabeza y el Monki 2 pudo ver que era linda su profesora, así, llena de lágrimas, tan triste. Pero, entonces, ella lo agarró al Monki 2 y lo abrazó, y se puso a llorar más

fuerte todavía en el pecho del muchacho que no sabía qué hacer, porque él era bien macho, claro, pero le daba tanta pena la profesora que apenas le llegaba al esternón, tan pequeñita, y él tan grandote y tan fuerte, que sentía que debía protegerla, consolarla por lo menos. Pero ojalá que ninguno de los lloqallas entrara al curso en ese momento, para que nadie lo viera así, y es que tampoco quería dejar de abrazar a su profesora, por lo menos hasta que se le acabara la tristeza de su linda mirada.

El Monki 2, nada menos que el Monki 2, estaba siendo vilmente apaleado, ¡jujuju!, esta vez, por el profesor de gimnasia. Los lloqallas de su curso se morían de la risa y, por poco, casi se ponen hasta a aplaudir de gusto. ¡Estos lloqallas de mierda! Ya no se miraban a mirarlo burlonamente, sino que hasta lo señalaban con el dedo y se cagaban de risa todavía, así, en su cara. Este miserable Monki 2 no aprendía nunca y se merecía nomás la lección que le estaban dando ahora. Por cabrón, por hijo de puta, nunca se iba a librar de nada porque era un burro, un pelotudo, para pegar nomás servía, para eso mandado a hacer el mierda. El Monki 2 no entendía por qué lo castigaban otra vez, siempre, todos los días era lo mismo, él ya no decía nada, no se quejaba, no discutía como de costumbre, pero estaba recontraemputado. ¡Él había cumplido!, el profesor de gimnasia había pedido una polera blanca y su polera era blanca, quizás estaba un poco suciita, ¡pero es que no tenía otra, de dónde iba a sacar también! Qué caradura este Monki 2, lloqalla cochino, presentarse con esa polera tan mugrosa y percutida, porque obviamente esa polera había sido blanca alguna vez, cuando la guerra era a cocachos, pero ahora tenía una extraña coloración gris y

amarillo caca.

Mierda, cómo se reían los desgraciados cabrones. Se veía, por ejemplo, que el ex-loro del Naif no cabía en sí de gozo y sus risotadas feroces le hacían hasta doblar el cuerpo, agarrándose la barriga, poseído por un júbilo inusitado y extremo. Miéchica, este Monki 2, carajo, siempre tan saltón, siempre amenazando con reventar a todos, y reventándolos efectivamente; a ver, que se hiciera ahora pues al machito. El Naif se tocó la nariz hundida y chueca, y se alegró sinceramente de que le sacaran la mierda a aquel cabrón. Cuando el Monki 2 se puso el uniforme de gimnasia, los lloqallas comenzaron, de inmediato, a gritar y a mofarse de su polera. Pero ¿qué tenía de malo? Si no hubiese sido por la bulla que habían hecho esos mierdas, el profesor ni cuenta se hubiera dado talvez...

No hay que cometer errores visibles porque ellos son la causa de un escarmiento mayor. Lo que comenzó como un simple chisme creció como bola de nieve y el manuscrito hallado en una baldosa inició a circular de mano en mano. ¿Qué?, ¿quién?, ¿quién? murmuraban todos. Algunos ni siquiera imaginaban que el Monki 2 pudiese tener un nombre y hasta un apellido. Pero qué osadía la de este Monki 2, ¡qué pendejo!, que ellos supieran, nunca nadie se había atrevido a tanto, sólo ese mierda podía haber hecho algo semejante. Inclinado, el Monki 2 recibía los palazos del profesor, rumiando en silencio que si no eran los lloqallas los que estaban jodiendo, tenía que ser el regente o los profesores, apaleando por nada, hasta por una mugrosa polera. ¡Qué ocurrencia la de este pelotudo, Monki 2!, prácticamente declarándose por carta a ver; pero ¡cómo pues a ella!, aprovechándose de que era tan buenita, tan

ti, mada, tan changa, mirándola quién sabe con qué intenciones este hijo de puta. Lo malo no era el castigo, el Monki 2 era una roca, ni siquiera le hacía doler ese profesorcito, pero los lloqallas que lo estaban viendo y se alegraban y se reían, ¡eso era lo que le emputaba!, porque se veía que ya no lo respetaban, que ya no le tenían ningún miedo, esos mierdas. Ella era bonita, chiquitita, flaquita, eso era cierto, y también joven, ¡pero era pues señorita!, y tan buena gente todavía; este lloqalla malcriado ¡cómo le va a escribir una cada de amor a la profe! Ya no había un poco de respeto, carajo.

Los chicos de otro curso que iban al patio de atrás, a dibujar las flores de la huerta, se detuvieron un momento para ver cómo el Monki 2 era apaleado y cómo, a cada nuevo golpe, los lloqallas de su curso daban vítores y silbidos, así que, voluntariamente y de mil amores, también se unieron a los festejos... ¿Quién?, ¿quién?, ¿quién?... Para burlarse, para eso nomás eran buenos. Hace mucho que todo el colegio se había puesto en su contra, no había un solo lloqalla que no hablase mal de él, ya murmurando, ya lanzándole indirectas, ya injuriándolo abiertamente. Más por fuerza de la costumbre, el Monki 2 amenazaba con reventar a sus ofensores, y todos los días, todos lo recreos, todas las salidas, tenía que estar queriendo golpear a algún chistosito. Pero los demás lo rodeaban, le insultaban, le decían que era un abusivo, golpeando a chicos más débiles que él, y le hacían sentir que era malo, un cobarde, un maricón, ¡y el Monki 2 era bien macho, qué carajo!, pero eran ellos los que no debían joder si es que no querían que... ¿Quién?, ¿quién?, ¿quién?, preguntaban los recién llegados y se quitoneaban el manuscrito hallado. Oh-oh, el Monki 2 se percató de que

algo muy malo acababa de pasar, pero muy muy malo... ¡Cómo mierda se le había ocurrido a él también hacer esas cosas!, ¡pelotudo, asno, güevón! Debió destruir aquello cuando era oportuno todavía, ¿y ahora?...

El manuscrito circulaba y nuevas risas feroces que hacían doblarse a los lloqallas, agarrándose la barriga, se incrementaban a las anteriores. Ujujuju, a este Monki 2 tendrían que waskearlo todos los días a ver si así le sacaban el maligno que tenía dentro. Cómo pues, desvergonzado animal, a la profesora nada menos. ¿Y ahora?, no quería ni imaginarse lo que iría a suceder de allí en más: la Dirección, Timoteo, más castigo, expulsión talvez, y, sobre todo, la vergüenza pública, ¡cómo se iban a burlar de él! Lo peor sería que ya no podría reventar a nadie porque esta vez lo habían pescado en falta, no había excusa alguna, era culpable; de seguro que iría a estar más emputado que nunca, pero fija que ya no iba a poder trompear a nadie más, nunca más. Y, claro, los lloqallas se iban a aprovechar de eso; al ver su incertidumbre, en él, que nunca había vacilado para sonar, y sonar duro, le perderían completamente el poco respeto o temor que antes le tenían. Eso parecía que iba a ser inevitable ahora... ¡La profe, la profe!, comenzaron de pronto a gritar todos los lloqallas. ¡No, trágame tierra! ¡¡¡La profeee!!! Y en efecto, una profesora se aproximaba para llevarse consigo a sus alumnos, que, no sabía cómo, habían ido a acoplarse espontáneamente a aquel otro bullanguero curso, ¿qué estaría ocurriendo allí? El tumulto de limallas la rodeó a la vez que le abría paso, la profesora, la profesora, murmuraban; buen día profesora, cómo está profesora, saludaban, todos, educadamente, simulando seriedad, aunque a punto de soltar la carcajada. La profesora usaba unos anteojos enormes que ella se

empujaba como si a cada momento se le estuvieran resbalando de la nariz, vio, con rabia y con tristeza, que el profe Zacarías, ¿él también?, estaba ensimismado apaleando a uno de los alumnos. ¿Por qué eran tan brutos con estos pobres chicos, ni que fueran unos animales para tratarlos así? Aun un perro de faldas muerde la mano del amo cuando éste lo azuza demasiado, ¿no veían que castigándolos así sólo los iban a hacer más...? Algún comedido depositó un papelito en la mano de la profesora. Ajajaja, este vinchuca siempre haciéndose castigar por todo, era el peor alumno, no cabía duda, malas calificaciones, mala conducta, ¿y así pretendía lo inalcanzable todavía?, si ni siquiera la ropa limpia tenía el lloqalla, era un asqueroso cerdo, nada más. La profesora ahora tenía el rostro mucho más alterado y sonrojado que antes. Ajajaja, muere vinchuca. Pobrecito, cómo le iban a pegar así, hasta el profe Zacarías, el más nuevo, qué pena, igualito que los otros profesores, ya había aprendido muy pronto a portarse como todos, nadie se libraba de su papel de verdugo aquí, siempre con sus palos o sus chicotes, gritando, haciendo corretear a los chicos, arreándolos como si fueran vacas o burros, ¡qué brutos!, ¡qué vergüenza!... ¡Mierda, qué vergüenza!, aunque sólo podía oír sus risotadas y sus murmullos, de seguro que todos lo estaban mirando y señalando, los maricones de mierda, ya no había un solo rival digno entre esos lloqallas, ninguno se atrevía a pelear con él, limpiamente, ninguno, sólo con golpes bajos lo querían voltear; así, quien sea. Miró un poco de soslayo y vio que la profesora leía un papelito mugroso. ¡Uta!, no tenía que levantar la cabeza por nada del mundo porque, de seguro, ahora también la profe lo estaría viendo con soma, con asco, con bronca: ¡cómo se atreve este animal!, ¡quién se cree este hijo de

putal...

La profesora de dibujo, empujándose los lentes una vez más, les pidió a sus alumnos que siguieran caminando, por favor, que se fueran de allí a la huerta, a hacer sus dibujos, que no miraran más el castigo que le estaban dando a ese pobre muchacho, por favor...

El Monki 2 los vio alejarse y, curiosamente, recién entonces comenzó a sentir el cosquilleo de los palazos en su ablandado trasero ¡que acaso nunca se iban a acabar!... Sin que pudiera evitarlo, sintió efectivamente que le dolían, ¿cómo podía ser eso, si era tan flaquito el profe Zacacho? Pero, para qué mentir, sí que le dolía, mientras los lloqallas de mierda aullaban de júbilo al ver que el Monki 2 no era tan macho como decía que era, ya que estaba llorando el muy maricón.

Aquí aparecían ellos caricaturizados, con unas trompas enormes, besuqueándose con los ojos cerrados; más allá, estaban tomados de la mano, aunque por la diferencia de tamaños más parecían una hormiga y un elefante, todavía más allá, dos figuras copulaban desnudas y unas flechas anunciaban que una de ellas era el Monki 2 y la otra, La profe. Ni qué decir de los textos escritos: La pareja del año, Cuándo comeremos torta?, Se Aman Locamente, Un Verdadero Amor, Del cielo cayó una estrella/ que se llamaba Senaida/ y se juntó con un sapo/ q-yo nombre era Monki 2, La vella y la beztia, El amor no conoce diferencias, ¡Que vivan los nobios!, y tantos otros más, no había un solo chico que no aportara con su cuota de ironía a la situación de actualidad en el colegio, con dibujos o letreros en los muros y puertas de los baños, y

hasta en los pupitres se veía la plaga de inscripciones obscenas y profusas.

El regente T'ojlo entró al baño inesperadamente, pues quería ver quiénes eran los que se ocultaban allí para no tener que ir a formar después del recreo. Golpeó todas las puertas, y los chicos que allí estaban salían de inmediato, a medio vestirse, volando para eludir los chicotazos del regente. Pero, tal como le habían informado, uno de los baños permaneció cerrado; ya lo sabía, nunca faltaba un revoltoso. Sin quitarse los anteojos oscuros, que jamás se quitaba, se inclinó y miró por debajo de la puerta y vio cuatro patas todavía. Ah, esto era el colmo, ya verían estos. El T'ojlo golpeó la puerta tan estrepitosamente que muchos chicos que transitaban por el patio asomaron la cabeza al pasillo de los baños, poseídos más por la curiosidad que por el miedo a ser azotados. Se escuchó un gran ajetreo en el baño individual que continuaba cerrado, murmullos y roces de ropa, pero la puerta no se abrió. ¿Qué? ¡Abran, carajo, salgan antes de contar tres! El T'ojlo esperó algunos segundos a que obedecieran su sacrosanta orden, pero nada, la puerta permaneció cerrada. Qué mierda, ya verían quién era quién aquí.

El T'ojlo lo vio al Naif, el chupa que le había ido con el chisme y que, también, estaba en la entrada principal de los baños, junto con toda la manada de mocosos que allí se había aglomerado a la expectativa de lo que fuera a suceder. El T'ojlo le ordenó que se aproximara y echara abajo esa puerta atrancada. El Naif miró al Charly y éste hizo un gesto imperceptible; entonces el Naif tomó impulso y de un sólo planchazo abolló la puerta y rompió el cerrojo. Adentro se encontraban dos chicos: el Mano Larga y la Mamita. Para entonces, ya muchos habían tenido la osadía de entrarse hasta el propio

pasillo de los baños, dispuestos a no perderse los acontecimientos. Se miraban entre sí y se cagaban de risa, ¿qué ocurriría ahora?

El T'ojlo arremetió contra los chicos que se habían encerrado, los agarró de las camisas y los sacó al pasillo con violencia. Les ordenó que se pusieran de rodillas sobre el piso mojado y empezó a golpearlos con su chicote al ver que los lloqallas dudaban todavía en cumplir la orden. Al fin se pusieron de rodillas y entonces los hizo colocar frente a frente -todos estaban expectantes-, los hizo abrazarse por el cuello, de modo que tenían los rostros casi juntos, y entonces se puso a bramar, exigiendo a todos los curiosos que los rodeaban, que les pidieran que se dieran un beso a esos dos enamorados que, así, se encerraban en los baños, para estar solitos. Ajajaja, el Charly se moría de la risa, aquello había resultado un mejor escarmiento de lo previsto, qué jodido este T'ojlo, cómo los va a hacer abrazar así delante de todos.

Los alumnos, siempre listos, qué se iban a estar haciendo rogar: ¡Beso! ¡Beso! ¡Beso!, gritaban en coro creciente. Los baños ya estaban repletos, nadie más cabía allí. Los que no habían podido entrar y no sabían lo que pasaba adentro, aunque algo se imaginaban, claro, igual gritaban, junto con todos, aun desde afuera: ¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! Los dos castigados miraban en derredor suyo sonrojados y tristes, suplicando con la mirada que ya se acabara aquello tan vergonzoso. Pero nadie se compadecía de ellos. ¡Beso! ¡Beso! ¡Beso!, coreaban los lloqallas sin tregua. Entonces la Mamita, que era muy sensible, o sea mariquita-maricón, se puso a llorar, y automáticamente muchos callaron. Era muy atractivo este chico y aunque varios no querían tener nada con él, igual les provocaba simpatía y les entristeció tener que haberle hecho llorar. No

obstante, el T'ojlo no permitió que se apiadaran por nada, gritó para que siguieran gritando, golpeó a los que veía callados, pateó a los que gritaban sin ganas, con lo que, en un instante, todos estaban otra vez, incluso más fuerte que antes, temerosos de la waska, desgañitándose con el estribillo: ¡Beso! ¡Beso! ¡Beso!...

Sin poderlo creer, el T'ojlo vio cómo el Monki 2, salido quién sabe de qué infiernos, imponía silencio a carajazos entre los alumnos, diciendo que ya nadie iba a abusar más de aquellos dos chicos, a los que incluso hizo ponerse de pie. Los demás lloqallas tampoco podían creer aquello que veían, ¿y ahora qué le pasaba a éste Monki 2?, le había entrado aire en el trasero o qué. El T'ojlo asombrado, reaccionó apenas y tuvo que enfrentar la situación, si un mocoso, por muy grande que pudiese ser, se atrevía a desafiar su autoridad delante de los alumnos, él tenía que molerlo a palos, no había otra, no podía permitir que lo hiciera quedar como un cojudo, mucho menos cuando se trataba del mismo que todos decían que se había atrevido a conquistar a la profesora Zenaida, a su profesora Zenaida, la que debió haber sido su novia, suya, del regente T'ojlo, si tan sólo ese lloqalla no se hubiera interpuesto. Era evidente que había quedado como un estúpido ante todos si es que la profesora había preferido a un mocoso antes que a un adulto, y ya era tiempo de cobrarse semejante insulto inferido y ahora dosificado con esta abierta provocación a su investidura.

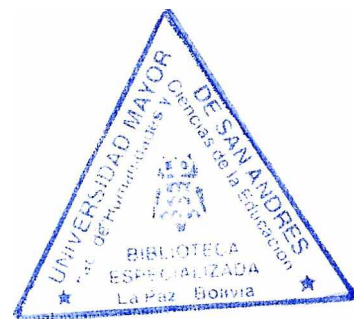
También los alumnos creyeron que ya había llegado el tiempo preciso de que el Monki 2 mordiese el polvo, ya que, hasta el momento, nadie, ni siquiera el Naif, había podido con él. Pero el Monki 2 no era ajeno a la situación, él también sabía que había llegado su hora, por fin. Oyó que el regente le gritaba que era una plaga, una peste, el peor de

todos, un carajito engreído, siempre dando problemas, más parador que nadie, pero que ya lo domesticaría él, aunque tuviera que despellejarle el culo a waskazos, carajo. Blandiendo su chicote, el T'ojlo le prometía castigarlo hasta hacerle llorar delante de todos. Ja, el Monki 2 no se inmutó y, dejando a todos boquiabiertos, desafió al regente a despojarse de su chicote y a enfrentarlo con puños, sólo los dos, como machos, sin trampas, sin quejarse a la dirección, ganara quien ganara, y eso se lo dijo de modo que se les grabara en la mente a toditos los lloqallas de mierda.

¡Uuuu! Si bien, los alumnos se habían quedado estupefactos al oír tamaño desafío, el T'ojlo estaba poco menos que aterrado, veía en la seguridad del Monki 2 la convicción de quien sabía que iba a ganar, humillándolo a él irremediablemente. El Charly aún pensó que el T'ojlo no tenía mayor estatura, pero sí un porte atlético al menos, que no iba a permitir semejante injuria pública y que, aunque lo mataran, de todos modos le daría una lección a ese Monki 2 alaraco, porque, además, ¡ya era indispensable que alguien le sentara la mano a ese vinchuca de una vez por todas, carajo! Pero el T'ojlo vislumbró mejor su futuro sin el rostro abollado, y sin Zenaida, qué más daba, así que se marchó sin dar respuesta al reto lanzado por el temible Monki 2. Se fue, más bien hecho al ofendido, rapidito, antes de ponerse a moquear y que las lágrimas se le deslizaran por debajo de sus lentes oscuros, y se las pudieran ver todos.

Sin embargo, esta vez, quienes fueron implacables fueron los alumnos, que habían presenciado todo y no admitían semejante cobardía; tanto tiempo habían permitido que este tipo les masajeara el trasero a waskazos ¿y ahora resultaba que ni siquiera tenía las bolas bien puestas? Qué mierda, por nada más, la retirada del T'ojlo estuvo

ornamentada de los más soeces insultos de todos los lloqallas que atiborraban los baños y que coreaban estruendosamente, brincando como en el estadio: "¡Salta, salta, salta, cabrón pelotudo,/ que a los maricones les rompemos el culo!..."



CAPÍTULO V

PERO MIRA CÓMO MUEREN LOS PERROS EN EL RÍO

*Los hombres, como los ríos,
todos se van a la mar,
algunos llegan de prisa,
otros tardan en llegar;
todos vamos, ¡vaya suerte!,
a dar al mar de la muerte...*

La joven es linda, unos 20 años tal vez, delgadita, alta, seria. Se sienta en un banco del parque y deja sus libros y cuadernos al lado, cruza las piernas y brazos, y contempla las hojas caídas de los árboles que dan vueltas en círculos impulsadas por el viento, que también alborota el pelo de la muchacha. Él se acerca, hecho al distraído, y pese a que existen otros bancos vacíos, se sienta justo al lado de ella, que ni siquiera voltea a mirarlo, abstraída en sus pensamientos. A él le parece que una grieta atraviesa la frente de ella y la hace ver fea, parece estar preocupada o molesta por algo, pues se arranca despiadadamente, con los dientes, el pellejo que se levanta junto a las uñas. Quizás no sea buena idea tratar de abordarla, podría salir trasquilado. Ella piensa en las lindas películas que acaba de ver en la matiné, a la que prefirió ir en vez de sus clases de la universidad, cómo se había reído, sobre todo cuando la chica escapaba del negro depravado y éste caía en el cemento fresco y se quedaba como estatua, sin poderse defender de los sopapos que le asestaba la chica. Pero el final había sido triste, la chica se iba y el negro, que se había vuelto bueno, lloraba al despedirla en la estación de trenes. Es que ella tenía que ir al encuentro de su novio, un chico alto, rubio, de ojos azules, con el que ya estaba comprometida para casarse, por eso no había podido quedarse con el pobre negrito.

La otra era de unos pistoleros que traían la barba sin afeitar y que bebían bastante
cor directamente de la botella. Pero eran valientes, porque sólo entre los tres lograron
acabar con toda una manada de indios ch'unchus, que gritaban y gesticulaban
horrendamente, que atacaban sin motivo a la gente, matando a los hombres,
evándose a las mujeres y abandonando a los niños para que se los coman los lobos.
Pero entre estos indios salvajes había un indio bueno que no era como los otros, era
joven y simpático. La chica raptada y el joven indio se enamoran y entonces deciden
escapar los dos. Luego, convencen a los pistoleros de que vayan a rescatar a las otras
mujeres, y guiados por el indio bueno van y matan a todos; y al jefe, Patada en el
Trasero, que era el indio más sanguinario, lo mata el indio joven, sólo que antes de
morir, el jefe lo hiere con su hacha, y la chica llora y lo besuquea al indio jovencito,
porque éste resulta muy herido y se muere al final. Ambas películas habían tenido
finales tristes, a ella no le agradaba aquello, prefería los finales felices. ¿A quién se le
ocurriría hacer películas con final triste? ¿Acaso la vida no era ya suficientemente triste
como para que también lo fueran las películas?

Él la observa minuciosamente, se deleita repasando su rostro ya que a ella parece no
incomodarle, le atrae sobre todo ese seductor lunar de su mejilla derecha. Pero, al fin,
ella se da cuenta de que es observada y enfrenta al intruso con una mirada
inquisidora. Él, que tenía sus frases preparadas, se pone nervioso de repente, pierde
el aplomo, no sabe cuál de ellas decir y, en consecuencia, voltea bruscamente la
cabeza como si tuviera algo muy importante que ver en el otro lado. Ella sonrío -¿por
qué sonrío?, y se pregunta ingenuamente ¿quién será él?, ¿qué querrá? —ajj, como si

no fuera evidente, como si no lo supiera, como si no hubiese atravesado por esa situación tantas veces desde que dejó de ser niña, caramba-. Él voltea la cabeza hacia ese lado y se encuentra con que ella lo sigue mirando persistentemente, y ahora sí que se pone nervioso, no sabe qué hacer con sus manos y sólo atina a arreglarse los lentes, como si se le estuvieran cayendo. Luego, vuelve a girar la cabeza hacia el otro lado, pero con tanta energía que se le vuelan los lentes y van a aterrizar más allá, sobre el empedrado, y uno de los cristales se raja. Él va rápidamente a recogerlos, se los pone y vuelve a sentarse como si nada hubiese pasado. Ella no puede reprimir la risa esta vez, ¿qué le pasa a éste?, piensa, ¿y esos lentes tan raros que tiene?, oscuros, como si estuviese haciendo sol, como si no estuviese el cielo nublado, ¿y él?, apenas con esa camisita encima, como si no estuviese haciendo tanto frío -¡como si a ella tuviera que importarle que el otro esté vestido o k'alancho, caray!-. Esta vez, él voltea la cabeza, al parecer decidido a todo, la mira y ve que ella también lo está mirando, entonces se acaricia la barbita ridícula de la que está orgulloso, y se presenta, engrosando la voz. Ella vuelve a reír, y en vez de darle también su nombre le pide que se quite los lentes oscuros -¡para qué, a ver, para qué!-, él se los quita -como una birlocha toda pingorotuda-, y ella consigue ver que tiene los ojos grises. Ella se emociona un poco -¿por qué?-, recuerda que alguna vez conoció a alguien con unos ojos similares a esos -ah, claro, conque era eso-, y aunque parecía que él no tenía pupilas, viéndolos bien, tenía unos ojos digamos que plumizos, pero aguados, y muy lindos -¿lindos?, bah-. Se lo dijo y él quedó desconcertado, obviamente creía que debía ser él quien echara las flores, por eso se quedó indeciso un buen rato antes de

agradecerle el cumplido. Ella se rió aún más, le agradaba que él fuese más tímido que arrogante, que no supiera qué decir a que estuviera haciendo alarde de elocuencia impertinente, esas personas no le caían bien -y en cambio este sí ¿no?, ¡ábrele las piernas, entonces!, qué esperas...- Él sonrió; indudablemente estaba de suerte, apenas hacia unos meses atrás que su esposa Zenaida se había ido llevándose a sus dos hijitos, apenas estaba superando esa ausencia y ya había intentado, varias veces, en este mismo parque, abordar a otras tantas muchachas, y nunca le había funcionado la estrategia, hasta hoy. Ella también sonreía, sólo porque no sabía exactamente qué decir -qué más, "hazme tuya, hazme tuya", ¿no era eso lo que querías?-, pero no quería simplemente despedirse, porque eso significaba no volver a verlo nunca más, y él no era mal parecido, algo mayor, claro, pero tenía los ojos tan bellos... sería interesante conocerlo un poco al menos, ¿le gustarían las películas? Los dos se reían en vista de que ninguno tenía nada que decir; era una situación absurda, pero al menos había una situación, no estaban bien ni mal, pero ahí estaban, los dos, juntos... Los árboles estaban despojados de sus hojas y parecían avejentados o moribundos, pero volverían a reverdecer, a robustecerse, cuando llegara septiembre — o podrían no volver a reverdecer jamás, eso no estaba escrito, o si lo estaba, podría tacharse y escribirse otra cosa. Todo era posible ¿o no?-. Ella hizo un ademán de levantarse y él la imitó, ella se rió por eso y él se rió también -qué par de imbéciles-, no le dio tiempo de levantar sus cuadernos y los levantó él, ella se rió más, pero permitió que se los llevara mientras lo precedía por la vereda empedrada cubierta de hojas secas que giraban a merced del viento. Él, siempre sonriente, se puso los lentes

oscuros -pese a la negra tempestad que se avecinaba-, pues rara vez se los quitaba, y se fue, siguiéndola -como un perro tras la perra, cómo más sino...-

El narrador se dio por vencido, ¡cómo lo iba a estar interrumpiendo así!, sin dejarle hacer su trabajo, por muy Autor que fuera, no pues, así no se podía continuar. Él siempre estaba saliendo con sus cosas, siempre modificándolo todo cuando ya estaba así determinado por él mismo, volviendo a empezar una y otra vez, sin poder acabar jamás, metiendo sus ideas en donde no debían ir, como pegotes, interfiriendo con la narración, arruinándola, y ahora hasta se le daba por emitir sus opiniones, como si a alguien le pudiera interesar conocerlas. El narrador ya estaba harto de tanta interferencia. El Autor lo mandó a callar, ¿de qué se estaba quejando ahora este imbécil?, ¿no podía cerrar el hocico de una vez? No lo dejaba escuchar la emisora de tangos con esos sus lloriqueos. Miechi, cómo lo aburría este carajito, mejor optó por incrustarse más los audífonos en las orejas...

*

Había que empezar por el principio. Primero, una mujer, ya bastaba de que le estén diciendo solterón maduro, maricón seguro y esas cosas... ¿Una mujer? Está bien, ¿cómo desearía Ud. que fuera ella? ¿Eh?, ¿y tú quién demonios eres? Yo estoy para contar lo que Ud. me diga. ¿Qué?, ¿acaso piensas que no soy capaz de contar algo por mí mismo? Es que esto es así, Ud. no puede contar directamente, sino a través de mí. ¿Y qué tal si te informo que voy a patearte en las bolas si no te marchas? Entonces no podrá contar nada. ¿Queé, tú piensas que no?, me canso, ganso, escucha...

¿Y?, ¿por qué no se me escucha nada? Ya se lo dije, yo soy como su amplificador. Maldición, eso no es verdad. Ya lo comprobó ¿no es cierto?... ¡Miéchica, sí! ¿Pero no comprendo por qué debes ser el único al que se le puede escuchar? Es que ése es mi papel; pero no se preocupe, sólo diré aquello que Ud. desee que diga. Ah, bueno, si va a ser así... ¿Cómo quiere que sea ella? ¿Quién? ¿No dijo que quería crear una mujer primero? Ah, sí; pues cómo más ha de ser sino linda, rubia, alta, una magnífica nada menos... Pero, aguarde un momento, ¿no le parece exagerado querer una magnífica?, tendría que ser un poco realista ¿no le parece?, tendría que pisar tierra, no ser un cosmonauta. Pero de qué estás hablando, ¿no entendiste que aquí *todo se puede*?, no leíste el manual o qué; al contrario, no hay por qué limitarse, no hay que ser conformista, si ya lo he sido toda mi perra vida, ahora es el momento de darme el gustito y crear a la mujer de mis sueños, ¿por qué no? Además, cuando haga el personaje que me represente a mí, yo tampoco voy a quedar así ¿cachas?, también voy a hacerme unos retoques estilísticos que ni Brad Pitt, chato. Bueno, redondeando entonces, dígame cómo va a ser ella. Súper linda, extremadamente rubia, el doble de alta, ¡puta!, una magnífica es poco todavía...

Se lo había advertido, pero Ud. no me hizo caso, las cosas no funcionan así. Tenías razón, oye, es demasiado linda, no puede ni moverse, porque con semejantes tacos aguja que calza podría fracturarse un pie ¿no?, o sino se le despeinarían los rulos del jopo que tanto trabajo costó hacer, o se le desacomodarían los senos silicónicos, ¡pucha!, en estas circunstancias tendríamos que llevarla cargando a todo lado, y con lo grandota y bien dotada que está, ni entre los dos ¿no ve? ¿Me permite aconsejarle? A

ver, dime. Qué tal si mejor empieza por el protagonista. Mmm, mejor ¿no?, por el principio, claro pues, tienes razón. Pero hay que ir muy atrás ¿entiendes? Para que mi personaje no desemboque en la cagada de vida que tengo ahora, no tiene que ser el mocoso que fui, sino otro. Entiendo, ¿cómo va a ser su protagonista? Inteligentísimo, porque yo siempre fui un tarado, lindo, porque siempre fui un cara de poto, y forzado, porque siempre fui un alfeñique. Pero, por favor, ¿no aprendió nada de la experiencia anterior?, ¿no vio lo que sucedió con la chica por exagerar? Pero ésta no es ninguna exageración, qué tiene de malo que él sea todo lo que yo no he podido ser. Nada, pero su protagonista suena artificial, no es creíble que exista alguien tan perfecto. Entonces, qué, ¿debe ser igualito a como fui yo? ¡Tampoco!, un protagonista no tiene que ser como un muñeco calcado. Póngase a pensar, si su creado fuese como usted fue, sólo iría a contar su misma historia, y eso no tiene gracia, ¿no le parece?, para qué repetir algo que ya conoce de memoria.

... Pero, no, un momento, tú me estás mamando, ¿no es éste el territorio de las otras posibilidades? Mmm, bueno, sí. ¡Eso es precisamente lo que decía en el manual! Entonces, aunque el protagonista se me pareciera, eso no quiere decir que tiene que pasar por lo mismo que yo ¿o sí? No, no necesariamente. Eso mismo, a eso me refiero, a él tendría que irle genial, y ésa sería precisamente mi revancha, que a uno igualito que mí no le pase toda la porquería que me pasó sino otras cosas mejores, de eso se trata este asunto ¿o no? Sí, sí, pero ¿a dónde quiere llegar? Ya que el personaje no puede ser perfecto porque dices que suena artificial, quiero que sea igual a como fui yo, así, una mierda, no importa, pero que lo perfecto en este caso, sea todo

lo que le vaya a suceder ¿entiendes? Mmm, sí, pero no estoy muy seguro de cómo pueda resultarle esto, lo mejor es tratar de que la ficción no se parezca a la realidad. A ver, primero dices que cree un personaje, pero consideras mi creación exagerada, y cuando recorro a un modelo real, normal, tampoco lo aceptas, ¡qué putas quieres entonces! ¿No dijiste que harías todo lo que yo ordenara? Sí, pero... ¡Pues ya deja de estarme censurando todo, maldito imbécil! Es que no debe olvidar que no va a crear un solo personaje, sino varios, puede repartir en todos ellos un poco de lo que a Ud. le gustaría ser, y, así sería más creíble, ¿no le parece? Mmm, vaya, sí, tienes razón, ¡eso es!, no eres solamente un maldito hablador, tienes muy buenas ideas a momentos; que sean varios personajes entonces... Pero, bueno, ya nomás pues, ¡manos a la obra! Escucha bien lo que tengo en mente para que no hagas lo que a ti se te ocurra sino lo que yo quiero hacer...

¡No!, ¿estás loco?, no me identifico con él para nada. Claro que es inteligente, el mejor alumno, abanderado y todo eso, pero sólo ser un buen estudiante, sacadorcito de buenas notas, no sirve para nada en la vida, yo lo sé; además, tan sumiso que es, todo lo soporta, siempre inclinando la cabeza, dejándose arremeter hasta por las arañas, nunca se defiende, nunca explota... así era yo cuando era chico... ¿Eh? ¿Qué entonces es mi alter qué?... Y eso ¿qué es?... ¡A la mierda!...

Éste sí que es macho, de bolas, así me habría gustado a mí ser, sacar la mierda de canto, changos, changas, igual, todo el que se lo merezca, ch'allaj, ch'allaj, sin asco, reventándoles sus hocicos, carajo. Pero... un cachito cojudo ha resultado ¿no?, sin

seso... ¡Ajj, vos pero me dices, "hay que equilibrar, no va a ser veromisil" y todas esas cosas!, por eso pues ha salido así: bien mastuco pero burro... ¿Qué?... Eso pues, "veromisil", qué cosa he dicho sino...

Linda, linda, bien está. Ésta sí que va a crecer buenota ¿no? Así yo hubiese querido una hembrita para mí pues, no como esas ñojas que pululan por aquí. Sólo que medio sonsa resultó ésta también ¿no?; pero así nomás tenía que salir para compensar su belleza y todo eso ¿no ve?... Oye... y... ¿será que puedo... ahh... hacer... mmm... que esta ñata... mmm... me quiera, que se enamore de mí? Al fin y al cabo yo la he creado ¿no?, yo la he hecho así, hermosa, por gratitud al menos me debería dar un poco a mí también ¿no crees?... ¡Ajajaja!, sólo estaba diciendo para ver tu reacción, ya sé pues que no existe, qué tan imbécil crees que soy. Sí, sí, ya sé, ya sé, es imaginada nomás, ser de ficción, ser de ficción...

Ha salido un capo este chango, caray. Mujeriego, tan ch'iti y ya se ha jabonado a varias. Yo nunca he podido ser así como él, mucha vergüenza me daba hablar siquiera con las ñatas, pero éste, caperuzo ha resultado, buena pinta, platudo, inteligente, qué más podría querer. Sólo que muy maldito, así con la mente medio criminal ¿no?, hace dar tuca a ratos. ¿No será un poco exagerado?... Ah, ¿existen siempre así otros personajes? ¿Hiper cómo?, ¿¿hiperbólicos se les dice??... Ajj, vos siempre con cada huevada que sales, hablador, ¿no puedes llamar facilito nomás a las cosas?, vos serás el hiperboludo aquí, maldito imbécil, caray...

*

El Autor mandó a callar al narrador porque ya bastaba de narraciones cursis. La había

estado esperando en el parque toda la tarde, pero cuando por fin llegó, ni lo había mirado siquiera, en cambio a ese otro cualquiera, que se presentó quién sabe salido de qué infiernos, sí. Miéchica. Los vio alejarse. Cuán de prisa alzaban vuelo. La emisora de tangos difundía: *La encontró en el bulín y en otros brazos.* Y aunque en su opinión, Estefy no era más que una perra, tuvo que reconocer que era linda, bella, sobre todo cuando sonreía, pues sus ojitos se le achinaban y sus pómulos se le hacían más pronunciados, y aunque carecía de dientes al costado de los caninos, ello no disminuía para nada su belleza. Se descubrió mirándola fijamente, detenidamente, cada paso suyo, cada movimiento sinuoso, como siempre, sin que ella se diera cuenta jamás... Y ahí detrás iba ese otro, como un perro tras la perra.

Vaya, vaya, conque el tipo de los lentes oscuros atacaba de nuevo. ¿Por qué no se había encargado de él si estaba en la lista roja? Sí, sí, así eran las cosas, si el Charly se jactaba de tener una lista negra, por qué él no iba a tener su lista roja, si era el Autor nada menos, podía hacer lo que quisiera, ¿o no? Y allí, encabezando su lista, estaba el tipo de los lentes oscuros nada menos; pero entonces, ¿cómo se le había escapado ese pájaro al cazador? Casi todos los de la lista roja, habían sido ejecutados por su largo brazo de la venganza, el Monki 2. Porque, claro, si el Charly lo tenía al Naif, él lo tenía al Monki 2, sólo así las cosas podían estar equilibradas. Y este Monki 2, se había encargado puntualmente de la Loca, del propio Naif, mas ¿no del tipo de los lentes oscuros?, ¡pero si se le había dado esa instrucción hace años! ¿Se habría acobardado el Monki 2? N000, ni pensarlo... Aunque... ja ja, había olvidado lo torpe que era el Monki 2. Sólo se le instruyó que se encargara del regente, ¡pero no se le dijo

cómo!, y ese bobo se había encargado de bajarle los humos pero nada más, no lo había aniquilado, el burro. ¡Qué calamidad! Ahora ya nada se podía hacer, el alqamari volaba libre, y encima se llevaba consigo nada menos que a su paloma. *Sin embargo, canchero y sin cabrearse,/ le dijo al tiburón: Puede rajarse;/ el choma no es culpable en estos casos.*

Su paloma. ¿Por qué siquiera la consideraba suya, si ella nunca se había dignado en acordarse de él? La muy ingrata, que luego de que le dio vida, de que le sopló el hálito creador, de que le regaló movimiento, tan luego se vio libre, voló, voló y voló. Tanto tiempo después, ella no era todavía capaz de comprender que su existencia, su belleza, su irresistibilidad, se debían a él, a su Autor, maldita perra, ¡había sido él quien la había hecho para las pasarelas, quién más sino!, y sólo a cambio de que estuviese todo el tiempo únicamente pendiente de él, ¿acaso era eso mucho pedir? Pero ella se hacía a la desentendida, a la loca, y por el contrario, se involucraba con los personajes más inverosímiles, y a él, al único a quien debía venerar, ni lo recordaba siquiera. Si hasta se había arreglado nada menos que con la Mamita a ver, con eso ya se decía todo. ¡Cómo pues con la Mamita! El Autor, no teniendo al Monki 2 a su servicio, por encontrarse éste en la cárcel, tuvo que usarlo al gordo Mano Larga para sugerirle subliminalmente (ya que ese gordo nunca había sido su amigo, siempre había optado mejor por mantenerse a prudente distancia de su larga mano exploradora), que la Mamita sería el único que lo querría tan gordo y feo como era, que no podía permitir que se lo quite esa changa acaparadora. Y el gordo Mano Larga, bruto como era, en vez de ponerse a disputar por la Mami, mandó a la porra "a ese maricón de mierda".

La Mami, que había decidido hacerse macho y por eso se había arreglado con Estefy, reaccionó, afortunadamente, en contra, le aterró la idea de perder definitivamente a su marrano, le asustó que todo se acabara así, ya no habrían más esos encuentros esporádicos y secretos, ya no lo tocarían más las manotas grasientas del Mano Larga, ¡ah, eso no!, y se desgañó llorando y suplicando al gordo que no lo dejara. Pero éste, que vio a su vez la oportunidad de hacerse macho también, como debía de ser, despreció a la Mami, lo llamó q'ewa, maricón, cochino, y por último le dio una paliza para que no volviera a buscarlo. Nadie pudo prever lo que sucedería, pero la reacción final de la Mami al menos lo alejó definitivamente de Estefany, que era lo único que el Autor quería. *Al quedarse bien solo con la mina,/ pidió las alpargatas, y, ya listo,/ murmuró cuál si nada hubiera visto:/ Cebame un par de mates, Catalina.*

¿De dónde creería ella que las cosas le resultaban bien? ¿De la nada? Él la había protegido siempre... bueno, sólo una vez se había descuidado, y el Charly había aprovechado para enviarlo al Naif a "cobrarse lo que era suyo"... pero es que tampoco podía estar en todo, ¡él no era Dios! Además, justo en aquella época estaba ocupado, viendo la forma de liberar al Monki 2 del reformatorio, a donde lo habían enviado por el asunto de la Loca; habiendo cumplido bien su trabajo, no podía dejarlo abandonado a su suerte. Pero se había complicado todo, ¿cómo sacarlo sin alterar significativamente la historia?, hubiese tenido que empezar de nuevo, y su narrador ya estaba harto de empezar tantas veces de tan distintas formas esta ridícula historia, y tenía razón, también él quería dar fin con ella lo antes posible... Sí, sí, sólo esa vez no había podido proteger a Estefy del bastardo del Naif, el bruto ejecutor del Charly, que hasta le había

fracturado el brazo a la pobre, al someterla a sus infamias, con una llave romana de por medio.

Pero, bueno, ¿acaso después no le había instruido al Monki 2 que se encargara del Naif una última y definitiva vez? Y lo había hecho ¿no? ¿Al Charly? Sólo era cuestión de tiempo para ponerle el largo brazo de la venganza encima. Es que ése individuo se amparaba en sus caudales, también, y se había ido al exterior hace tiempo, donde había fundado incluso su propia empresa cinematográfica con el ostentoso nombre de By Important Person, qué mier... Ése era el poder del dinero, que el Charly tenía a manos llenas. ¿Qué iba a hacer?, ¿ir por él hasta allá? No. Tampoco se trataba de escribir que el Monki 2 viajaba a encargarse del Charly y listo; era muy complicado; por ejemplo estaba el asunto del avión, con todo y aeropuerto, y la aduana y los pasaportes y hasta los pilotos y las azafatas, prácticamente un capítulo más, eran demasiados detalles, la gasolina por ejemplo, debía ser específica de aviación, sino la cosa no funcionaba. ¿Y la plata para el pasaje? De dónde la iba a sacar un pobre diablo como el Monki 2. Claro, el Autor se la podría dar, toda la que quisiera, pero con qué pretexto, había que cuidar la credibilidad de la historia también, y el chango de los billetes en la historia era el Charly no el Monki 2, no podía hacerle heredar un dineral o ganar la lotería así como si nada, la cosa no era tan fácil como uno podría creer, era fregado ser Autor. Además, lo peor era que ahora no se iba a poder sacar al Monki 2 de la cárcel, ni siquiera del reformatorio se pudo, mucho menos se podría ahora. *La grela jaboneada, le hizo caso./ El tipo, saboreándose un buen faso,/ la mateó, chamuyando de pavadas...*

Allá a lo lejos, se perdían del alcance de la vista, la Estefy y el tipo de los lentes oscuros; si sólo tuviese un fusil... Pero bueno, tampoco iba a estar buscando encargarse de todo aquél a quien le sonriera esa perra (¡a todos, menos a él!), debía encontrar alguna solución más efectiva. Al fin y al cabo, sea como fuera, con altibajos, pues nadie era perfecto, él se había encargado siempre de allanarle el camino: nunca había permitido que adquiriera enfermedades sucias, ni que su belleza decaiga un ápice, nada de arrugas ni de rollos, ni siquiera mal aliento, ¿acaso eso era poco? Pero ella a cambio, NADA. Incluso, sin escarmentar por aquello que le había pasado con el Naif, en vez de ser más cauta, más precavida luego de eso, en vez de volcar sus ojos sólo hacia él, hacia su Autor, que le brindaría la estabilidad que ninguno más podría, se había vuelto una perra calenturienta, una *hot dog*, una insaciable de la que todos se aprovechaban. La pobre. Hasta parecía tener un letrero fosforescente, encima de su cabeza, que anunciaba: Bonita, Ingenua y Pelotuda...

Ése no era el tema, sin embargo; en lo que a él concernía, ya estaba harto, ojo por ojo, carajo, había que darle un escarmiento a la petulante indiferencia, *y luego, besuqueándole la frente,/ con toda educación, amablemente,/ le fajó treinta y cuatro puñaladas.* ¡Así!, algo así, drástico, efectivo, de bolas, él también tenía que darle un digno fin a su historia, como ese cantante de la arcaica emisora de tangos, un rutilante *the end* a TODO, y, de ser posible, antes de que acabara el presente capítulo.

Había llegado a la edad madura y no era nada, ni siquiera un obrero eficiente o un esposo abnegado, o un padre de familia por lo menos. Nada. Su jefe, don Carlos, le

solía decir, ya pues, hasta cuándo vas a trabajar de ayudante, oye; comprate tus herramientas, te vamos a ascender a contra maestro aunque sea, los changos son los que tienen que ser ayudantes, cómo pues vos. Y el enano del capataz, como siempre, metía su hocico donde no lo llamaban, pero Inge, decía, para qué va a querer este cojudo ser maestro, para qué va a ganar más si ni mujer tiene para darle, y movía la pelvis, el cochino, matándose de risa a coro con don Carlos.

Ché, hermanito, le decía don Carlos, ya encendida la picardía, con la sonrisa en los labios, ¿vos no serás uva chilena?, ¿sin pepas? Y todos los trabajadores se morían de la risa. Nadie lo respetaba, todos lo habían agarrado de su ovejita expiatoria.

Don Carlos era todo lo contrario a él, adinerado, arquitecto, felizmente casado, padre de un hijo piola de 14, que a veces hasta venía manejando la camioneta de su papá, trayendo el cemento a la construcción, avispado el chango, bien parecido, carismático. En confidencia, él no hubiera querido ser como don Carlos, sino como ese chico. Qué demonios, si desde pequeño hubiese sido así, extrovertido, simpático, con personalidad, de mayor hubiesen tenido que inclinarse a sus pies todos, hasta don Carlos, qué caray. Pero la realidad era que él era un hombre que todos los mediodías iba a la pensión, metía la cuchara, mascaba y tragaba, entraba al baño, pedorreaba y cagaba, así de común, así de nadie, ninguno... A no ser que...

Él no era tan palurdo como aparentaba, había leído sus buenos libritos, campeón de concursos de lectura en la escuela, declamador inclusive, de la talla de los de la Duchén de Córdova nada menos. Pero eso aquí valía un comino, se limpiaban el trasero con las oscuras golondrinas de Bécquer; si no trabajaba todos los días como

bestia de carga, no valía nada, así de simple; si no jugaba fútbol los sábados y metía goles y rajaba algunas canillas por lo menos, era apenas excremento puro; si no se embriagaba hasta perder la conciencia el primer viernes de cada mes, cuando q'oaban la construcción, era poco menos que un pobre imbécil digno de compasión, y si no contaba sus aventuras en las que hubiese desflorado una nueva chica cada vez, ah, entonces era un gay.

Por eso, cuando alguna vez comenzó a hablar de Jorge Amado o de Richard Wright, los autores más rudos que conocía, dejando de lado a la Mistral y a Sor Juana, igual lo empezaron a ver sospechosamente, como si sólo estuviera añadiendo una rareza más a las muchas que ya tenía. Así, para que no lo estén tildando de mariconcito leedor de libros, no hablaba más con nadie de esta su secreta afición. Pero seguía leyendo. Cuando no tenía muchas deudas y ya había pagado la pensión, el alquiler, el agua, la luz, el gas y todo eso, se compraba uno o dos libritos del barrio chino. A veces le achuntaba y leía cosas buenas, pero a veces sólo puras marranadas, y estas últimas eran de las que más abundaban. Revendía rápido estos libros o los regalaba a otros más idiotas que él. Una vez incluso le regaló uno de estos libros al propio don Carlos, con motivo de su cumpleaños, y el ñato ¡lo leyó! y vino luego a comentarle de qué se trataba y todo; él sólo asentía, haciendo como que también había leído el librejo, pero se enteró del contenido por las charlas de don Carlos, y no se había equivocado al dejarlo en las primeras páginas, era una reverenda porquería. Por eso sería que don Carlos lo trataba con alguna deferencia, como si pensara: éste tiene cara de indio, pero no lo es tanto si lee. Menos mal que no le hacía bromas de eso y nadie más

estaba enterado de ese secreto defecto suyo.

Fue en uno de esos libritos ridículos, un manual de *Cómo ser Autor en un abrir y cerrar de ojos*, donde leyó que sólo en la literatura podía uno lograr lo que no había podido en la vida real. No importaba que uno fuera un pobre diablo, como él, porque en la ficción podría ser el más astuto, el más valiente, el más ricacho. Los escritores se vengaban en sus obras de todas las cosas que no había podido conseguir en sus vidas de verdad, allí podían hacer lo que quisieran, nadie podía impedirles ser o hacer nada, podían ver más allá de lo evidente, ser los amos de su universo. Por eso es que decidió que él, que hasta ese momento había sido un furtivo lector de libros, ahora pasaría a ser un furtivo Autor, y cambiaría el orden de las cosas actuales, para que en su historia no volviese a ser el nadie que era ahora, sino todo lo contrario, un triunfador, qué demonios, como hubiese tenido que ser siempre.

-Qué es lo que estamos esperando, señor.

-Ah, mi querido amigo, este río que aquí ves es el más tétrico que podrás conocer jamás.

-Sí, sí, debe ser, señor, pero hace mucho frío aquí, ¿no quiere que mejor nos vayamos nomás?

-A esta hora del crepúsculo siempre viene algún propietario con su perro, es cuestión de esperar un momento solamente, hay que tener paciencia...

-(Brrrr) Mejor podríamos ir a tomar una sultanita caliente al mercado, ¿no quiere?, no se preocupe, yo pago.

-Ja ja, no, amigo, no. ¿Por qué te interesas por esas cosas insignificantes? Escúchame bien, el dinero no es importante, yo podría dártelo a manos llenas si es que tanto te interesa, pero mejor no te preocupes demasiado por esas minucias.

-(Tiene la ropa andrajosa, su corbata es una chalina nomás, se ve que no se alimenta bien y ¿está dispuesto a darme dinero a manos llenas?)

Dígale de una vez lo que debe decirle, que ya lo está viendo como si Ud. estuviera loco. Esperá vos, hablador, con calma, con calma se hacen las cosas. Claro, calma, calma, después Ud. nomás es el que se desespera... ¡De qué me desespero yo!, ¿eh?, de qué; mejor cerrá el pico, imbécil.

.Fijate, muchacho, qué te dije, ahí viene uno con su perro, ¿te dije o no te dije?

-Sí, sí, me dijo... (¿?)

.Lo trae sujeto con una cuerda. No parece ser muy viejo ni tampoco estar enfermo, entonces sólo deben estar haciendo espacio en la casa. Debió nacer una nueva camada o compraron un perro nuevo, por eso éste ya es innecesario.

Oye, imbécil, ¿por qué se ve más joven que yo?, recuerdo que en el colegio él me llevaba al menos con dos años y ahora pareciera que le doblo la edad. Es que Ud. ha vivido dos veces, ¿recuerda?, es por eso. ¡Ajj, qué maldita bufonada, carajo!

-Observa, muchacho, cómo amarra esa piedra al otro extremo de la cuerda, no mira al perro para no condolerse, actúa rápido, no quiere dejar lugar a la compasión.

-(Verdad había sido, pero... y ¡qué tiene!, cada día mueren un montón de perros, atropellados, ahuecados, a palos...)

Dígale de una vez. ¡No!, ¡esperá!...

-Y allí va, ¿ves? cae a plomo, jalado por la piedra, y se sumerge en las aguas negras que se lo devoran con placer. No volverá a aparecer.

-(¡Diablos, qué frío! ¿Por qué será tan importante para él que veamos este perricidio?)

_Es un método realmente efectivo, mejor que el veneno o la muerte por estrangulamiento, porque al mismo tiempo se deshacen del cuerpo ¿te das cuenta?, en cambio si lo mataran de alguna de las otras maneras, todavía tendrían que cargar el cadáver hasta el río, que de todos modos siempre es la sepultura de los indeseables.

-Pero... ¿y nadie reclama, nadie hace nada? ¿Y las autoridades?

_¿Para qué? ¿Tú estarías dispuesto a alimentar a esos perros condenados a muerte, a cuidarlos, a darles cobijo?

-No, yo no he dicho eso sino...

-Eso es, agua que no has de beber... Si nadie se interesa por la vida de estos perros, que nadie se interese por su muerte.

_(Este cuatecito está zafado, parece, en mala hora me ofrecí a ayudarle).

_Pero eso no es lo más curioso, mai amigo, existen seres humanos que son como perros, ¿sabías? están completamente desahuciados, a nadie interesan, por eso varios de ellos corren la misma suerte de ese perro que acabas de ver, son piadosamente empujados al río, con todo y piedra incluida.

-Pero eso no puede ser, señor, cómo me dice que eso sucede con tanta tranquilidad, ¿está hablando en serio?

-Por supuesto, mai amigo, ¿por qué te parece tan extraordinario?

-Es que no puede ser, cómo va a morir la gente como si fueran perros...

-¡Pero es que viven como perros!, todos los días deambulando, buscando trabajo, comida, un traguito, una hembra pa' tirar, ¡y no encuentran nada!, ¡no tienen nada!, ¡a nadie!, ¿entiendes?

-(¡Glup! ¿Me conocerá este cuate de algún lado?)

-No tienen nada que envidiarle a los perros, te lo puedo asegurar. Una vida así no tiene sentido y al menos pueden darse el lujo de que su muerte sea todo un espectáculo final ¿no te parece?

-No sé, señor, yo no...

-También yo soy como un perro, mal amigo, sin poder ir a donde me plazca, estático, sólo escribiendo huevadas, comiendo cualquier porquería, y lo peor, completamente solo, sin nadie a quien le interese. Yo también merezco morir así...

Va a pensar que lo que le está pidiendo es que lo empuje al río, lo va a hacer escapar. Dígale de una vez lo de la misión, dígale que le va a pagar, lo que sea, pero rápido, dígale que... ¡Callate, carajo!, dejame hacer a mí las cosas.

-¿Y tú, mal amigo?

-Perdón, cómo dice... ¿qué?...

-Tranquilo, hombre, tranquilo, ja ja, sólo te preguntaba cómo crees tú que mereces morir. ¿Aquí en el río?, o es que acaso eres rico, bienaventurado e importante.

-No, no... eh... yo no... no soy importante, pero tampoco creo que merezco morir así, como un perro ¿no?, tampoco así.

Por favor, dígaselo ya, encárguele la misión de una vez, dígale la verdad, que Ud. es

su creador, que tiene que obedecerlo y hacerse cargo de su archienemigo, pero ya, dígame de una vez. ¿Qué?, ¡estás loco!, ese archienemigo como le llamas es el único resabio que quedará de mí, ¿no te das cuenta? Todos los demás están desplazados, fuera de servicio, ¡kaput!, sólo en ese individuo me prolongo, cómo crees que voy a disponer que se hagan cargo de él, debes estar tarado. Si él camina, corre, salta, es como si yo lo hiciera, ¿no lo entiendes?, ¡si tú mismo lo dijiste! Es mi alter ego, mi alter ego... Vaya, ¿ahora admite que su alter ego es un criminal? ¡Él nunca hizo nada en persona!, es demasiado inteligente como para cometer un error semejante, por eso es respetado, ¿no ves?, rico y encima un adonis, ¿no es ése acaso el ideal de toda persona, lo que todos quisieran ser?, hasta tú, no te hagas...

-Señor, ¿podemos irnos?, ya está anocheciendo y dice que en las noches muchos maleantes vienen a dormir al Río Lindo. Cuidado que nos estén asaltando todavía.

-De qué tienes miedo, pecador, si estás conmigo, nada te va a pasar.

-¿Pecador? Pero por qué me dice así, yo qué le he hecho.

-Sé lo que has hecho en tu vida, yo lo sé todo, ¿no eres acaso tú el famoso José Gregorio Pozo?

Ya lo hizo asustar ¿ve? ¿Y para qué le dice ahora cualquier cosa si ha decidido no hacerle nada a su "alter ego", que hasta hace un rato nomás era su archienemigo?

Debía permitirle que se vaya nomás si ya no le va a servir para hacer aquel trabajo. Tú eres el único que no me sirves para nada, carajo, siempre cotorreando, sin aportar una solución, sin darme ideas al menos. Pero... si yo era el que le estaba diciendo que...

Ya, carajo, a callar. Yo no entiendo de qué ha servido crear una historia más, donde

son desplazados o anulados los mismos de siempre y quedan a buen recaudo e impunes... ¡Silencio, he dicho!

-No te asustes, mai amigo, ¿acaso no escuchaste cuando dije que yo puedo darte cualquier cantidad de dinero? Y no me creíste ¿no? Pues mira, yo puedo hacer cualquier cosa por ti, hasta conseguirte una hembra para que con ella te vayas lejos, donde nunca nadie más los vea, pero donde estén los dos juntitos. No tienes mujer, ¿verdad?, nunca la tuviste.

-N-no, yo creo que me está confundiendo, señor, no sé de cómo se habrá enterado cómo me llamo, pero claro que tengo mi mujer, y como ya es muy tarde me debe estar esperando, porque a esta hora siempre llevo del trabajo todos los días, así que tenemos que irnos ahorita si quiere que lo ayude a salir de aquí. Además, ya van a llegar los maleantes y...

-¡Mentira! No tienes trabajo y no tienes mujer, no le importas a nadie, ¡eres un perro!

-¡Señor!, yo he aceptado ayudarlo, por hacer un bien, y le he traído hasta aquí, pero mejor será que me vaya nomás, porque Ud. en vez de agradecerme me falta el respeto. Qué le pasa pues, sólo porque está en esa...

-¿Te acuerdas de Serguei Lila, pecador?

¿Qué va a hacer? ¿Qué le va a decir? Ya no le diga nada, déjelo que se vaya...

-Soy Autor, ¿entiendes?, escribo historias, y puedo escribir la historia de las cositas que tú, Gregorio Pozo, hacías con Serguei Lila.

-Pero, señor, ¿de dónde me conoce Ud?, ¿de qué se trata esto?

-Esa historia la va a leer mucha gente, todos se van a enterar. Qué, ¿pensaste que

nadie nunca iba a saber de eso?, ¿que podías salir impune de aquellas marranadas tuyas?

-Señor, señor, no sé quién es Ud. y no sé cómo se ha enterado de todo eso, pero por favor, no tiene que escribir nada, porque... yo he cambiado, ¿no me ve? Ya no hago más nada de aquello.

Pero, déjelo que se vaya, no lo atormente más, ¿cómo es que decide dejar en paz al que realmente le arruinó la vida y, en cambio, acosa a éste infeliz que no le hizo nada?

-No escriba nada de eso, por favor señor, le ruego, le suplico...

-(Ja ja, por qué le interesará tanto que nadie se entere si nadie lo conoce, no tiene familiares, ni amigos, ¿será que aún cree el iluso que importa algo, que podría importarle algo a alguien alguna vez? ¡No, si yo no lo deseo!)

-Por favor señor, yo puedo hacer cualquier cosa para Ud., sólo tiene que decirme, pero... por fa-vor... no escri-ba nada de e-so...

Ya lo tengo en mis manos, ¿ves, hablador? Así se hacen las cosas. Oh, yo no entiendo nada de nada, qué será lo que está tramando Ud. Qué vas a entender vos con esa cabeza de pajarraco que tienes...

-Calma, calma, mai amigo, tampoco hay que ponerse así, ¿no que eras macho, no dijiste?... Y por qué esas lágrimas entonces. Escucha bien, la cosa es simple, tú has visto cómo mueren los perros en el río ¿no es cierto?

-¿No es cierto?

-Aj-á... ajá...

..Pues bien, ¿no te parece una muerte digna para un perrito a quien nadie quiere, que no le importa a nadie, que no vale nada, que se muera rapidito, así, en un abrir y cerrar de ojos?, ¿mmm?, ¿para que deje de sufrir?

-Ajá... ajá...

..¿Tú harías eso por un perrito abandonado del mundo? ¿Ayudarlo a morir bien, empujarlo al río con todo y su piedrita amarrada al cuello?

¿A dónde quiere llegar?, ¿qué está maquinando ahora? ¡Chss!, escucha y aprende, imbécil.

-Sí, sí, yo hago lo que Ud. me diga...

..¡Bien! Buen chico. Pero, qué tal si en vez de un perro, se trata de un hombre que vive como un perro, como esos de los que te hablé, ¿no lo ayudarías a él también, para que deje de sufrir una lástima?

-(Ahh, talvez quiere que lo empuje a él, por eso me debe estar diciendo todo esto, ¡quiere que lo ayude a él, fucha! Con tal de que no escriba nada sobre mí, lo empujo ahorita mismo si eso es lo que quiere).

No, no. No puede ser, dígame que no está pensando en.

-Sí, sí, yo le ayudo en lo que sea...

..¡Eso es! ¡Así se habla, my amigo!... Mmm... pero... y... qué tal si en vez de perro fuese una perra...

Hacía mucho frío, era hora de irse ya, pero él solo no podía avanzar con facilidad por los senderos empedrados para salir de aquel parque. Cuánto deseó que el Monki 2

estuviera allí para darle un empujoncito, era tan fuerte que podría haberlo hecho con una sola mano. Pero el Monki 2 estaba en la cárcel por matar al Naif, cuando ambos estaban prestando su servicio militar; allí habían remitido al Monki 2 del reformatorio, por incorregible escapista, y allí también el Naif había ido a refugiarse, huyendo de la justicia, luego del incidente con Estefany. Pobre güey, sólo había ido involuntariamente a su propio cadalso.

No había nadie en el parque a quién pedirle ayuda para que le diera una mano. Fue entonces cuando el Autor vio venir nada menos que al Mano Larga, ¡el Mano Larga! Hace tanto que no lo veía que prácticamente se había olvidado de él. Aunque no había ganado gran estatura, estaba tremendamente gordo y precisamente venía comiendo alguna cosa, sólo por clisé, era inevitable, un gordo siempre debe estar comiendo algo, no hacerlo sería transgredir los arquetipos de la ficción, al menos eso le había enseñado su secretario, el narrador, que no se le despegaba ni al momento de ir al baño, siempre tomando nota de lo que decía pues en eso consistía su oficio, pero al menos lo orientaba un poco porque él sí sabía bastante de estas cositas de contar historias.

El Mano Larga comía, sí, pero entretanto evaluaba su triste vida, sin trabajo seguro, solo, sin familia, sin amigos, olvidado del creador. Cómo envidiaba la suerte del Charly, compañero de curso y amigo suyo en algún momento, lo había visto recién en la tele y en los periódicos, era actor y director de cine en Argentina, tan chango, pero famoso, platudo, y cómo no, si era rubio y simpático, seguramente siempre estaba rodeado de chicas lindas, como antes, ¡qué suertudo! Él, el Mano larga, no tenía chica y nunca

había tenido, nadie lo quería así, gordo, chanco, petiso y morocho como era. Sólo una vez había conocido el amor, sí, aunque no se pudiera creer, alguien lo había amado una vez aun así como era, lo había cubierto de besos sin sentir asco, le había permitido tocar su suave piel con sus manotas mugrosas... ahhh, ¡qué feliz había sido, entonces! Pero no supo valorar a esa persona, y hasta se había avergonzado de ella. ¡Cómo iba a imaginarse que sería el único amor que iría a tener en toda su perra vida! Ahora recién la extraña y sueña con esa persona, todas las noches, siempre, pero ya no está más, cuando estaba con él, él no quería estar con ella, ahora, sólo quisiera tenerla cerca para decirle que la ama, no un poquito, sino un montón, pero que no lo abandone jamás, por favor, que no se mate, y que a cambio, sin importar lo que los demás dijeran, él, el Mano Larga, no le iría a quitar nunca más la mano de encima...

El viento frío hizo tiritar al Autor, así que aún temiendo que al Mano Larga no se le hubieran olvidado sus viejas mañas, lo llamó cuando éste pasaba, justo cuando había terminado ya de engullir lo que rumiaba. El Mano Larga oyó la petición y, no reconociendo a su Autor, aceptó gustoso ayudar a salir del parque a ese pobre inválido en silla de ruedas, con diente de oro, lentes oscuros, una chalina azul por corbata y unos bigotes, obviamente postizos. Se fue empujándolo hasta las cercanías del Río Lindo...

¿Qué era lo que había fallado? ¿Por qué vino a terminar siendo un parálítico? ¿Qué se había salido de control? ¿No que se trataba de una simple historia?, ¿no que terminaría mucho mejor de lo que era antes, ¡qué había sucedido! Y ahora, ¿no se podía volver al principio? Él quería volver a ser el mismo anodino ayudante de albaco

de antes, no le importaba que ganara tan poco, ni que se burlaran de él, ni que no tuviera mujer ni hijos, ni que nadie lo respetara... Jugaría fútbol más que nunca, rompería canillas si eso querían que hiciera, farrearía como ninguno hasta vomitar de todos los colores del arco iris, se volvería un conquistador de mujeres empedernido -ya le había copiado sus tácticas al Charly-. ¡Pero quería volver a ser el mismo de antes!, sólo eso, ¡no era mucho pedir le parecía!, ¿o sí?

Pese a que más que Autor se sentía un personaje, ya que, por ejemplo, cuando decidió hacerse crecer el bigote, sólo le salieron dos líneas de bozo arriba de los labios, ni más ni menos que si *alguien* se los hubiese dibujado; y, del mismo modo, cada vez que se rasuraba, no sabía por qué, tenía la leve sensación como de que la pelusilla de arriba del hocico se la estuviesen borrando con un jebe. Pese a ello, debía intentar hacer algo, una vez más: A ver, tú imbécil, toma nota de lo que quiero que cuentes, ¡y no quiero oír tus berrinches por tener que empezar de nuevo!: El primer día de clases, Gerardo Dinamita llegó corriendo al nuevo colegio en que estudiaría ese año... Un momento, señor. Y ahora qué quieres, carajo! Sólo quiero ayudarlo, escúcheme por favor: ese chico es al que siempre le ocurre lo peor. Ud. debería quitarle el papel principal, podría volver protagonista al Charly si es preciso, después de todo a ése no le ha ido tan mal, así podría acabar bien, como él ¿no le parece? Al fin y al cabo, él también es parte de su alter ego ¿recuerda? Vaya, qué milagro, estás iluminado, parece. Bueno, bueno, entonces que comience así: El Charly tomó impulso para aplicarle la bota en plena boca a ese vinchuca que intentaba huir... No, no, no me ha entendido, lo mejor sería ni mencionarlo siquiera, pues nada garantiza que

realmente el Charly se vaya a erigir en el protagonista de la historia estando aún presente el otro. Mmm... está bien, creo que tienes razón, habrá que deshacerse definitivamente de ese imbécil. Entonces: El primer día de clases, los estudiantes del Marcial Colegio les tributaron a todos los estudiantes nuevos el tradicional ch'as de bienvenida. Dirigía las acciones el apuesto Charly Mata, líder natural de la muchachada. Cuando la multitud de estudiantes se dispersó por obra del regente, que con su palo trataba de imponer orden en todo ese barullo, pudo verse en el suelo, sobre una mancha de sangre, nítidamente un diente... ¡Oh!, ¡señor!, ¡el diente!, es el diente, ¿no lo entiende?, Ud. no puede volver protagonista al Charly, porque él ya lo es, ¡le usurpó el puesto!, ¿no se da cuenta? ¡Qué me va a usurpar, imbécil, qué me va a usurpar un personaje a mí!, si yo tengo el control de todo, hablas huevadas, cerrá el hocico de una vez...

¡El diente!, maldita sea, ¡era eso!... Ahora entendía todo. ¡Nunca debió perderlo!, porque de cualquier modo, con cualquier giro de la historia, desde cualquier perspectiva narrativa, siempre su historia desembocaría en lo mismo. Se había alterado algo fundamental y ya jamás sería el mismo de antes, pues su historia pretérita se había modificado significativamente; antes era un perdedor, un don nadie, pero al menos tenía todos sus cochinos dientes en su lugar, ahora no, ahora era nada menos que todo un Autor, pero el precio había sido volverse un minusválido. Así era, así debía ser, para equilibrar las cosas, para ser verosímil, como acostumbraba decir este su narrador de mierda. Y toda la transformación de su vida anterior había iniciado con la pérdida de ese maldito diente, cuyo sustituto actual no parecía más que, ajj, una

pieza trucha de papel dorado. ¡Todo él no parecía más que un muñeco de papel a merced de los caprichos de algún otro que, así, jugaba con su vida!

Al parecer, una Rata diabólica, que no cándido el Ratón Pérez, que es de otro libro y no es perverso, había tomado su diente, su vida anterior, a cambio de concederle el deseo de cambiar su historia y crear otra, ésta; y por lo visto, había sido una transacción irreversible, sus sueños de ser otro habían desembocado en ser lo que era ahora, un paralítico que sólo con la imaginación podía lograr lo que quisiera, menos volver a ser normal, pues habitualmente los Autores no son seres normales. ¡Pero es que él no deseaba ser Autor para siempre!, sólo había querido jugar a ser creador un tiempo, y había sido interesante todo aquello, ser un Fabulador de Malsanas Historias, contar con su propio y bruto sicario personal, tener un enemigo tan maléfico y luciferinamente hermoso (pucha, qué original) y hasta una Dulcinea atarantada y putesca, pero ¡todo eso sólo lo había deseado por una razón que, al fin y al cabo, no había llegado a efectivizarse! ¿No invalidaba eso el intercambio del diente por el deseo?

Pero la Rata, quien fuera que sea la que se había quedado con su diente (pues él nunca había vuelto por aquel pedazo de calcio, sino que se había ido lloriqueando a su casa, el muy estúpido cobarde), debía de tomarse muy en serio los acuerdos y transacciones que hacía, puesto que lo que él había deseado era ser Autor para cambiar su historia, y, ahora, era Autor y su historia había cambiado ¿o no? La parte del trato de esa Rata mefistofélica estaba cumplida. Esa era la verdad.

¡Está bien, maldita suerte perra! Si era imposible emprender el camino de retorno para

volver a ser nadie (pero normal), y ya que no había conseguido que su historia fuera la deseada, al menos podría modificar el final ¿no?, eso sí era posible, ¿o don Rata iba a oponerse también a eso? Noo, qué descaro, tenía que dejarle concluir su historia como él quisiera, sin chistar, debía concederle su deseo hasta el final.

Las cosas cambiaban un poco ahora, debía hacer pagar a todos aquellos que lo hubieran perjudicado de alguna manera. Ahí estaba el Mano Larga, todavía, empujando su silla de ruedas y sin saber qué hacer con su vida infeliz, podría utilizarlo a él y hacer que su mano, por una vez, sirviera para algo más productivo que pellizcar sucios traseros: para erigirse en un largo brazo de la vendetta y empuñar el acero que debía ajustar cuentas, que requerían puñaladas para ser saldadas, como aquellas que vengaron sus piernas muertas (qué bah, el Monki 2 no lo enfrió al Naif tanto por lo de Estefany (después de todo esa perra se lo debió de merecer) como por haberle machucado las piernas con su bat y haberlo desterrado a esa silla de mierda).

Lamentablemente el Charly era un archienemigo digno, astuto, estratega, él nunca había hecho nada personalmente, al menos no le constaba, sólo había manipulado a los otros de acuerdo a sus deseos, ni más ni menos que si él fuese el Autor, ¡vaya! Pero le adeudaba lo de la extracción del diente y se lo debía cobrar tarde o temprano. El Mano Larga podía ir a Buenos Aires como costurero, había que convencerlo de que no tenía un futuro en el país y que lo mejor para él era emigrar; seguro que lo haría sin chistar pues era un sonso. Ya una vez allí, podría orientársele de modo que llegara hasta el Charly, de a poco, cuidadosamente, como aquel sombrío ejecutor de Trotsky. Pero antes había algo pendiente aquí. No no no, no podía dejarlo pasar por alto. Ante

todo, preservar el honor, no podía dejar que las ofensas quedaran así, impunes, sobre todo luego de que él se había jugado hasta su vida por ésa. Este Monki 2 pelotudo, había estado en el cuartel y ni siquiera había podido robarse un fusil, carajo, no le servía para nada el maldito imbécil. Así, aún desde esta silla, habría podido encargarse de ella en persona. Ahh, ella. Tan preciosa que era... pero se hacía a la sonsa, a la que no sabía nada, nada de lo que él había sido capaz de hacer por ella; por eso se portaba así, veleidosa, infame, perra, no podía valorar siquiera que hubiese alguien que se había propuesto crear semejante bochornosa historia sólo para que ella existiera, que, así como quien no desea tal cosa, se había convertido en su musa, su castalia, su aliento, el ómphalos, la motivación, el latido de su escritura... ¡pero que nunca estaba con él!, condenándolo, de esta manera, a la tétrica soledad perenne, que ni creando a su propia compañera había podido esquivar, ni siquiera aquella a la que formó, modeló, insufló vida, quiso quedarse a su lado... Qué vida perra, cuando ni nuestras creaciones nos pertenecen más.

CAPÍTULO VI

EL INFORME ALQAMARI

El cuentista, como era natural, se dispuso a escribir un cuento. Mas no por el final, no, pese a que los zares de la cuentística lo recomendaran, sino por el principio: *Esto sucede el mismo instante en que lo escribe la pluma...* y en seguida hizo la presentación del protagonista: Ai. Ai es un jovencito alto, atlético, de facciones regulares, ojos claros y pelo enrulado. Y Ai, por supuesto, tiene un objeto del deseo: Elia. Elia, a su vez, es bellísima, tan sólo concebible en el papel, de mediana estatura, el talle esbelto, la piel tersa, el pelo largo y los ojos negros. Ai ama a Elia y Elia se deja amar por Ai. Sin embargo, todavía tocaba presentar a un antagonista: Pero. Y este Pero, que es petiso, de anchas espaldas, piernas arqueadas, el pelo hirsuto y los ojos oblicuos, también desea a Elia, como era de esperarse.

Por esta razón, el desarrollo de la trama del cuento no podía ser menos que intenso. Así, en el colmo de la osadía, Pero secuestra a Elia, y Ai se embarca en su lancha, a la caza de ese forastero usurpador. Y cuando consigue llegar hasta la isla donde Pero tiene a Elia en su poder, ambos luchan como fieras por la mujer que será la madre de sus cachorros. Ai es ágil y noble, Pero, robusto y tramposo. A la hora tardía en que la luna llena emprende su habitual paseo por el cielo, los dos contendientes continúan haciéndose daño mutuamente, embistiéndose aún con las flácidas fuerzas que les restan, pero resistiendo todavía. Elia, sentada en una roca, bosteza y los observa adormilada.

La repentina subida de la marea les hace interrumpir la gresca, los tres huyen


precipitadamente de la playa inundada y se adentran en la isla. Ai encabeza la huida y tira de la mano a Elia con desesperación; Elia, de rato en rato, tropieza, y voltea la cabeza sólo para observar que Pero, con la mirada febril y el paso decidido, cierra la marcha apresurada de los tres. Se detienen alelados cuando topan con un obstáculo inesperado que no les permite avanzar más a ningún lugar seguro: un elevado farallón cortado a tajo que no ofrece forma alguna de ascenderlo, mientras, el agua oscura continúa cubriendo rápidamente las partes bajas de la isla.

Arriba, sobre sus cabezas, logran distinguir un árbol que, con el tronco inclinado, se asoma por el acantilado. De inmediato, el poderoso brazo de Ai lanza la cuerda que había comprado para linchar a Pero y logra cruzarla por entre unas ramas del árbol. En un extremo de la cuerda aseguran a Elia para que no se vaya a zafar por ninguna circunstancia y, del otro, Ai y Pero tiran juntos para izar a la amada. El agua les cubre los pies.

Mas, cuando Elia ya está a salvo en la cima del farallón, Ai y Pero discuten sobre quién subirá primero. Ai no se siente capaz de izar al pesado de Pero, Pero cree que Ai quitaría la cuerda una vez que estuviese arriba. Ai arguye que no confía en Pero porque éste demostró su deslealtad al secuestrar a Elia cuando él no le había hecho nada. Pero responde que Ai tenía algo que le correspondía y que él sólo la recuperó. ¡Mecachis! La tinta se le estaba acabando al cuentista. Tendría que finalizar el cuento antes de que eso sucediera.

La marea ya les llega a las rodillas. Elia les grita que se apresuren, que la tinta se le está acabando al cuentista. ¿Cómo pudo saberlo? Es que el cuentista no lo pensó

solamente, lo escribí; Elia es un personaje escrito y como tal, toda escritura le compete.

Por fin, aunque sin haberle escuchado bien a Elia aquél asunto de la tinta, los contendientes dejan de discutir y Pero accede a Ai, primero. Sólo que cuando Ai llega a la cima, el agua llega a la cintura de Pero. Elia, entonces, urge a Ai para que se apresure a Pero, antes de que lo cubra la marea. Ai le pide que lo deje tomar al lento. Elia recorre al cuentista y le suplica que escriba que Pero subió el far allón, no importa cómo, antes de que se le acabe la tinta. Pero el cuentista no puede intervenir por que a Pero tendría que ayudarlo 

.....

Días después, conseguir más tinta no solucionó el problema. Cuando el cuentista quiso continuar la historia no pudo encontrar ni rastros de Ai, de Elia ni de Pero. Se los había devorado la marea del olvido:

Cuento de Gerardo Dinamita que bajo el título de "Gajes del oficio", fue rechazado para su publicación en *El rincón literario*. El director del suplemento, José Carlos Orejuelo, arguyó que era apenas un borrador, un esbozo de cuento, que no reunía las características clásicas que un cuento debe de tener. No obstante, pese a ser su única producción escrita conocida, Dinamita posee un blog donde se autodenomina "Autor", www.anaquelnacional.blogspot.com.bo, pero donde sólo se dedica a hacer paráfrasis y comentarios escuetos de otros textos y otros autores de verdad.

Las manos en las trincheras
de mi pantalón raído
los zapatos boquiabiertos
hasta el parque me han traído.

Tiéneme por epicentro
un temblor intermitente;
son ascuas el par de ojos
y la nariz es vertiente.

Un amigo, cola gacha,
de su suerte se lamenta,
por no contar con polainas
ni con pastillas de menta.

De nuestro pesar se burlan
los cantorcillos aéreos,
la lluvia no los espanta,
son compañeros etéreos.

El parque estaba vacío
y los árboles dormidos,
plenos de infantil ausencia,
siempre en pie, pues no vencidos.

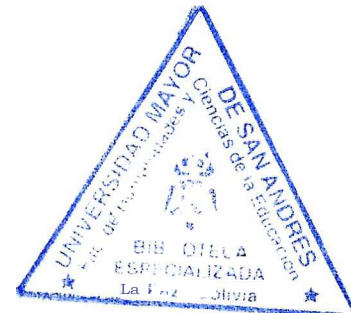
Y cuando por fin llegaste,
te envidiaba el sol enfermo
por tu abrigo cortesano,
frente al día gris y yermo.

Y no me dijiste nada
-que no hacía falta decirlo²
leí en tu yerto semblante
mas no conseguí teñirlo.

Brincando charcos te fuiste,
;cuán de prisa alzabas vuelo!,
solo, me quedé acogiendo
toda el agua de los cielos.

² Texto sin título, escrito a máquina y firmado por Carlos Mata-Paz. Quedan las dudas respecto a si la autoría corresponde a Carlos Mata-Paz (hijo), joven cineasta, consolidado en el exterior, que se hizo célebre por su actuación en la película, dirigida y producida por él mismo: "La rata de los dientes", Carlos Mata-Paz (padre), arquitecto de la municipalidad, muy conocido en nuestro medio por ser un infatigable constructor de escuelas, pero que recientemente estuvo vinculado a un escandaloso lío de faldas e infidelidad conyugal, o a Carlos Mata-Paz (abuelo) inmigrante venezolano que, como todo buen extranjero de agresivo olfato bursátil, hizo fortuna en aquellos años de auge con la minería de nuestro país.

Señorita profesora usted es muy buena conmigo yo le quiero decir gracias por ser buena conmigo y también hermosa con todo respeto le digo usted ~re/ esta triste debe estar triste cualquier cosa, que/ yo- le puedo- ayudar tiene que desirme nomas porque yo- le puedo- cuidar con todo- respeto- le digo atentamente alumno que le quiere mucho.



³ Nota manuscrita, firmada por Bonifacio Indalecio Pariguancollo, que se encuentra entre las pertenencias personales de Zenaida Zarsozo, profesora de Dibujo, de estado civil divorciada, en dos ocasiones, y madre de cinco hijos. Cada vez que, de tanto en tanto, Zarsozo relea la nota, indefectiblemente se muerde la mano y murmura: "Mi dios, qué ortografía", y se pone a reír, mas, luego, en una transición repentina e inesperada, se pone a llorar.

Había una docente de ciencias de la naturaleza a la que llamaban la Loca, pues era una esquizofrénica la señora esa, decían que cuando revisaba cuadernos no leía nada del contenido, sólo escudriñaba si había manchas de tinta en alguna página, porque era con tinta que les hacía escribir a los estudiantes, pobres inexpertos de pulso dubitativo; una, dos, tres manchas, y estrellaba el cuaderno contra el muro con ruda violencia, cero de nota. Así procedía esta dama maniática. El día en cuestión, doña Loca estaba revisando el cuaderno del susodicho Monkey II, y habiendo hallado unas manchas de aceite, o de kerosén, o quién sabe de qué otro derivado de petróleo, interpeló agresivamente al muchacho: *qué es esta porquería, ¿haces tus tareas en un batán, cerdo?*, y, acto seguido, gritando descomedidamente, como acostumbraba, expulsó al aire el cuaderno que, como no tenía las hojas sujetas con un cordón, se despaginó y las hojas se dispersaron como tristes palomas sucias por todo el recinto. Los educandos, que tienen la costumbre primitiva de reír por cualquier minucia, se desternillaron de risa como era de esperar. El joven Monkey II no arguyó nada, ¡imitándose a cosechar sus hojas y a reorganizarlas cuidadosamente. Pero al parecer a doña Loca se le había metido en el cacumen desequilibrado apabullar al muchacho, pues le ordenó que retornase a su pupitre de inmediato, que no recogiera nada. Empero, por lo visto, también este Monkey II, se había empeinado en contrariar a su profesora, en ser la horma de su zapato. El Monkey II no obedeció el mandato, por el contrario, regalándole la más absoluta indiferencia a la maestra, siguió recogiendo sus hojas. Inevitablemente, entonces, doña Loca volvió a desgañitarse gritando: *deje esas hojas, malcriado, hágame caso*; pero el Monkey II no le otorgó ni dádiva de atención,

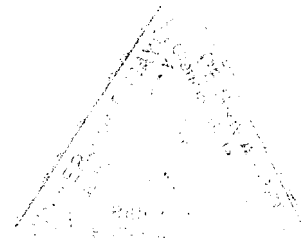
como si estuviese poseído de una sordera crónica, y siguió recopilando una por una sus hojas diseminadas. Eran tal para cual esos dos. Doña Loca estaba ya fuera de quicio, corrió hasta donde se encontraba el Monky II y le arrancó de las manos las hojas tan arduamente compiladas, y volviéndolas a arrojar por todo el espacio del aula, aulló: *¡le he dicho que se siente, deje esas hojas, deje ese cuaderno, siéntese!* Pero el Monky II, qué sujeto más empeinado, nuevamente se puso a recolectar, una por una, sus dichas hojas, recuperándolas de todos los recovecos del piso a donde habían ido a aterrizar. Doña Loca gritaba vanamente, *¡déljelo, déljelo!*, porque el Monky II estaba empedernidamente dispuesto a no recular en su propósito de considerarla una ilusión, una sombra, una ficción, y ni siquiera levantaba la cerviz, como quien oye susurrar al viento, no más...

Dada esa coyuntura, doña Loca no toleró más tanta irreverencia y decidió obrar en consecuencia. Como el Monky II estaba agachado, buscando recomponer su malhadado cuaderno descuajaringado, no vio que se le venía encima, no el techo del mundo, pero algo peor, su maestra transformada en una gladiadora. Le diluviaron sopapos y puñetazos por doquier, nada de género delicado y sutil, doña Loca le fustigó la espalda, le pateó en las canillas, le tiró de los cabellos y le aró la cara. Increíblemente, la doña, tan delgada, zarandeaba a su arbitrio a semejante sujeto al que, no obstante, apenas le llegaría al esternón. Todos los demás estudiantes, de inicio, se quedaron estupefactos, luego, lo más probable debió ser que, por fin, hayan caído en cuenta de que doña Loca estaba chiflada efectivamente, ya que gritaba sin medida: *¡déljelo, déljelo, déljelo!*, y cada nuevo "déljelo", era matizado con un puñetazo

o, en su defecto, una patada, un pellizco o un moretón. Doña loca estaba orate, no cabía la menor duda.

Lo más estrámbotico de semejante escena era que el Monky II se dejaba vapulear dócil; inclinado en el mismo sitio donde doña Loca iniciara la agresión, al parecer no sentía su dorso retumbando como tambor, puesto que no emitía ni un quejido ni argüía que ese cuerpo era suyo, ni nada; su cabeza ya había sido despojada de varias muestras capilares, sin embargo él permanecía impávido, como si estuviera en la peluquería nada menos... De improviso, el Monky II levantó la cabeza, su rostro denotaba algo así como una feroz expresión de disgusto, tenía los pómulos humedecidos, pero más que de dolor parecía que de ira, de vergüenza, de hartamiento, de basta. La suya era la más perversa y sangrienta mirada de todos los tiempos...

(pasa a la página 5)



A medida de que iba delineando tu rostro me asustó tu mirada porque mirabas con los ojos muy abiertos, desafiantes, acuchilladores... así que propicié que esos ojos asesinos se volvieran los más borreguiles ojitos rasgados de ensueño. Los mismos ojos fugitivos que ahora tienes, que nunca miran de frente, que no transmiten afecto ni prometen pasiones exacerbadas, pero que igual son lindos, regios, profundos.

Pude verte de perfil, y observé tu cabeza amada. No, no le hice un moño atrás, como a mí tanto me gusta, pero el pelo amarrado en una cola de caballo me permitió apreciar que toda tu cabeza era exóticamente ovalada, empezando por la coronilla y terminando en el mentón, igual que la de ese extraterrestre que se ve en el video recientemente revelado por la UFO. Caí en cuenta de que no eras compatible con el mundo que te había construido porque éste era indigno de ti; ello se justificaba, claro, pues te había dedicado mayor tiempo de dedicación, concentración y devoción, precisamente para que resultaras una cabecita diferente, alienígena, única, mía.

Mientras te desplazabas, señorial, por la página, estos ojos míos indiscretos descendieron y se posaron en tus hermosos y tentadores senos, que no eran ovalados ni nada de eso, eran consistentes y perfectos, tanto que me percaté que mis dedos estaban enamorados de ellos, pues pugnaban por estrujar la hoja y aprisionarlos en el acto, así que tuve que encerrarlos algún tiempo en las mazmorras de mis bolsillos para contener sus febriles impulsos. Eso no evitó, sin embargo, que mi estupefacto corazón siguiera latiendo tan fuerte que temí que los otros personajes lo confundieran con truenos irregulares que presagiaban una terrible tempestad.

Mi mano alzada conservaba el pulso firme pero la tinta se derretía por ti, y se deslizaba

El azul del cielo está
 oscureciendo por tu ingratitud,
 y si te vas a marchar
 hazlo antes de escuchar mi llanto fúnebre.
 No, sé que no volverás,
 vuelo remontarás
 con el alqamari que hoy
 te arranca de mi nido.⁵

El alqamari

Gregorio René Limachi

Soprano

El a-zul del cie-lo-es ti-os cu-re-cien-do

Sprno.

por tu-in-gra-ti-tu-ud

Sprno.

Y si te va, a mar-ch haz lo-an-tes de-es-ou

Sprno.

char mi flan-to di-ré ere

Sprno.

No sé que no vol-ve-rás vuel-lo re-mun-ta

Sprno.

rás con el el-qa-ma-ri que-hoy te-a

Sprno.

ran-ca de mi ni-do

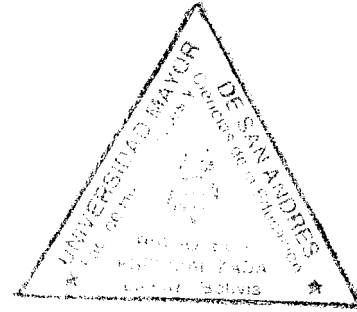
⁵ Texto publicado en la columna La canción de la semana de *El Ultra, el periódico sin medida*, bajo el título de "El Alqamari" con letra y música de Gregorio René Limachi. Lo acompaña un comentario elogioso que entre otras cosas señala: "El autor no es un neófito, sino nada menos que el director del Marcial Colegio, del cual también fundó, recientemente, su Insuperable Banda de Guerra Sin Rival, pues el profesor Limachi es maestro de música originariamente. Con "El Alqamari", Limachi revaloriza acertadamente elementos de nuestra cultura, pues ya basta de que "La cucaracha" o el "Gorrioncillo, pecho amarillo" transmitan ideas foráneas a nuestra juventud. En ese sentido, "El Alqamari" se erige como un fiel representante de nuestro acervo musical, codeándose casi con el "Condor pasa" y la "Viborita chis, chis, chis".

cruelles vejámenes en que abundaban el puño y la bota. Sin permitir que se incorporara de donde se encontraba extendido, lo masajearon sañudamente, sin fatiga, sin escrúpulos, con frenesí, insultando, rugiendo inclusive, pateando, pisoteando... El estrépito se escurrió por pasillos y escalones e invadió el patio, de modo que aun un servidor, que se encontraba en la planta baja, tuvo que ascender al segundo piso a ver qué estaba aconteciendo allí. No es exagerado decir que aquella marabunta de muchachos bailaba chacarera sobre el Monky II; doña Loca en el piso, desvanecida; otro adolescente, desmayado igualmente. Con ese estruendo de gritos desacompañados era imposible que escucharan mi tenue voz que los convocaba a recuperar la cordura, es más ni siquiera se percataron de mi exigua presencia. Para fortuna de todos, un muchachito comedido había ido a informar de los aciagos acontecimientos presentes a la dirección de la institución, y prestamente se reportaron en el lugar de los hechos el regente, el señor director y don Timoteo. La autoridad educativa interpelome respecto del barullo que presenciábamos y debí informarle que, como acababa de arribar, también ignoraba los pormenores del suceso. El regente dio rienda libre a su correa para dispersar a los educandos, pero estos parecían haberse embelesado con esta variante de la ley de Lynch, pues sin percibir los fuetazos, continuaban con el afán de desmenuzar al Monky II. Tuvimos que arremeter los cuatro, adoptando similares medidas que los agresores, las que incluían chicotazos de don Timoteo y coscorriones, pellizcos, patadas y obscenidades vomitadas con furor por parte de nosotros. Fue la única manera de sofrenarlos, así como de mantenerlos distantes del claro que se formó posteriormente y que descubrió a un soberbiamente

deshecho Monky II, trémulo, que, no obstante, con los puños apretados, aún hacía fintas al aire, al parecer obstinado en seguir lidiando el indomable. Tenía los ojos cerrados y de color fucsia; la nariz, tan incrustada como la de doña Loca, sangrábale en abundancia; por lo visto, la justicia estudiantil se había cobrado nariz por nariz. Su rostro estaba atravesado de cardenales, hinchazones y arañazos asimétricos, probablemente causados por crecidas uñas roídas, carentes de maniquieur.

El señor director, que se complacía en recordarme mi cargo de último subordinado en la escala laboral del colegio, pese a que los padres de familia solían confundirlo a él con el portero, me mandó a traer agua para echársela al Monky II, y acaté la orden de inmediato. El regente había ido por la policía, pues precisamente frente al colegio se asentaba un retén verde olivo. Nadie quería aproximarse al Monky II, cuyo semblante, averiado como estaba, infundía mayor repugnancia y temor. Cabe recordar que el Monky II no parecía ser un muchacho de 15 años sino todo un adulto por su estatura y corpulencia. Tres policías irrumpieron en el recinto y el director se encargó de informarles sinópticamente los acontecimientos. A éste me lo llevan al reformatorio, instruyó, es un sujeto muy peligroso, miren lo que le ha hecho a su profesora. La enfermera del colegio vino a prestar atención sanitaria a los desfallecidos, pero al ver el rostro de doña Loca, se puso a chillar, y hubo que asistirle a ella para que se calme. Los policías aprehendieron al Monky II de ambos brazos, aplicándole llaves en la espalda para evitar que huyera, y lo condujeron al retén de detención. Mas, antes de que se fueran, el director se situó delante del Monky II que, como estaba firmemente sujetado, no ofrecía peligro alguno, y lo miró con desprecio. ¡Diantres!, pude

apercibirme de que el Monky II le retribuyó la mirada por el resquicio de sus ojos que aún podía abrir. El director le dio una tremenda bofetada que restalló como un látigo en el aula silenciosa, con todos los discípulos ahora enmudecidos: ¡Está usted expulsado, criminal!, le espetó.⁶



⁶ Artículo que bajo el título de "Testimonio fidedigno de un portero versado en oratoria", se publicó en *El Ultra* como uno más de los que conformaban un extenso reportaje sensacional, cuyos titulares de la primera página rezaban: "¡Cometió su primer delito a los 15 años: casi mata a golpes a su profesora! ¡Su especialidad es vapulear señoras, a ello se debe su alias! ¡Se escapó nada menos que 8 veces del Reformatorio, una más que Papillón! ¡Ni la directora del Reformatorio se salvó de ser zurrada! ¡Lo enviaron con los militares para corregirlo, no sirvió de nada! ¡Asesinó a cuchillazos a un camarada del cuartel! ¡Purgará 30 años de reclusión y sólo tiene 16! ¡Familia de José Luis Cuchillo exige la pena capital!" Y en recuadro y con letras más grandes: La escalofriante historia del temible Suenaviejas. A continuación, en el resto de la página, el dibujo a colores de un muchacho enorme, con el rostro feroz, que esgrime un chicote y se ríe mientras azota a una mujer que, tendida en el piso, llora y pareciera que clama piedad. La edición se agotó en un tris tras.

EPÍLOGO

La casa imperaba sobre la ladera de la colina. Era majestuosa no sólo por su tamaño descomunal sino por los estrambóticos relieves y cornisas que se veían en cada uno de sus seis muros blanqueados. La coronaba un techo desplegado como un cono de cinc colorado, con una abertura para la chimenea. Pero no tenía ventanas.

Se debía devorar alguna distancia para arribar a la casa, aunque sin ascender ni una sola vez, por lo que la travesía no era agotadora. Los postulantes para la casa eran irrigados por múltiples senderos tortuosos, pedregosos, lodosos o polvorientos, pero todos conducían a la casa pues habían sido expresamente abiertos para ese fin.

Al acercarse, se podía leer mejor lo que ya se había visto de lejos, en una marquesina, sobre la puerta de la casa: ENTRANCE. Entonces uno había llegado. Se enjugaba risueño el sudor de la frente y esperaba su turno para la revisión, haciendo fila en la columna de postulantes, que iba engrosando con todos los que también arribaban. Vigilando el ingreso, había un hombre de traje parado en el umbral, que vaciaba todo el excedente que los aspirantes traían consigo: nada sería necesario porque la casa proporcionaría todo. El Revisor era implacable: olfateaba, escudriñaba, palpaba, gruñía, despojaba. Un montoncito de sueños, recuerdos y deseos se acumulaban cerca a la puerta, junto a un numeroso grupo de negros, chinos, hindos y esquimales, que no hacían fila y pateaban piedrecitas de aburrimiento por la infructuosa espera.

El ingreso no requería de otro protocolo que la requisita del Revisor y la prueba de sangre satisfactoria. Quien reunía estas condiciones mínimas apenas reprimía todo su gozo. Se le veía entrar radiante, con las pupilas fulgorosas y la dentadura brillante. Se

veía su espalda erguida, acezante por la respiración excitada, se veía su cabellera alborotada y sus talones desnudos. Era lo último que se veía de él antes de que la puerta lo encerrara.

Tras muchas nidadas y grietas, pocos han salido de la casa. El gesto que los precede cuando eso sucede, emana 'casa' por lo poros. Es sabiduría, dicen chinos, negros e hindos, señalando la cabeza monda y el pergamino de su rostro. Pero los esquimales susurran: Parece tristeza. En esas ocasiones, la casa cambia el ENTRANCE por el EXIT, y para celebrarlo, suele despedir un humo blanco por la chimenea. ¿Y las tamboras?, dicen los negros. ¿Y las zampoñas?, dicen los hindos. ¿Y los cohetes?, dicen los chinos. Pero los esquimales sólo sienten que se derriten por dentro, viendo alejarse al saliente con los pasos cortitos y titubeantes, pese a tener los pies enfundados en zapatos recios y brillantes.

El humo blanco, en silente despedida, se eleva en volutas caprichosas al cénit. Y ya lejos de la vigilancia de la casa, hace mil cabriolas y enamora a una nube. Pero como casi inmediatamente empieza a difuminarse, se despide de ella con vaporosos ademanes de coquetería... hasta el próximo egreso.

BIBLIOGRAFÍA DE IDEAS SUGERIDAS Y PRESTADAS

Amado Jorge. *Capitanes de la arena*. Buenos Aires: Losada S.A., 1973. Trad. de Estela dos Santos.

Arguedas José María. *Los ríos profundos*. Buenos Aires: Losada, 1958.

Cárdenas Adolfo. *Periférica Boulevard. Ópera Rock-ocó*. La Paz: Gente Común, 2004.

Cortázar Julio. "Continuidad de los parques". En *Final de Juego*. Buenos Aires: Sudamericana, 1981.

De Unamuno Miguel. *Niebla*. Buenos Aires: Universitaria, 1962.

Diez Iván (Seudónimo de Augusto Martini). "Amablemente" (letra de tango en sitio web: <http://www.abctango/letras/letrapimp.php?titu=764>)

Fast Howard. *Infancia en Nueva York*. Buenos Aires: Siglo XX, 1955.

Guzmán Nicómedes. *La sangre y la esperanza*. Buenos Aires: Siglo XX, 1947.

Puig Manuel. *Boquitas pintadas. Folletín*. Barcelona: Seix Barral, 1986.

El beso de la mujer araña. Barcelona: Seix Barral, 1979.

Maldición eterna a quien lea estas páginas. Barcelona: Seix Barral, 1980.

Vallejo César. "Paco Yunque". En *Apuntes de hombre. Revista de literatura*. N° 1. Lima: Mosca Azul Editores, 1951.

Von Horváth Ödön. *La era del pez*. México: Heliópolis, 1995. Trad. de Eduardo Goligorsky

Wright Richard. *El largo sueño*. Buenos Aires: Sudamericana, 1960. Trad. de Floreal Mazía.